

**EL
ÚLTIMO
GENERAL
MAMBÍ**
caído en combate

VALENTÍN MOLINA PIÑEIRO



Casa Editorial Verde Olivo, La Habana, 2018

26

Mención



**EL
ÚLTIMO
GENERAL
MIAMBI**
caído en combate

VALENTÍN MOLINA PIÑEIRO

Edición: *Hildelisa Díaz Gil*
Diseño de cubierta e interior: *Claudia Gorrita Martínez*
Realización: *Yudelmys Doce Rodríguez*
Corrección: *Maricel Pérez Aguilera*
Fotos: *Cortesía del autor y editora*
Cuidado de la edición: Tte. Cor. *Ana Dayamín Montero Díaz*

© Valentín Molina Piñeiro, 2018
© Sobre la presente edición:
Casa Editorial Verde Olivo, 2018

ISBN: 978-959-224-414-6

El contenido de la presente obra fue valorado
por la Oficina del Historiador de las FAR.

Todos los derechos reservados. Esta publicación
no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte,
en ningún soporte sin la autorización por escrito
de la editorial.

Casa Editorial Verde Olivo
Avenida de Independencia y San Pedro
Apartado 6916. CP 10600
Plaza de la Revolución, La Habana
volivo@unicom.co.cu

El último general mambí caído en combate

A mi madre, mi primera y más crítica lectora.

A mi padre, que no alcanzó a leer estas páginas.

A Roberto y Yanet Sofía, mis creaciones iniciales.

*Para Aaron, que con esta obra conocerá parte de
la historia patria.*

Durante la preparación y terminación de este libro disfruté de la colaboración de diferentes personas e instituciones, a los cuales agradezco su interés y quehacer por ayudar a preservar la historia de Cuba:

José Marrero Sosa, presidente de la Cátedra Patriótica de Historia Adolfo del Castillo.

Rolando Rensoli Medina, funcionario del Instituto Cubano del Libro.

Daniel Martínez Quintanal, historiador de San José de las Lajas.

Manuel Martínez Gómez, exjefe del Archivo de la revista *Bohemia*.

Leticia Mecías Torres, eficaz bibliotecaria de la ESB Desembarco del Granma.

Compañeros de la Biblioteca Manuel Cofiño, del municipio de Arroyo Naranjo.

Grupo de historiadores de Guanabacoa.

Trabajadores del Museo de Güines.

Compañeros de los municipios y provincias del Partido Comunista de Cuba de Arroyo Naranjo, San José de las Lajas, Güines y Guanabacoa, y de Sancti Spíritus y La Habana, respectivamente.

A todos, gracias.

INTRODUCCIÓN

Las tradiciones combativas ocurridas en las gestas por la soberanía de Cuba, en las tres etapas de su devenir histórico: colonia, república mediatizada y lucha insurreccional, esta última que dio la definitiva libertad, constituyen fuentes inagotables de hechos relevantes y personalidades ejemplares, hijos de esta tierra, de los que se podrían escribir abundantes cuartillas por su heroísmo y sacrificio. Aquellos, que aún permanecen en el anonimato, deberían sacarse a la luz.

En reiteradas ocasiones, el máximo líder de la Revolución Cubana Fidel Castro Ruz expresó la necesidad de continuar descubriendo el mundo fascinante y lleno de enseñanzas de nuestro pasado.

¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? ¿Hacia dónde vamos?, son preguntas que este texto pretende responder a través de la labor del ínclito patriota: el general de brigada (brigadier) Adolfo Laureano del Castillo Sánchez.*

El objetivo es retrotraer de las fronteras del olvido y dar a conocer los orígenes y trayectoria de un ser humano, que en la gloriosa Guerra Necesaria, con el filo

*Aunque al mencionar solo el apellido sea correcto escribir Del Castillo, en lo adelante podrá encontrarse Castillo, como lo llamaban los mambises y conocen historiadores e investigadores.

de su machete escaló, grado a grado, los más altos peldaños del Ejército Libertador, en la región habanera.

Este libro, es la síntesis de un proyecto que abarca la niñez en su natal Sancti Spíritus durante la contienda de 1868; la adolescencia y juventud en Guanabacoa; el desarrollo político y participación en las labores secretas del Partido Revolucionario Cubano (PRC) en el poblado de San Antonio de las Vegas; la posterior incorporación a las filas mambisas y los progresivos ascensos. Además, se aprenderá sobre su heroica caída en combate y de los tributos que la sociedad cubana le ha conferido por su distinguida existencia.

Una breve cronología de los combates y acciones vinculadas a la guerra, anexos y testimonio gráfico pondrán punto final al contenido.

La investigación descansa en el análisis exhaustivo de las variadas fuentes documentales y bibliográficas, con la intención de armar las maniobras bélicas de manera progresiva, lo más próximas a la verdad.

Sirva entonces esta publicación, como preámbulo y motivación, para futuros estudios sobre los patriotas menos recordados de las gestas independentistas de Cuba.

Capítulo I

INFANCIA ESPIRITUANA

EL TERRUÑO NATAL

La villa del Espíritu Santo o Sancti Spíritus fue fundada por el conquistador Fernando de Oviedo, según orden de Diego Velázquez, en las márgenes del río Tuinicú, en 1514, en tierras de los antiguos reinos o caricatos indígenas de Sabaneque, Cubanacán, Magón y Orfanay.

En 1522 se trasladó definitivamente hacia el oeste junto al río Yayabo, ante una repentina invasión de hormigas carnívoras que acechó a los animales y hasta los niños.

Sus límites territoriales se encontraban con la hacienda Calabazas, contigua a la jurisdicción de San Juan de los Remedios, por el noroeste; al sur con la propiedad Palmarejo, colindante a Trinidad; por el nordeste alcanzaba la costa, incluyendo el asentamiento de Morón y al este hasta Ciego de Ávila, próximo a la jurisdicción de Puerto Príncipe (Camagüey).

La comarca, surcada por numerosos ríos, propició que sus fértiles tierras se dedicaran a la ganadería y siembras para el consumo humano.

Enseguida proliferaron fincas de ganado vacuno y equino, así como la cría de cerdos; aparecieron cultivos de tabaco y, en menor grado, de la caña de azúcar. Por el desarrollo urbano y económico, las cortes españolas le otorgaron el derecho a poseer escudo el 20 de octubre de 1822.

Correspondía al capitán general, nombrar como su representante personal al teniente gobernador de la villa, quien ejercía el mando en lo civil y lo militar.

La comandancia, conocida como Cuatro Lugares, comprendía las villas de Santa Clara, Sancti Spíritus, Remedios y Trinidad, asentada en esta última. En 1842, la ciudad espirituana asumió una administración local independiente.

Durante el desempeño del teniente gobernador Nicolás del Llano, se promovió la época más próspera de la comarca con la construcción de varios inmuebles, entre los que se encontraban: la Casa del Mercado y un teatro con capacidad para mil quinientas personas, cuyas recaudaciones ayudaron al fomento de la edificación de la Plaza del Recreo, convertida con posterioridad en centro cultural y social, y ayudó por igual a las obras de caridad y de beneficencia pública.

Un índice crítico era el relacionado con la educación, porque solo funcionaba una escuela de primera y segunda enseñanzas en el convento de San Francisco. Más tarde, en 1832, se fundó otra por el Padre Benito José Ortigueira,¹ que tenía una matrícula de ciento seis alumnos, solo gratuita para sesenta de ellos.

La creación de la Junta de Instrucción Pública, conformada por destacadas figuras de la sociedad, dio lugar a la creación del colegio de Humanidades y la escuela Jesús Nazareno, también, de primera y segunda enseñanzas, por la que transitaron varios de los futuros integrantes de las fuerzas mambisas.

A Sancti Spíritus le fue conferido el título de villa, por la Real Cédula del rey de España, Fernando VII, el 27 de mayo de 1862.

La llegada al mundo de Adolfo Laureano del Castillo Sánchez, quien se convertiría en general de brigada

¹ Nació en Galicia en 1783 y murió en Sancti Spíritus en 1880. Fue enviado por el obispo Juan J. Díaz de Espada, de quien era su colaborador, con la misión de fortalecer la educación de la niñez y la juventud en la región.

del Ejército Libertador, tuvo lugar en la calle San Rafael no. 62 (hoy Céspedes Norte no. 52, esq. Laborí), el 1.º de noviembre de 1864.

RAÍCES

La estirpe Del Castillo en la región, se encuentra perdida en las brumas del tiempo y tiene su origen en el siglo XVIII, con la llegada y posterior establecimiento del alférez del rey, don Salvador Bautista del Castillo, procedente de la zona nororiental de Holguín. Este patricio, estaba emparentado con la casta Del Castillo, radicada en Puerto Príncipe, la que tuvo entre sus descendientes a Ángel del Castillo Agramonte; así como, con la familia que residía en Bayamo, representada por Francisca de Borja del Castillo y Ramírez de Aguiar, Borjita, la madre de Carlos Manuel de Céspedes; todos alcanzaron grandes méritos en las luchas por la independencia de la Isla.

Don Salvador Bautista del Castillo se instaló por su cargo en Trinidad, sede de la gobernación; luego marchó hasta Sancti Spíritus dedicándose a la cría de ganado mayor. Allí creó su hogar al contraer matrimonio con doña Lorenza López de Oviedo. Como resultado de dicha unión nació don Francisco de Paula del Castillo López de Oviedo, quien continuó la tradición de sus antecesores.

A los veinticinco años, se casó con doña Juana Bautista de la Luz Cancio de la Cruz, en la iglesia de Nuestra Señora de la Caridad, en la ciudad espirituana. Fijaron su residencia en la casa no. 34 de la calle San Francisco, donde nacieron sus cuatro hijos: José de Jesús, quien murió a temprana edad; Antonio María (padre del protagonista de estas páginas), Adolfo Laureano y Honorato Andrés.

ANTONIO MARÍA: GANADERO Y PATRIOTA²

Fue el único de los hermanos en tener descendencia. Contrajo nupcias con la señora Rita del Espíritu Santo Sánchez Cañizares, hija de José Manuel Sánchez Rosendis y Francisca Cañizares y Sánchez, (se presume el vínculo familiar con Serafín Sánchez Valdivia).

De la unión de Antonio María y Rita del Espíritu Santo, florecieron ocho vástagos: Adelaida de la Caridad, José de Jesús, Amada Aurelia, Antonio María, Francisca de Paula, Adolfo Laureano, Luis Leopoldo Liberato y Honorato.

Adolfo Laureano del Castillo Sánchez recibió su bautizo en la iglesia Nuestra Señora de la Caridad, de Sancti Spíritus, doce días después de su llegada a la vida; sus padrinos fueron José Manuel Cancio Luna y Manuela María Sánchez Cañizares. La casta Del Castillo Sánchez se trasladó a la finca la Jagua, en el barrio Neiva, al norte espirituario.³

Lo apartado del lugar les permitió las acciones conspirativas para el inicio de la contienda. Los primeros años de vida los desarrolló en estos predios.

Como no existían escuelas públicas por los alrededores, don Antonio María se encargó de impartirle la

² Como no se ha encontrado su acta de bautismo, por deducciones y de acuerdo a los datos de su matrimonio y a las fechas de nacimiento de los hijos, se presume su nacimiento entre 1830 y 1831. Dichas referencias han sido extraídas de: Gerardo Castellanos: *Adolfo del Castillo, en la Guerra y en la Paz*, Editorial Hermes, La Habana, 1922.

³ Poseían 720 caballerías de tierra, cuantiosas producciones de maderas, café, azúcar, tabaco, granos y raíces alimentarias. Exportaban cerca de 200 cerdos y otras tantas reses al año; extraían miel y cera. Su población contaba con 943 blancos, 57 de color libres y 224 esclavos. Tomado de Jacobo de la Pezuela: *Diccionario Geográfico, Estadístico, Histórico de la isla de Cuba*, Imprenta del Banco Industrial y Mercantil, Madrid, 1866, Colección digital CLATAV, pp. 118 y 119. Ver anexo 1.

instrucción básica a su extensa prole, enseñándoles de manera bastante efectiva a leer y escribir.

Alcanzó los grados de capitán del Ejército Libertador y formó parte del estado mayor de la 1ª División Caonao, donde trabajó como copista (oficinista, escribano, calígrafo). Participó en los combates de Coloradas, Las Yanas, Judas Grande, Santa Gertrudis, El Jobo y San José. Encabezó junto a Serafín Sánchez, el grupo de patriotas que rescató el cuerpo sin vida y posterior entierro de su jefe y hermano, el general Honorato.

Adolfo LAUREANO, SACERDOTE CRISTIANO

Fue alumno sobresaliente del padre Ortigueira. A su lado optó por tomar los hábitos y se graduó como doctor en Teología, el 12 de julio de 1862. Enseguida fue ordenado sacerdote. Comenzó a officiar en la iglesia de la Caridad, y escribió para el diario local *El Fénix*. Participó en las actividades de la Sociedad Filarmónica.

En 1869, al producirse la sublevación de Las Villas durante la Guerra de los Diez Años, se desató una feroz persecución contra los familiares de los insurrectos. El Padre Castillo, quien compartía con sus hermanos los ideales de libertad, fue apresado el 4 de febrero de ese año y encerrado en la Fortaleza de la Cabaña, en el calabozo no. 23. Se levantaron cargos de infidencia en dos consejos de guerra, por lo cual fue condenado a prisión, y enviado a la isla Fernando de Poo, el 25 de marzo de 1869; se le conmutó la pena, siendo deportado a la prisión de Ceuta, ambas en África. De este lugar logró escapar a la península ibérica junto a Francisco Javier Balmaseda y otros. Con posterioridad se dirigió a la Argentina donde trabajó como maestro.

Concluida la beligerancia, regresó a su ciudad natal. Más tarde lo designaron para oficiar en la Ermita del Potosí, en Guanabacoa, función en la que permaneció hasta 1890 al ser elegido para practicar en Remedios y luego se reintegró a la iglesia espirituaña, en la que se mantuvo hasta su muerte, el 15 de febrero de 1910.

HONORATO ANDRÉS, MÉDICO CIRUJANO, MAESTRO Y GENERAL

Fue el gran patriota de los hermanos. Nació el 30 de noviembre de 1838, en la calle San Francisco, no. 24. Sus primeros estudios los realizó con el profesor don Miguel Cabrera Toledo y, a continuación, en el colegio del padre Benito Ortigueira.

Después vivió con su santa madre, abandonada por su esposo Francisco de Paula, en la calle Real, junto a sus hermanos.

En la finca La Jagua, en Guayos, barrio la Neiva, junto con Antonio María se ocupó de las actividades agrícolas, lo que le permitió adquirir vastos conocimientos sobre esta rama.

Viajó a la capital en 1857, para presentarse a los exámenes frente a la Junta de Educación Pública y obtuvo el título de profesor de Instrucción Pública. De regreso, laboró en la Escuela Municipal Elemental, de la calle Príncipe, y muy pronto, en asociación con don Montiniano Cansares, el maestro de la Logia Masónica, fundaron el colegio Jesús Nazareno, en el que impartió varios idiomas, Comercio y otras asignaturas. Por estos tiempos se inició en la fraternidad masónica.

Conquistó, en 1864, el diploma de Bachiller en Artes y Letras, en el Instituto de Segunda Enseñanza de La Habana; al mismo tiempo se desempeñó como profesor en el colegio El Salvador, que dirigía su

antiguo maestro y amigo José de Luz Caballero. Por estas aulas pasaron muchos de los sublevados en armas en 1868.

Ingresó en 1864, en la Real y Literaria Universidad de La Habana⁴ la carrera de Medicina. Simultáneamente cursaba la de Ciencias y Agrimensura (Geodesia). Ganó por oposición una beca en Francia, a la que renunció para continuar sus estudios.

Mereció el título de Bachiller en Medicina, el 23 de junio de 1868, graduándose como cirujano, máxima categoría que concedía la universidad.

Honorato hizo publicaciones en los periódicos *El Triunfo* y *El Siglo*. En este último, bajo el seudónimo «W», escribió el artículo «Cuba Libre», con fecha 20 de julio de 1869, editado en La Habana.

Fue considerado un humanista de vasta cultura. Dominaba varios idiomas: francés, alemán e inglés, el cual perfeccionó en un viaje realizado a EE. UU., del que volvió imbuido de las ideas de independencia, igualdad y fraternidad, que se respiraban en el país de Abraham Lincoln.

Con el abogado Rafael Morales Morales, Moraliitos, participó en la fundación de la sociedad abolicionista «Vientre Libre», que promovía la ley del mismo

⁴El 5 de enero de 1728, se hizo efectivo el Breve Apostólico *Aeternae Sapientiae* del Papa Inocencio XII, por el que se autorizó la fundación de la primera Casa de Altos Estudios de Cuba: la Real y Pontificia Universidad de San Jerónimo de La Habana. En la primera mitad del siglo XIX, sobresalieron en sus aulas José Agustín Caballero, en Filosofía; Tomás Romay, en Ciencias Naturales y Francisco Arango Parreño, en Economía. En 1842, comenzó una nueva etapa como Real y Literaria Universidad de La Habana, que funcionó hasta 1899. Ver Gregorio Delgado García: *Cuaderno de Historia no. 66, Estudios sobre Historia Médica Cubana*, La Habana, 1963, pp. 69 y 70.

nombre,⁵ con el objetivo de establecer el pago de veinticinco pesos en oro, por la libertad del hijo esclavo por nacer, para que en un plazo de veinte años desapareciera totalmente la esclavitud en la Isla.

Se vinculó al grupo conspirativo de José Morales Lemus, de La Habana, que le asignó la misión de regresar a su tierra, donde tenía grandes influencias y podría organizar la lucha, ejercer su liderazgo y convencer a los indecisos.

Honorato se convirtió en el principal organizador de la guerra de 1868 en la zona. Puesto de acuerdo con la Junta Revolucionaria de Las Villas, radicada en Santa Clara y dirigida por el poeta Miguel Jerónimo Gutiérrez, fue escogido como presidente de igual estructura en Sancti Spíritus.

En diciembre del propio año, acompañado de Luis Ayestarán Moliner y Marcos García Castro, desembarcó de forma clandestina por el puerto de Caibarién, con la intención de llegar a Camagüey y entrevistarse con Ignacio Agramonte Loynaz, y de este modo activar las acciones, conseguir armas y promover el alzamiento, ya que la junta de Santa Clara demoraba el comienzo de las operaciones.

Serafín Sánchez Valdivia supo que Honorato del Castillo había llegado a esa jurisdicción y estaba oculto en la finca de su hermano Antonio María, por lo que se entrevistó con él en este lugar.

⁵ Esta ley aprobada en 1870, establecía que los hijos de esclavos, nacidos después del 17 de septiembre de 1868 eran libres, pero se mantendrían tutelados por sus amos hasta los dieciocho años. De igual modo, serían libertos los antiguos esclavos que hubieran luchado bajo la bandera española y los que tuvieran más de sesenta años. Esta regulación fue sustituida por la Ley de Patronato, del 13 de febrero de 1880, hasta alcanzar la definitiva abolición de la esclavitud en 1886.

A partir de entonces, Serafín Sánchez dio los primeros pasos al servicio de su tierra y reconoció a Honorato como jefe superior.

El 6 de febrero de 1869 se produjo un levantamiento simultáneo en varias zonas de Sancti Spíritus. Honorato y Antonio María se pronunciaron en Jobosí, al este de la villa; al oeste lo hizo Marcos García Castro; Néstor Leonelo en el poblado del Jíbaro, al suroeste; Leonte Guerra Cisneros en el partido de Morón, y Serafín Sánchez en los Hondones; comenzó así el levantamiento en el centro del país. Se reunieron todas las fuerzas el día 7, en la finca Cafetal de González, en La Siguanea.

Su vasta cultura, influencia y prestigio, fueron los motivos fundamentales para ser elegido miembro de la Asamblea Constituyente de Guáimaro, en la que se destacó por sus atinadas intervenciones y criterios razonables.

En el poblado de Guáimaro, al este de Puerto Príncipe, cerca de los límites con Oriente, el 10 de abril 1869, comenzaron las sesiones de la asamblea. La presidió Carlos Manuel de Céspedes y como vicepresidente fungió Miguel Jerónimo Gutiérrez. Los secretarios fueron Ignacio Agramonte Loynaz y Antonio Zambrana; como miembros: el propio Miguel Jerónimo, Eduardo Machado Gómez, Antonio Lorda Ortegosa, Tranquilino Valdés y Arcadio García, por Las Villas; Honorato del Castillo Cancio, por Sancti Spíritus; Antonio Alcalá y Jesús Rodríguez, por Holguín; José María Izaguirre, por Jiguaní. Salvador Cisneros Betancourt, marqués de Santa Lucía; Francisco Sánchez Betancourt y Miguel Betancourt Guerra, representaron a Camagüey.

La participación de Honorato Andrés del Castillo en la elaboración de la primera constitución cubana,

sus planteamientos concretos, basados en los principios de igualdad y civismo, a pesar de no ser letrado en derecho, no son muy conocidos y su búsqueda revelarían aristas escondidas e interesantes para la jurisprudencia de Cuba.

El día 11 se constituyó la Cámara de Representantes donde estaban personificados los cuatro estados en que se dividía la Isla, siendo su presidente Salvador Cisneros Betancourt. Esta institución designó a Carlos Manuel de Céspedes, presidente de la República en Armas; a Francisco Aguilera Betancourt, vicepresidente, y como jefe del Ejército Libertador, al mayor general Manuel de Quesada Loynaz.

Honorato fue elegido representante a la cámara por Las Villas, cargo al que renunció para reasumir su puesto al frente de la brigada del ejército en Sancti Spíritus, reconociéndose el 10 de abril de 1869 como fecha de su ascenso a general de brigada.

Para el 9 de julio, la república se dividió en cuatro estados bajo el mando del general en jefe, mayor general Manuel de Quesada Loynaz y se dictó la Ley de Organización Militar, que dispuso la formación de tres divisiones:

División de Camagüey, a las órdenes del mayor gen. Ignacio Agramonte, con seis Brigadas mandadas por Boré, Ángel Castillo, Porro, López Recio, Valdés [...] División Oriente, mandada por el mayor gen. Tomás Jordán, compuesta por tres Brigadas mandadas por Donato Mármol, Luis Marcano y Julio Peralta [...] División Las Villas a cargo del mayor gen. Federico Cavada, compuesta por tres Brigadas mandadas por los gen. Honorato Castillo, Salomé Hernández y Adolfo Cavada,

con destino a Santi Espíritus, Villa Clara y Cienfuegos [...] ⁶

El general Honorato del Castillo, de regreso a la zona de operaciones, reorganizó las fuerzas y designó a Marcos García Castro al frente de los que operaban al oeste y sur de la ciudad, mientras él se desplazaba al este y al norte, en el triángulo que formaban la villa espiritana y los partidos de Ciego de Ávila y Morón.

Desarrolló con éxito los combates de Coloradas, Las Yanas, Judas Grande, Santa Gertrudis y El Jobo. En la finca San José, a una legua de Sancti Spíritus, dio plan de machete a un contingente donde murieron más de treinta voluntarios españoles.

Las tropas de Honorato fijaron su campamento cerca de Morón, próximo a la finca La Güirita y, desoyendo el consejo de sus compañeros de armas, salió solo en dirección al caserío.

El 20 de julio de 1869, en el sitio conocido como Casa Blanca, contiguo al río Naranjo, cuando estaba detenido en sus márgenes para dar de beber a su cabalgadura, fue sorprendido por cerca de doscientos soldados enemigos, al mando del teniente coronel Ramón Portal. La vanguardia arrojó una descarga cerrada, sin mediar la previa identificación y continuaron la marcha sin reconocer a quien habían dejado muerto.

Por la demora del jefe, un grupo encabezado por Antonio María y Serafín Sánchez salieron a buscarlo y pudieron recuperar el cadáver del héroe. Le dieron transitoria sepultura en el camino de Morón, para en

⁶ Antonio Pírala: *Anales de la Guerra en Cuba*, t. I, Edición Felipe Pérez Roja, Madrid, 1895, Colección digital CLATAV, pp. 577 y 578. Se respetó la redacción del original en todas las referencias.

época posterior, trasladar los restos hasta la ciudad que lo vio nacer y darle reposo eterno.

Así, de manera absurda y en desigual pelea, caía el bravo general Honorato Andrés del Castillo Cancio.

Su muerte prematura causó un profundo pesar en las filas insurrectas, ya que perdieron al jefe intrépido y corajudo, y la Revolución no pudo contar más con el hombre de infinita cultura y ya líder en la contienda que recién comenzaba.

La sangre, el coraje, la sabiduría y el ideal independentista legados por el padre y los tíos de Adolfo Laureano del Castillo Sánchez, colmaron su quehacer e inteligencia, al convertirse en uno de esos hombres imprescindibles en la historia de su país, por lo que su ejemplo perdura en el tiempo.

LA GUERRA GRANDE

Al amanecer del 10 de octubre de 1868, la campana del ingenio Demajagua repicó y, su dueño, Carlos Manuel de Céspedes del Castillo anunció la libertad a los esclavos, a la vez que los convocó, al igual que al resto de los presentes, a luchar por la libertad de la Isla, para alcanzar la igualdad de todos los hombres.

Las hostilidades en el centro de Cuba se iniciaron en febrero de 1869. Por la enérgica participación de Honorato y Antonio María del Castillo, el gobierno español los declaró proscritos y las tropas salieron a dar caza a todos los simpatizantes, en especial a sus allegados y liquidar las propiedades.

Los soldados, luego de apresar al Padre Castillo, salieron a buscar en la finca La Jagua a Antonio María, quien avisado a tiempo por amigos conspiradores, se llevó para la manigua a todos sus familiares y liberó a los esclavos.

Antes de retirarse, mandó destruir las cercas, dispersar el ganado y quemar la casa de vivienda y los

bohíos vecinos, reduciendo a cenizas todo lo que pudiera aprovechar el enemigo. Marchó a la guerra sin bienes, pero con el honor de servir a la patria, cambiando la tranquilidad del hogar por la lucha en pos de la independencia; ejemplo que quedó escrito en la memoria de sus hijos.

Se asentaron en un lugar intrincado y seguro, al cuidado de doña Rita, auxiliada por un negro anciano de la antigua dotación que los acompañó.

Antonio María siguió con la tropa de su hermano Honorato, en la que se mantuvo activo. Cada vez que la intensidad de las operaciones lo permitía, visitaba a la esposa e hijos y participaba así de sus penurias, sin descuidar la educación patriótica e instrucción de la prole.

En uno de aquellos encuentros, fueron sorprendidos por una guerrilla. Adolfo, un niño de cuatro años, se vio en medio de la balacera, acosado por los soldados españoles, siendo herido en el muslo; no obstante, pudo escapar de los atacantes.

La tenaz y eficaz defensa de Antonio María, que a tiro limpio detuvo el asalto, cubrió la retirada de la familia y evitó que fuera apresada. Los españoles quemaron las pocas posesiones del campamento, por lo que aumentaron las privaciones que ya vivían.

Este fue el bautismo de fuego del pequeño Adolfo Laureano, que nunca olvidó, y tal vez este hecho se convirtió en uno de los primeros motivos que tuvo para odiar a muerte al Ejército y Gobierno de España, que subyugaba y hacía infeliz a su país. Ante esta situación, el padre los trasladó a la prefectura El Cafetal, en la finca de Antonio Cancio Luna, tío abuelo materno.

Cuando el general Honorato murió, víctima de la cobardía enemiga, el general Ángel del Castillo Agramonte, patriota camagüeyano conocido como la Tempestad

a Caballo, de gran prestigio y de una fiereza descomunal en el ataque, asumió la jefatura de la brigada de Sancti Spíritus y convocó a la tropa a vengar la muerte del caudillo.

Varios días después del doloroso suceso, recibieron noticias de que el coronel Portal, con una fuerza de doscientos cincuenta soldados, se desplazaría desde Ciego de Ávila hasta el embarcadero de Júcaro, en el sur de la provincia, para auxiliar y proteger la columna de quinientos hombres al mando del coronel Francisco de Acosta Albear, con un importante cargamento de víveres y pertrechos de guerra.

Ángel del Castillo preparó una emboscada con trescientos individuos, a cuatro leguas del embarcadero de Júcaro, en el camino por donde transitarían los adversarios, en la zona de Pitajones. Tras dos días de espera, el 13 de agosto de 1869, se avistó al adversario. Las descargas cerradas de fusilería y la acción implacable de los machetes cubanos, sumado al arrojo personal del jefe mambí, los tomaron por sorpresa; lo que les provocó la derrota y dispersión. Portaban un cañón, que fue ocupado por el propio Castillo y al que los insurrectos denominaron El Ángel, en su honor. El capitán Antonio María tuvo una destacada y valiente actuación en este combate.

El coronel Portal resultó herido y se rindió. De las filas españolas ciento cincuenta integrantes quedaron en el campo de batalla, el resto huyó hacia la urbe avileña, dejando las armas y el abultado convoy.

Pronto este oficial fue juzgado y encontrado culpable bajo el cargo de asesinato del general Honorato; condenado a muerte por ahorcamiento. El capitán Antonio María fungió como vocal en el consejo de guerra y fue el encargado de cumplir la sentencia sobre el mismo campo de batalla.

La tropa tuvo que moverse a tierras camagüeyanas en busca de armas y otros pertrechos. Durante esta incursión fueron azotados por una epidemia de cólera, enfermedad que mermó ostensiblemente a las fuerzas espirituanas.

De regreso a la zona de operaciones, el intrépido Ángel del Castillo planificó un arriesgado golpe, pues se mantenían con ímpetus para continuar la pelea.

El 9 de septiembre de 1869 se lanzó al combate para tomar un fuerte español en el poblado de Lázaro López, al oeste de la trocha de Júcaro a Morón, cerca de Arroyo Blanco. Mientras se batallaba cuerpo a cuerpo en el foso, el capitán Antonio María recibió dos heridas y muy cerca de allí ofrendaba la vida su jefe. Tropas del capitán Serafín Sánchez Valdivia rescataron el cuerpo sin vida.

En la finca El Cafetal, donde la familia había encontrado refugio temporal, llevaron al capitán Antonio María. Dos días más tarde ya se había recuperado, pero contrajo el cólera, lo que le provocó la muerte. También fallecieron por esa misma causa sus hijos Adelaida de la Caridad, Francisca de Paula y el pequeño Honorato.

Desde este lugar, el niño Adolfo aprendió a soportar las necesidades y carencias de la guerra, a oír sin temor el fragor de la batalla y, sobre todo, a odiar al enemigo extranjero.

La muerte del esposo y de sus hijos resultó tan dura para doña Rita Sánchez, que jamás recuperó su salud mental. Con Amada Aurelia, Antonio María, Adolfo Laureano y Luis Leopoldo, determinó presentarse a las autoridades y volver primero para Arroyo Blanco

y luego a la ciudad de Sancti Spíritus, donde falleció en 1872.⁷

La beligerancia y sus efectos dejaron escasas posibilidades para la crianza de los huérfanos, quienes fueron repartidos entre parientes y amigos.

Adolfo, con cinco años cumplidos, le fue confiado a su tía y madrina, Manuela María Sánchez Cañizares, por lo que regresó a Sancti Spíritus. Gracias a las enseñanzas del padre ya sabía leer y lo enviaron al colegio de don Félix Garabito Cardona, donde aprendió lo elemental, ya que no prestaba atención a las clases, pues odiaba la disciplina y la quietud de las aulas, aunque ya era notable su incipiente inteligencia.

Cuando el pedagogo no pudo más con la rebeldía de su alumno, la tutora lo mandó con don Mariano María Obregón, prestigioso maestro, que tenía una muy bien ganada fama por su rectitud. A partir de entonces, comenzaron los días tortuosos del niño.

Los métodos de enseñanza, basados en castigos corporales y monótonas repeticiones, lejos de elevar su educación, formaron rasgos cada vez más acentuados de desobediencia. Sus conocidos contaban que era muy avisado y de un carácter fuerte, listo siempre para escabullirse del centro escolar; gustaba

⁷El mayor de los hermanos, José de Jesús, se mantuvo en la manigua a las órdenes de Serafín Sánchez hasta finalizar la guerra; no aceptó grados militares y en 1895 se incorporó a la lucha junto a su hijo Eloy. El pequeño Luis contribuyó en la medida de sus posibilidades. Amada Aurelia, contrajo matrimonio con el coronel mambí Antonio Pérez, que fue macheteado por fuerzas españolas. De este matrimonio nacieron cuatro hijos, tres hembras y un varón. Al reinicio de la guerra, con más de cincuenta años, arrastró consigo a la contienda a hijos y yernos. Tomado de Gerardo Castellanos: Ob. cit., p. 24.

de ir al río a pescar, reñir y hacer travesuras, acciones que realizaba la muchachada de la época, a pesar del conflicto.

Debido a dificultades económicas, a la tutora le fue imposible mantenerlo bajo su custodia, y con el objetivo de corregir su conducta, en 1876, lo llevaron a convivir en la finca de Diego Sánchez Cañizares, su hermano, donde tuvo que incorporarse al trabajo del campo, y empuñar la mancera tras la yunta de bueyes. Así, surcando, escardando los sembrados, transcurrió la incipiente adolescencia; estas duras faenas contribuyeron a su desarrollo corporal y al temple de su personalidad.

Marcado física y espiritualmente por la guerra, que le arrebató de un golpe a su padre, madre y tres hermanos; separado del resto de los suyos; obligado a vivir en estado de semiesclavitud, más los preceptos patrióticos de sus mayores, formaron y sembraron de manera profunda en su pecho el amor por la independencia y el desprecio a todo lo que representara el poder opresor en Cuba.

Capítulo II

IDENTIDAD HABANERA

GUANABACOA, FORJA DE UN HOMBRE

En 1878, culminada la Guerra de los Diez Años, el Padre Adolfo del Castillo Cancio, tío paterno de Adolfo, regresó del destierro. Al llegar, se percató de que las hostilidades solo habían provocado el ahondamiento de las diferencias entre españoles y cubanos.

El noble eclesiástico vivió en tensa situación con las autoridades coloniales de Sancti Spíritus. Por intermedio del Padre Luis de Hoyos, compañero de infortunio en el exilio, fue nombrado capellán de la Ermita del Potosí, en la villa habanera de Guanabacoa.

Este sitio, que amablemente lo acogió en su seno y que tenía ya una marcada tradición patriótica y espíritu de combate, tuvo un gran significado para él, porque determinó su futuro social y político.

La localidad, fundada casi al unísono con la capital, estuvo vinculada con la abolición del Sistema de Encomiendas, establecido por los peninsulares desde los primeros años de la colonización, así como, con el Decreto de Emancipación para los aborígenes que habían sido tomados por esclavos.

El 12 de junio de 1554, el Cabildo de La Habana, con el gobernador don Gonzalo Pérez de Angulo, dispuso el acto de constitución. Se le confirió el título de villa en 1743, y es conocida desde 1763 como la villa de Pepe Antonio, en recordación del valeroso alcalde y jefe de milicias que enfrentó la agresión inglesa contra La Habana.

Aquí trajo el tío a sus sobrinos, resuelto a ofrecerles una adecuada educación cultural y patriótica; los acompañaron doña Manuela y sus hijos Paco y Manuel.

La identidad es un proceso generalmente largo, que identifica a las personas con las cosas que las rodean, el sitio donde viven, estudia o se desarrollan, así como con el país de nacimiento. Pueden reconocer de dónde vienen, quiénes son y hacia dónde van. Esta se conforma con tres aristas fundamentales: la familia, que transmite desde la cuna los valores morales intrínsecos en ella, aprendidos de generación en generación; la escuela, que prepara y forma a sus pupilos mediante programas educativos en la instrucción, para su uso y progreso cultural, social y ético en la vida futura; y la sociedad, que establece los cánones para la convivencia de sus miembros.

Estos factores influyeron en la conducta posterior de Adolfo Laureano del Castillo, quien perdió el vínculo natural y fue desarraigado de su ciudad natal, de la que solo pudo guardar tristes recuerdos. La familia, a partir de ese momento se redujo a tío, hermanos, madrina y primos.

Al mismo tiempo, las escuelas a las que asistió no le transmitieron los valores necesarios, y el régimen de entonces, esclavista y despótico, fue responsable de la pérdida de su cimiento, por lo que sentía la obligación de luchar contra ese dominio para alcanzar su sueño y el de tantos otros: la libertad.

La Ermita de la Inmaculada Concepción de María, fue fundada en 1641 y es una joya de la arquitectura colonial, conocida popularmente como la Ermita del Potosí, por estar ubicada en la calle Potosí, entrada a la localidad desde la urbe capitalina, en el partido de Guasabacoa. Hoy ya no es el único acceso a Guasabacoa.

Junto al vetusto y asombroso recinto, similar a las arcaicas iglesias rurales de España, se halla el primer camposanto de la región, conocido como Cementerio Viejo, famoso por las imágenes esculpidas, inscripciones y sepulcros, acreedores de numerosos milagros y mitos.

Según la leyenda, el indígena José Bichat, que residía en la Loma de la Cruz, adquirió en La Habana un cuadro pintado al óleo sobre tabla de cedro en el que aparece representado Jesús Nazareno con una corona de espina y la cruz auestas; en su casa, lo adornaba con flores y lo alumbraba con leños en las noches, tales prácticas provocaron comentarios entre los vecinos y Bichat, temeroso de ser despojado de su venerado cuadro, decidió trasladarlo a un lugar más seguro, escogió la Ermita del Potosí, que estaba muy deteriorada, él mismo se ocupó de promover su reparación, concluida en 1675. El cuadro en cuestión es trasladado para la Ermita de Nuestra Señora de Candelaria y el Obispo mandó a hacer una réplica exacta para ubicarla en la primera diócesis. Se dice que Bichat fue enterrado a los pies del Nazareno en la Ermita del Potosí. Por su antigüedad y belleza, ambos cuadros constituyen valiosísimas joyas del patrimonio histórico y del arte religioso de la Villa de Guanabacoa [...] ⁸

Este sitio posee arraigadas tradiciones, como la memorable resistencia del alcalde Pepe Antonio frente al invasor inglés; la conspiración de Rayos y Soles de Bolívar, en los inicios del siglo XIX; la protección al general Narciso López, y otras acciones desarrolladas

⁸ Colectivo de autores: *Historia de Guanabacoa*, Edición digital, «Proyecto Identidad», pp. 20 y 21.

por las sectas religiosas negras Abacuá y Ñáñigos, que le impregnaron un ambiente de amor por la Isla.

En este entorno comenzó a vivir y crecer el joven Adolfo. Durante los primeros meses residieron en la propia Ermita, en un cuarto aledaño que aún se conserva; luego, el Padre Castillo logró rentar la casa no. 4 de la calle Cadenas, entre Pepe Antonio y Nazareno, actual Consejo Popular Villa II.⁹

Adolfo se caracterizó por ser franco y alegre, bromista por excelencia, fomentador de fiestas y pille-rías, pero de pasión rebelde, siempre estaba enredado en algún conflicto, le gustaban las celebraciones y los amoríos; esto, unido a su fortaleza física y su personalidad atrayente, le propiciaron el liderazgo entre sus coterráneos.

Los vecinos relataban que era amigo de las mal-dades. Para ayudar a su tío en el resguardo de las reliquias de la Ermita, él, sus hermanos y primos se alternaban los turnos de guardia en el santuario. En las madrugadas se subía en sus muros envuelto en sába-nas, semejando a un fantasma y, recorriendo el lugar como un equilibrista, hacía saludos doblando el tronco, poniendo los brazos en cruz o dando lastimeros aulli-dos, parecía un alma en pena pidiendo protección.

⁹Cuentan que como consecuencia de una fuerte tormenta, en julio de 1724, la iglesia parroquial se inundó y perdió el techo, por lo que se sacó el Santísimo Sacramento, imágenes y or-namentos, para depositarlos en la vivienda de don Esteban Pé- rez de Rivero. Allí estuvieron hasta que se trasladó su Divina Majestad a la iglesia de la Candelaria. De Rivero, pidió se le concediese el privilegio de poner unas cadenas al frente de su residencia. Según versiones populares, estas daban derecho de asilo y amparo al que teniendo deudas con la justicia lo-grara asirse a ellas. La casa Cadenas, construida el 6 de ju- lio de 1720, se encontraba en la calle del mismo nombre, hoy Adolfo del Castillo. Tomado de Colectivo de autores: *Historia de Guanabacoa*, Edición digital «Clásicos. Tavera», pp. 626 y 627.

De esta forma asustaba a los lecheros y campesinos, que iban a esa hora camino de los mercados y plazas. No pocas veces estos dejaron tiradas sus mercancías en la carretera ante tal aparición, mientras Adolfo y sus acompañantes se divertían.

Otra de las ocurrencias consistía en sustituir las placas de identificación de los médicos por carteles pertenecientes a salas funerarias y de comadronas. Redactaban burlas sobre los anuncios de la propaganda comercial y profesional del territorio.

El capitán Barajón y el celador Petronilo Manzano, tenían órdenes para detenerlos, pero la agilidad escurridiza, propia de la juventud, siempre los salvaba, por lo que seguían dando riendas sueltas a su imaginación.

Sus más allegados en aquellos tiempos fueron los Pezaza, Sixto López Miranda, Herminio Seulino Santinete, Gustavo Aranguren Martínez (hermano de Néstor, coronel del Ejército Libertador), Alberto Rodríguez Acosta, Manuel Villena, José Elías Entralgo, Adolfo Fernández Moya y Carlos Enríquez, estos últimos eran sus auxiliares inmediatos.

Desde que el párroco Castillo se estableció para asegurar la adecuada formación y educación de sus pupilos, colocó a Antonio María en el giro del Comercio y a Adolfo, en el colegio de los Padres Escolapios.¹⁰

Este centro, fundado el 19 de noviembre 1857, se encontraba en el Convento de San Francisco, con la denominación de San Antonio, erigido el 25 de octubre de 1719, en el barrio de la Concepción, y se dio en

¹⁰ Ubicado en la calle San Francisco, entre Independencia y Pepe Antonio. Actualmente es la Dirección Municipal de Educación. Se encuentra en reparación.

posesión el 14 de enero de 1720. Su primer prelado fue fray Juan Tomás.

Era un templo de regular tamaño y se le consideró siempre como el depósito de sabiduría y virtudes. Solo admitía a varones blancos y era de gran arraigo en la educación del territorio y de la ciudad habanera.

Se destacó por la entrega de sus profesores a la enseñanza escolástica y a la búsqueda y formación integral de sus alumnos. Uno de sus maestros fue el Padre Pío Galtes, naturalista e investigador, reconocido en la ciencia cubana por la primera tesis sobre la formación de los árboles de piedra en Puerto Príncipe.

Los Escolapios, además, era una Escuela Normal, donde se preparaban a los maestros de la primera enseñanza.

Poseía cursos de varias asignaturas con una duración de dos años. Contaba también con un colegio anexo de primeras letras, donde se aceptaban niños de cualquier estrato social, a los pobres se les entregaban libros, cuadernos y desayuno gratis. En este centro podían hacer sus prácticas docentes los maestros normalistas.

Con rigor y ternura, los profesores instruían y propugnaban la educación que convocaba al orden y la cordura.

Adolfo fue venciendo año tras año, aunque su carácter festinado e inquieto lo llevó a prestar muy poca atención a las clases y la adopción de las buenas maneras que pretendían cultivar sus preceptores. No obstante, como muestra de este empeño, en el último curso ganó un premio por sus conocimientos de Historia Natural, Fisiología e Higiene.

Su tío lo inclinó al entrenamiento de la esgrima, el boxeo, la natación y otros deportes, actividades que le gustaban, pues le permitían dar salida a sus

bríos juveniles, al tiempo que lo colocaba al frente del grupo de amigos. Sobresalía en el manejo de la espada, la cual blandía con ambas manos y mucha maestría; pero su preferido era el beisbol, que ya ganaba adeptos entre los criollos y marcaba la diferencia con los peninsulares.

Con infinita paciencia su tutor le inculcó el interés por la lectura; por eso, a pesar de que descuidaba los estudios, le ayudaba a sortear los escollos que representaba la escuela. En las escasas horas en el hogar devoraba todo tipo de libros.

Mientras Adolfo se preparaba para el futuro, se unía a otros jóvenes que tenían determinadas inclinaciones sociales. Según el Pacto del Zanjón, se realizaron elecciones para los puestos del Cabildo en 1879, y fue elegido como alcalde de la villa de Guanabacoa el autonomista Francisco Gory, que a pesar de desempeñar su mandato con sensatez, a finales de mayo de 1882, fue destituido ilegalmente por las autoridades coloniales, bajo el pretexto de tener amplias potestades para designar al que creyeran conveniente, aunque este no fuera de la localidad ni hubiera alcanzado los votos necesarios

La respuesta ante dicha afrenta no se hizo esperar, la ciudad en pleno se levantó en un violento motín. Adolfo y su grupo de amigos tuvieron participación en estas revueltas, aunque contra la voluntad del Padre Castillo.

Por esta época, con su compañero León Figueroa, idearon la instalación de una botica; proyecto que no fructificó por falta de recursos financieros e influencias en las esferas políticas.

Adolfo Laureano se graduó en 1884 como Maestro Normalista de Primera Enseñanza, tenía veinte años.

Como parte de su desarrollo, matriculó primero en la escuela de Artes y Oficios y, más tarde, en el Instituto

de Segunda Enseñanza, donde obtuvo el título de Bachiller en Artes, a finales del propio año.

En su evaluación quedó escrito que era digno y caballeroso, traslucía seriedad de carácter; aunque no se afirmó que fuera un estudiante aventajado y, que por su inteligencia y preparación podía llegar al éxito. En el documento original que aparece en la biblioteca del historiador de Las Tunas, está plasmado:

[...] Adolfo, era aseado, limpio de forma y carácter, nunca usó polvos, esencias, ni afeites de ninguna clase, de poca barba, de ojos azules, no fumaba, ni tomaba nunca ningún licor, solo vino en la mesa, de poco comer pero no delicado, comía lo que servían [...] de lo que encontraba, aunque franco y expresivo, no era charlatán, ni latoso, de fuerte complexión y sano [...] ¹¹

Frente a la situación que atravesaba la numerosa familia, que solo se sostenía con el escaso salario del tío y hermano, Adolfo se dedicó a impartir clases particulares en el mismo colegio donde estudió, además de preparar alumnos atrasados que cursaban el bachillerato. Del mismo modo realizaba guardias para cuidar las reliquias de la Ermita, por las que recibía algún ingreso extra y todo lo ponía a disposición de la economía doméstica.

SU PASO POR LA UNIVERSIDAD Y LA ACERA DEL LOUVRE

En 1885, siguiendo la tradición de sus antecesores, ingresó en la Real y Literaria Universidad de La Haba-

¹¹ Texto entregado por el Padre Castillo a Gerardo Castellanos, para la elaboración de la biografía de Adolfo Laureano del Castillo Sánchez.

na, en la facultad de Medicina y Cirugía.¹² Su carácter inquieto y patriótico lo mostró por igual en las aulas, al involucrarse en algunos hechos sin que las autoridades pudieran probar su actuación.

El 30 de octubre de 1889, cuando un piquete de voluntarios pasaba frente al portón de la alta casa de estudios, el grupo allí reunido, hizo sonar unas muy cubanas trompetillas y el jefe de la tropa llamó a declarar al portero; pero este se encontraba en el interior del edificio. A los pocos minutos se presentó un sargento con otros voluntarios. Ante las circunstancias intervino el presbítero Santiago Terán, que convocó al cuerpo armado a la cordura y al respeto por la universidad, impidiendo un nuevo 27 de Noviembre.

Como no se pudo precisar quién había provocado el incidente, el rector ordenó al bedel mayor que prohibiera la permanencia de los alumnos en la puerta y en el zaguán.¹³

De los médicos cubanos egresados, once llegaron a generales, entre ellos: mayor general Pedro Betancourt Dávalos; generales de brigada Federico Incháustegui Cabrera, Joaquín Castillo Duany, Eugenio Sánchez Agramonte, estos tres últimos sucesivamente jefes de la Sanidad Militar mambisa. También, Eugenio Molinet Amorós, Juan Bruno Zayas Alfonso, Eusebio Hernández Pérez, Manuel Alfonso Seijas, Porfirio Valiente

¹² El expediente no. 2646 de D. Adolfo del Castillo y Sánchez, año 1885-1891, no. 1169 se encuentra en el Archivo central de dicha facultad.

¹³ En el Archivo general de la institución se encuentra el expediente administrativo no. 675: «Expediente relacionado a los desórdenes promovidos por varios alumnos al pasar el piquete de voluntarios por el frente de la Universidad. 1889». Tomado de Hortensia Pichardo Viñals: *La actitud estudiantil en Cuba durante el siglo XIX*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1983, p. 77.

del Monte, Hugo Robert Fernández y Daniel Gisbert García; y tres estudiantes de Medicina: general de división José Miró Argenter y los generales de brigada Adolfo del Castillo Sánchez y Raimundo Sánchez Valdivia. Esto muestra como los sentimientos patrios florecieron por igual en la institución y que los jóvenes de aquellos años se incorporaron a la lucha contra España.¹⁴

En su época de estudiante, los amigos más allegados a Castillo fueron el doctor Francisco Bello García de Ozuna, Adolfo Fernández, Juan Bruno Zayaz Alfonso, Rafael de Cárdenas Benítez y Sixto López Miranda.

A través de los compañeros de aula y con los grupos que tenían afanes independentistas, vinculados al creciente movimiento revolucionario, que dentro y fuera de la Isla se disponían para la contienda, se inició un sentimiento muy fuerte de libertad.

Como la mayoría de los universitarios, Adolfo se convirtió en asiduo visitante de la famosa Acera del Louvre, y al destacarse en diversos deportes, fue reconocido como uno de los Tacos de la Acera, aunque no aparezca su nombre en la tarja, que en homenaje a estos jóvenes, se develó en el portal del hotel Inglaterra, en el centro habanero.

[...] Así vemos que bajo el mando de Maceo, Calixto García, Lacrete y Enrique Collazo brillaron por su bravura e idoneidad los generales Mario Menocal, Rafael Montalvo, Armando J. de la Riva,

¹⁴ Ver Julio Armas Castro, Sarha E. Lezcano Rodríguez y Jenny Caballero Barrios: «José Martí y los médicos revolucionarios cubanos», tesis de segundo año de Medicina. Tutor, doctor en Ciencias Históricas, profesor e investigador titular Julio R. Armas Femenias.

Rafael de Cárdenas, Adolfo del Castillo y Néstor Aranguren. Estos últimos, muertos en campaña después de infinitos actos de valor temerario, encabezan la gloriosa lista de jóvenes habaneros caídos en el campo de batalla [...] miembros prominentes de la Acera del Louvre [...]¹⁵

EL LICEO ARTÍSTICO Y LITERARIO DE GUANABACOA

Adolfo, quien ya se destacaba en la sociedad, aconsejado por su tío, se hizo socio del liceo el 7 de enero de 1888, el cual había sido fundado desde el 16 de junio de 1861, por el teniente gobernador de la villa, don Juan Jústiz.

La más prestigiosa entidad cultural de la localidad contó con la presencia de cimeras personalidades de la historia y el arte, de la talla de poetas como Nicolás Azcárate, Mercedes Matamoros, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Alfredo Torroella; de los abogados Ignacio Agramonte Loynaz, Juan Gualberto Gómez Ferrer; del profesor Rafael María de Mendi-ve; el preclaro José de la Luz Caballero; el científico Felipe Poey, entre otros. La gloria mayor fue la de tener entre su membrecía a José Julián Martí Pérez, el Apóstol.

Por la carga de patriotismo y sabiduría que se desarrollaba en la institución, se convirtió en el sitio preferido de Adolfo para reunirse con los amigos. Se cuenta que se destacaban sus extraordinarias condiciones para organizar las fiestas en sus predios

¹⁵Orlando J. Carrión Pérez: *La Isla del Buen Humor; crónicas costumbristas cubanas*, Editorial Academia, Ciudad de La Habana, 2004, p. 164.

y, a pesar de que no bailaba, sí tenía amplia facilidad de palabras para convencer.

La lectura, los estudios universitarios y los contactos con las figuras que se relacionaba, acrecentaron sus conocimientos y, unido a su vocación por el magisterio, el dominio de varios idiomas y la Gramática Latina, elevaron su estatura moral, convirtiéndose en persona de gran respeto y autoridad.

En esta época se respiraban aires de conspiración revolucionaria y el espíritu independentista soplaba con fuerza renovada. La estirpe mambisa de Adolfo se impuso.

[...] jamás podía olvidarse que por el plomo enemigo murieron sus tíos Honorato [...], su padre, y como consecuencia de aquella situación, su pobre madre, y que él mismo llevaba en un muslo la cicatriz de un vil bayonetazo. Esto unido a que su tío jamás dejó de recordarles el deber de honor a sus antepasados [...]¹⁶

Adolfo solía reunirse, bajo el manto de actividades socio-artísticas, en la calle Candelaria. Con su tradicional locuacidad, polemizaba sobre el futuro de Cuba, convirtiéndose en protagonista de las reuniones; esto despertó sospechas en las autoridades, por lo que tuvo que ser más discreto, para no comprometer las labores de los clubes revolucionarios en los que participaba.

Su asistencia al liceo comenzó a ser más esporádica, pues se le veía preocupado y dedicaba tiempo en escribir cartas. Hacía extraños recorridos por la calle San Antonio y centraba su atención en la casa no. 54,

¹⁶ Gerardo Castellanos: Ob. cit., p. 46.

donde vivía una delicada damisela, nombrada María Felicia Facenda Facenda, a quien conoció en los salones de la institución cultural.

La muchacha se asomaba a la ventana en ocasiones con cierta timidez y con ternura le regalaba la mejor de sus sonrisas y la más ardiente de las miradas. A todos les parecía increíble que Adolfo, el parrandero, quien en sus correrías jamás se había detenido frente a ninguna mujer, estuviera enamorado.

Más que una alegría, el amorío se convirtió en un problema para ambas familias. Su tío le advirtió que esas relaciones no tendrían feliz término, ya que conociendo su naturaleza chispeante, sabía que si triunfaba el amor, perecería el doctorado. No obstante, a pesar del respeto que el joven le tenía, persistió.

Por su parte, don Francisco María Facenda y doña María Felicia Facenda, padres de la muchacha e influyentes en la sociedad, dada su holgada posición económica, pensaban que la reputación del pobre maestro sería un lastre, antes que buen esposo y, menos aún serviría para sostener un hogar.

Mientras que las relaciones fueron ocultas, María Felicia suspiraba por su amado, atraída por sus andanzas y aventuras que lo hacían sobresalir entre los demás. Pero él fue madurando, enrumbando su camino con más juicio y serenidad.

Se dice que le escribía tiernas y apasionadas notitas, que las hacía llegar de manera secreta. Los encuentros se realizaban en la ventana lateral de la casa, la cual se encontraba a bastante altura, por lo cual Adolfo llevaba un banquillo de madera para llegar hasta el alféizar de la ventana.

Luchó contra molinos y fantasmas, y se impuso el amor. Por ello, se arreglaron los detalles y los padres aprobaron el noviazgo. La única riqueza del

joven era el buen nombre de su tío y su elevada educación.

Para colmo de males, a principios de 1890, al Padre Adolfo lo ubicaron en el curato el Jíbaro, perteneciente a la iglesia de Remedios y tuvo que regresar a la región de Sancti Spíritus. Con él partieron doña Manuela y sus primos. Adolfo se quedó solo en la capital y sus escasos recursos no le permitieron continuar pagando los altos precios exigidos para los estudios universitarios, a pesar de que le faltaba muy poco para terminar la carrera de Medicina. El costo personal anual ascendía a 3573.00 pesos oro, por tanto, era obligatorio que el alumno abonara 541.00 pesos oro cada mes. Sin embargo, esto no le preocupó, porque su meta era el matrimonio, el cual ya estaba concertado.

El día 5 de junio de 1890 contrajo nupcias, mudándose a la casa de los suegros. Luego se trasladaron a una vivienda de la calle Desamparados, en la propia localidad. Aunque la familia de su esposa tenía una desahogada posición económica, Adolfo vivía de lo que se ganaba impartiendo clases, que no representaba un ingreso considerable.

A través de esta noble profesión se vinculó de manera muy estrecha con las clases humildes, a cuyos hijos impartió las primeras letras.

DELEGADO DEL PARTIDO REVOLUCIONARIO CUBANO

En 1892, Adolfo del Castillo trasladó su residencia de Guanabacoa para el pequeño poblado de San Antonio de las Vegas.¹⁷

¹⁷ Se fundó en 1806. Su nombre se debe a las numerosas vegas de tabaco asentadas allí desde el siglo XVII. Situado a cuarenta kilómetros al surdeste de La Habana, junto al camino que enlazaba las villas de Bejucal y Güines. La estructura adminis-

La partida hacia este lugar respondió a tareas encomendadas por el PRC, al ser designado delegado en esta zona, por instrucciones de la dirección clandestina en la urbe habanera, encabezada por el patriota Enrique Collazo Tejada.

Este nuevo reasentamiento lo hizo junto a su esposa, quien abandonó sus comodidades para seguirlo a un futuro incierto y a expensas de dificultades económicas.

Adolfo estaba contratado además por el señor Martín Casuso, dueño del ingenio La Julia, al sur del poblado, para que impartiera la enseñanza elemental a sus hijos.

Un informe sobre la capital, que Martí envió a Máximo Gómez Báez, el 29 de agosto de 1893, lo ponía al tanto de los trabajos realizados hasta el momento. En cuanto a la organización de la guerra, refería:

El panorama de la provincia es positivo, pues un grupo de lo mejor de la Ciudad, muy bien repartido por el campo, trabaja de acuerdo con lo poco sano de La Habana y en íntima comunicación con Enrique Collazo. En ambas regiones se cuenta con organizaciones bien disciplinadas [...] ¹⁸

trativa tenía: ayuntamiento, juzgado municipal, capitán pedáneo (policía), iglesia, administración de correos de 5.^a clase, dos escuelas de primera enseñanza, dos tiendas de ropa, botica, herrería, sastrería y dos panaderías. Tomado de Pedro José Ibernó: *Guía Geográfica y Administrativa de la Isla de Cuba para uso de oficinas, escritorios, empleados, comerciantes, hacendados, militares y viajeros*, Editorial Palucha, La Habana, 1891, Colección digital CLATAV, p. 237. Ver anexo 2.

¹⁸ Ibrahím Hidalgo Paz: *El Partido Revolucionario Cubano en la Isla*, Centro de Estudios Martianos, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1992, p. 85.

El maestro Adolfo, en su labor proselitista a favor de la independencia, mantuvo estrechos contactos con Generoso Campos Marquetti, encargado de las actividades del partido en Alquizar, junto al comerciante Francisco Crisóstomo Camero, más sus colaboradores: Emiliano Delgado, de San Felipe, y Parmenio Rodríguez, de Bejucal. Igualmente, con Benito González, encargado de los preparativos en La Salud; los hermanos Aurelio, Emilio y Rosendo Collazo, en Batabanó; con Constantino R. Villaverde, Tatino, periodista y escritor de los semanarios *La Lucha* y *Las Avispas*, donde se cultivaba la sátira política y el humor. Con todos estos revolucionarios lo unieron fuertes lazos de amistad y sentimientos patrios.

Los españoles nada sospechaban o les era indiferente la propaganda, ya que la mayoría de estos líderes eran muy apreciados en sus pueblos, por criollos y peninsulares, alguno que otro fue elegido para la dirección local del Partido Autonomista.

[...] Los periódicos de los hermanos Usatorres Perdomo, “El Porvenir” de Trujillo, “Patria” de Martí, [...] se leían en la trastienda. “La Verdad” y los demás, se circulaban a Benito González en la Salud, a Aurelio Collazo en Batabanó, a Adolfo del Castillo en San Antonio de las Vegas [...]. Bajo el piso de madera de la trastienda se guardaban las armas [...]. En octubre y noviembre de 1895 se efectuaron conatos de levantamiento, que fracasaron bien por cobardía de algunos, bien por no estar a la hora convenida [...] ¹⁹

El ejercicio del magisterio lo realizaba Adolfo por verdadera vocación en un pequeño colegio de San An-

¹⁹ Ramiro Guerra Sánchez: *Mudos Testigos*, Editorial Lex, La Habana, 1948, p. 184.

tonio de las Vegas. Impartía también clases privadas de inglés, francés y latín, así como Gramática y Literatura. De este modo, preparaba a los alumnos para obtener el bachillerato. Independientemente de todos los esfuerzos, los ingresos eran escasos, pues muy pocos padres podían pagar la enseñanza, por lo que el salario de la escuela pública era irrisorio.

En el libro *Por las veredas del pasado*, Ramiro Guerra, manifiesta:

[...] conservo vivo en la memoria el recuerdo de que en cierta ocasión, Adolfo del Castillo visitó a mi maestro en Batabanó, y Domínguez, que estaba muy complacido con mis adelantos, le dijo que me examinase Latín [...] Adolfo del Castillo me llevó a hacer un repaso general de la gramática mediante una larga serie de preguntas y me felicitó amablemente [...] ²⁰

En una carta dirigida por Adolfo a su hermano Luis, le dijo:

Yo trabajo sin tregua. Economizo sin tasa y sin embargo no puedo disponer de 10 pesos. Ahora se han examinado mis discípulos de segunda enseñanza. Todos han sacado la primera nota [...] Esto aprueba que he trabajado; pero adelantar en mi situación [...] nada. Esto me desespera [...] ²¹

Sus colaboradores y amigos alcanzaron todos los estratos sociales, entre ellos se encontraban el alcalde Jacinto Hernández Vargas y su hermano Faustino, jefe de los voluntarios; José Clemente Fernández, el Pitirre, comerciante y maestro azucarero de Güines;

²⁰ Ramiro Guerra Sánchez: *Por las veredas del pasado*, Editorial Lex, La Habana, 1948, p. 16.

²¹ Gerardo Castellanos: Ob. cit., p. 50.

Benigno Padilla, el Gallego, trabajador del ingenio Mi Rosa, en Quivicán, y el pescador Gregorio Sánchez, de Batabanó, a quien enseñó a leer. Todos fueron combatientes de la contienda de 1895.

A modo de ejercicio para la guerra, Adolfo salía sin alimentos ni agua a recorrer las llanuras y elevaciones de la vasta sabana, desde Güines hasta Batabanó, lo que le permitió la preparación necesaria para futuras acciones combativas.

El 13 de noviembre de 1893, nació su hija Zoila Rosa, criatura que se convirtió en el centro de su existencia y en el destino de sus mejores pensamientos, por lo que le ofreció todas sus caricias y mimos. Entre la dedicación al magisterio, su esposa e hija, y los avatares confabulativos, transcurrió la vida en el pequeño poblado, contando con el respeto y cariño de compañeros, vecinos y discípulos. Él era un hombre que transpiraba energía, voluntad y bondad en sus afectos, combinadas con la sensatez.

Ya no era el joven fornido, más bien regordete; toda su presencia descubría un carácter fuerte y atrayente. El semblante guardaba perfecta relación con el porte, de mirada dura encerrada en unos expresivos ojos azules, para darnos el tipo cabal de la persona arrogante y apasionada; gallardo y dadivoso; ágil y listo para la acción; excelente con el sable y como jinete; lo que sumado a su vasta cultura, lo convertían en el centro de las tertulias pueblerinas.

El inicio de la nueva guerra, el 24 de febrero de 1895, lo encontró en plena acción conspirativa; el fracaso del alzamiento en occidente, al ser apresados los principales jefes, Julio Sanguily y José María Aguirre, lo obligaron a mantener el silencio sobre sus actividades.

Desde el aula en San Antonio de las Vegas, presintió la llegada del momento decisivo. Al final de

ese año envió a su esposa e hija para la casa de sus suegros, con la encomienda de que partieran al extranjero cuanto antes, previendo las posibles represalias del gobierno español. Ambas salieron para Tampa, estado de la Florida, EE. UU., donde existía una gran emigración cubana, propiciada por las numerosas fábricas de tabaco; puntal en la ayuda que recibió Martí durante los preparativos de la Guerra Necesaria.

Tras una breve visita de Adolfo a Norteamérica en 1889, dejó varios colaboradores y contactos para el futuro. Sin embargo, su esposa e hija pasaron miseria por la falta de recursos. Ante esta situación, en una de las cartas que él les envió, insistía:

[...] No pidan nada a la Delegación de la junta revolucionaria; vivan de su trabajo, y que en caso muy terrible solo acepten de la Delegación lo estrictamente preciso para evitar la muerte por hambre. ¡Así lo manda el honor!

En otro párrafo, expresaba:

[...] Si yo quisiera pedir a la Delegación, estoy seguro que me daría lo que pidiera, pero soy jefe, y los jefes no pueden pedir más que armas y municiones para derrotar al enemigo [...]²²

Durante la estancia de Felicia Facenda²³ en Tampa, ayudó a financiar y mantener viva la Revolución

²² Juan Leiseca y Matías Duque: *Nuestra Patria*, Imprenta Montalvo y Cárdenas CO, Habana, 1925, p. 141.

²³ Al concluir la guerra y perdido a su esposo regresó a Cuba. Contrajo segundas nupcias con un jefe de la Guardia Rural, relación que duró poco tiempo; no obstante, el periódico *La Discusión* emitió el 13 de noviembre de 1919 la siguiente nota fúnebre: «Muere en La Habana la señora Felicia Facenda, viuda del general Adolfo del Castillo. Fue tendida en su domicilio de Perseverancia 33 (altos)».

al crear en esta ciudad, en 1896, el Club Patriótico Adolfo del Castillo, en correspondencia con la notoriedad que como jefe y combatiente alcanzó su compañero en los campos de Cuba. El club estaba dedicado a la propaganda revolucionaria, a incrementar los fondos para el PRC y a difundir las hazañas del héroe, que ya era un ejemplo.

Capítulo III

RUMBO A LA HISTORIA

Cumplidos los 32 años, Adolfo del Castillo Sánchez abandonó el 2 de enero de 1896 el poblado de San Antonio de las Vegas, al frente de un grupo de hombres reclutados en su labor como delegado del partido y juntos se incorporaron a las filas del Ejército Libertador.

Su encuentro inicial fue con la tropa mambisa del coronel Antonio Núñez Martínez, que había tomado el poblado de Vegas, a siete kilómetros del noroeste de Nueva Paz, lo que constituyó la primera acción de la Guerra de Independencia en la región habanera.

La tropa de Núñez formó el ala izquierda de la exploración en la extrema vanguardia, que estaba al mando del coronel Roberto Bermúdez López. La avanzada se encontraba constituida por el regimiento villareño al mando del coronel Juan Bruno Zayas, perteneciente al Contingente Invasor, dirigido por el mayor general Antonio Maceo Grajales, cuyo estado mayor acampó en una colonia del ingenio Providencia, próximo a Güines.²⁴

El general Enrique Loynaz del Castillo, al referirse a la participación de Adolfo, expresó:

[...] En el constante ir y venir de un pueblo a otro hízose de muchos amigos para la causa de la independencia y cuando el ejército invasor se aproximó a la provincia de La Habana, Adolfo del Castillo fue al ingenio La Julia, reunió un gran número de jóvenes de la comarca y con ellos se incorporó a la

²⁴Ver anexo 3. Tomado de Bernardo Callejas: *Máximo Gómez en la Independencia*, en Gustavo Pérez Abreu, p. 289.

vanguardia de la invasión mandada por el coronel Antonio Núñez y Cándido (Cayito) Álvarez. El nombre del maestro pueblerino iba a llenar gloriosas páginas de la historia [...].²⁵

A pesar de que no existen informes exactos sobre su jerarquía militar en los primeros días de la operación, en correspondencia con el acuerdo del Consejo de Gobierno del 28 de noviembre de 1895, se decidió:

[...] Se acuerda que a los estudiantes que concurran a engrosar las filas del Ejército Libertador, se le reconozcan, en atención a sus méritos y conforme las aptitudes que tengan, los grados y consideraciones en la forma siguiente: Cabo, el que tenga cursado segundo año de Filosofía. Sargento, el que tenga aprobado hasta cuarto año, de id. (Filosofía). Alférez, el que se haya graduado de Bachiller. Teniente, el que tenga cursado y aprobado tres años de alguna facultad. Capitán, el que haya alcanzado un título en las carreras facultativas [...].²⁶

Al incorporarse Castillo a la tropa, cumplió los requisitos para ser nombrado teniente, pero en correspondencia con los ascensos posteriores, el grado otorgado fue el de capitán.

Gerardo Castellanos, en el texto biográfico refiere que desde que se unió a la fuerza de Núñez se le concedió el grado de comandante.

La primera acción combativa de Adolfo se desarrolló el 3 de enero de 1896, en la toma del po-

²⁵ Enrique Loynaz del Castillo: *Memorias de la Guerra*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1989, p. 431.

²⁶ Antonio Maceo: *Ideología Política, Cartas y Documentos*, Editorial de Ciencias Sociales, Ciudad de La Habana, 2001, p. 140.

blado de Guara,²⁷ situado a solo seis kilómetros del noroeste de Melena del Sur, a las órdenes de Antonio Núñez Martínez. No encontraron oposición, por lo que pudieron apoderarse de ochenta fusiles y miles de balas.

Mientras tanto, el grueso de la avanzada, subordinada al general de brigada Roberto Bermúdez López, irrumpió en la Calzada de Güines. Al requisar los vehículos que circulaban hacia la capital, cogieron víveres y otros pertrechos útiles para la tropa.

Por su parte, Juan Masó Parra, con el Regimiento Calixto García, asaltaron el poblado de Melena del Sur, donde encontraron muy poca resistencia, por lo que ocuparon cien fusiles y tres mil cartuchos, entregados a la infantería de los hermanos Ducasse, que ya había crecido por la llegada de habaneros bajo la bandera de Cuba Libre. En la noche acamparon en Novo, cerca de San Antonio de las Vegas.

El día 4 bien temprano, prosiguió su avance el Contingente Invasor al lado de las vías férreas que unen la estación de Villanueva y Batabanó, sin tropiezo con el enemigo. Maceo ordenó levantar los rieles y sacar los polines, para impedir la utilización del camino de hierro por las tropas españolas. A la jefatura llegaron informes de la gran cantidad de efectivos que se iban agrupando para impedir su paso.

Maceo y Gómez diseñaron una posición estratégica de avance. Las alas extremas de la vanguardia se adelantarían, paralelas a la columna central, incendiando los campos de cultivo, para imposibilitar

²⁷ Ver Colectivo de Autores: *Diccionario Enciclopédico de Historia Militar de Cuba, Primera parte (1510-1898), Tomo 2, Combates*, Ediciones Verde Olivo, Ciudad de La Habana, 2001, p. 165. Todas las notas referentes a esta fuente pertenecen a la edición de 2001.

los ataques laterales, al tiempo que se conquistaban las poblaciones o caseríos que se encontraran en el recorrido.

Dirigida por Cayito Álvarez, el ala derecha, marchaba por el curso de la vía férrea hasta Quivicán, donde ahuyentaron a la guarnición que custodiaba un convoy de víveres, destruyendo los vagones y la estación; ocuparon armas y municiones. Al continuar la jornada tomaron el poblado de La Salud, por lo que la alarma llegó hasta Bejucal, El Rincón, Jesús del Monte (Víbora) y otras zonas muy cercanas a la capital.

El ala izquierda de la exploración, en la que marchó Adolfo del Castillo, penetró en el caserío Pozo Redondo, cerca de Batabanó, donde se hallaban dos de las columnas al mando de Agustín Luque y Rafael Aldecoa, quienes se limitaron a observar el desfile de los insurrectos, que a su paso destruían las vías férreas y daban candela a los cañaverales.

Al mediodía del propio día, el Contingente Invasor ya se encontraba frente a Güira de Melena. El Generalísimo, Máximo Gómez Báez y el Titán, Antonio Maceo Grajales conferenciaron, pues era necesario desarmar las partidas de voluntarios para dotar a los nuevos reclutas, y no perder la iniciativa, dado que los españoles no presentaban combate.

Güira de Melena era una de las poblaciones habaneras importantes, defendida por más de trescientos voluntarios bien armados y con muchos pertrechos.

Maceo organizó el ataque con la caballería por tres flancos, al mando de Juan Bruno Zayas, Pedro Díaz Molina y Juan Masó Parra. La infantería estuvo compuesta por grupos de reclutas a pie o montados, que conseguían sus armas en la población.

El impetuoso fragor de las acciones mambisas, que fueron enérgicas, hizo retroceder a los defensores hasta refugiarse en la Iglesia Mayor, la mejor construcción de la localidad. Resistieron el ataque, pero

el incendio del edificio los hizo salir a la desbandada. Se entregaron más de cien voluntarios.

Ante estas circunstancias, Gómez hizo una elocuente exhortación, predicando la conducta ejemplar de los patriotas cubanos con los prisioneros capturados, a diferencia de las tropas enemigas que asesinaban a los heridos y vejaban a los muertos. Después los dejó en libertad.

El botín de guerra obtenido en Güira de Melena fue pródigo, se ocuparon trescientos fusiles y quince mil balas, cien mil pesos en metálico, víveres, medicinas, arneses, ropa y calzado, caballos, entre otras cosas.

Esa noche pernoctaron en los alrededores. Gómez indicó que las parejas de la caballería debían recorrer el pueblo, para evitar desmanes contra los civiles.

Al siguiente día, 5 de enero, se ordenó a la avanzada adelantarse por el sur hasta llegar a la provincia de Pinar del Río y promover la Revolución a su paso.

Las fuerzas de la vanguardia, en la que militaba Adolfo del Castillo, pasaron próximas a los territorios de Alquizar y Ceiba del Agua, y prepararon las condiciones para el momento de la llegada del grueso de la Columna Invasora. Estas plazas se rindieron sin ofrecer resistencia.

La entrada en Alquizar la realizaron por la mañana, bajo los acordes de los himnos de Bayamo y el Invasor, aclamados por la mayor parte de los ciudadanos. Al atardecer penetraron en Ceiba del Agua.

Al respecto, José Luciano Franco, apuntó: «[...] En Alquizar [...] todos los hombres se incorporan al ejército [...] capitaneados por Adolfo del Castillo, incorporado en días anteriores [...]».²⁸

²⁸ José Luciano Franco: *Antonio Maceo, apuntes para una historia, capítulo VII Plenitud y Destino*, t. II, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, p. 22.

Los invasores continuaron la marcha el día 6, torciendo rumbo norte. Dominaron los poblados de Vereda Nueva y Caimito. Al atardecer llegaron a Hoyo Colorado (Bauta), sobre la carretera que accede a Marianao, a veintiocho kilómetros de la capital.

En perfecta formación, los voluntarios entregaron el armamento y el parque; el alcalde recibió a los dos jefes mambises con el grito de ¡Viva Cuba Libre! Gómez les dirigió la palabra a los allí reunidos.

Al amanecer de la jornada siguiente, en las afueras de Hoyo Colorado, el General en Jefe determinó que Adolfo se quedará en La Habana para imprimir energía y actividad a las operaciones y distraer la atención del ejército colonial, lo que se conoció como la Campaña de la Lanzadera, desarrollada desde el 7 de enero hasta el 19 de febrero de 1896.

Maceo, por su parte, debía continuar con una columna pequeña, para completar la invasión en el extremo más occidental de la Isla.

En la misma obra, Franco, afirmó:

[...] Terminada la entrevista, se habían formado las dos columnas, salió la del General Gómez, rumbo al centro de la provincia habanera [...] la otra columna al mando de Maceo, es decir, el cuerpo invasor [...]. Además debían de incorporárseles los escuadrones al mando de Cayito Álvarez y Roberto Bermúdez que estaban operando ya en el sur de la provincia de Pinar del Río [...] ²⁹

De igual manera Loynaz del Castillo, expresó:

[...] Al quedar solo, Maceo acaricia una idea, como despedida de la provincia La Habana, el efecto político de un golpe audaz, espectacular, a las puer-

²⁹ *Ibidem*, pp. 40 y 41.

tas de la capital, irrumpir en Marianao con el alba y armar un tiroteo tal, que el alboroto se escuche en el Palacio del Capitán General [...].³⁰

Con este objetivo, en la mañana del 8 de enero, se desplazó hasta la playa Baracoa; pero, advertido de las trincheras que se estaban construyendo, la poca información sobre fortines y retenes que la urbe había reforzado con varias fuerzas y la llegada del aviso de que una fuerte columna enemiga se acercaba desde el sur, con la posibilidad de que los arrinconaran contra el mar; Maceo desistió y ordenó volver grupos para enfrentar al contrario.

El combate se desarrolló cerca del ingenio El Garro, al sur de Baracoa y continuaron la marcha después del incidente. En horas de la tarde acamparon en el Verriél, más allá de la bahía del Mariel; el Contingente Invasor ya estaba en Pinar del Río.

[...] El jefe de la Columna Invasora, el día 7 de enero, a propuesta del jefe de la tropa cor. Núñez, teniendo en cuenta las labores revolucionarias de Adolfo del Castillo, su actitud y valor en los días que lleva en la columna, su prestigio ante la tropa, el conocimiento de la región y los estudios que había realizado, lo asciende a comandante y le confiere la misión de organizar una fuerza en la provincia de La Habana [...].³¹

Esta aseveración tiene una contradicción, ya que Adolfo y su tropa marcharon por tierras pinareñas con la misión de preparar la llegada de las fuerzas de

³⁰ Enrique Loynaz del Castillo: Ob. cit., p. 269.

³¹ Colectivo de autores: *Diccionario Enciclopédico...*, Tomo 1, *Biografías*, ob. cit., p. 82.

Maceo; no obstante, el ascenso sí fue en correspondencia con los grados otorgados antes y después.

La vanguardia, dirigida por el general de brigada Roberto Bermúdez López, se adelantó dos días a la Columna Invasora, y llegaron a las inmediaciones de Consolación del Sur el 9 de enero, tomaron la ciudad y permanecieron allí hasta el otro día, incorporándoseles varios patriotas, entre los que se encontraba Ernesto Asbert Díaz, con un grupo de ciento diecinueve hombres. En el campamento el Palenque, Bermúdez le confirió el grado de comandante a Asbert y Adolfo del Castillo recibió el grado provisional de coronel.

Bermúdez, al unirse de nuevo con los invasores, el 16 de enero de 1896, fue recriminado por Maceo, quien conoció de sus desmanes y tropelías, las cuales no negó.

Este jefe es recordado por su arrojo en el combate y actos heroicos; aunque del mismo modo por crueldades, lo que motivó que varias veces, en el transcurso de la contienda, lo separaran de sus cargos y finalmente, fue condenado por un tribunal mambí a pena de muerte en Sancti Spíritus, el 12 de agosto de 1898.

Cuando Bermúdez fue censurado, señaló también como autor de los hechos a Cayito Álvarez. Ante esta afirmación acusatoria, Maceo aparentó creerlo, pero dispuso una comisión para carear a ambos y ejecutar al culpable. Entonces, Cayito Álvarez se evaporó de Pinar del Río.³²

La encomienda transmitida por el Mayor General, de apresar y llevar a su presencia a Antonio Núñez y Cándido Álvarez, acusados de desertión, fue refleja-

³²Ver José Miró Argenter: *Crónicas de la Guerra*, t. II, Ediciones Letras Cubanas, La Habana, 1981, p. 393.

da por Maceo en la carta 832, dirigida a Gómez y en la 833, al general Francisco Carrillo, el 10 de junio.

[...] Yo sé de muchos bandoleros. Entre ellos, Morejón, Machín, Roberto Bermúdez y Cayito Álvarez. Cayito era un animal. Guapo como ninguno. A cualquiera en Las Villas se le puede preguntar sobre Cayito [...] ³³

Antonio Núñez y Cayito Álvarez, conocedores de las consecuencias de sus actos, no continuaron hacia el oeste y decidieron regresar a Las Villas, su región de origen, y comenzaron un movimiento en retroceso que duró solo seis días hasta los límites con Matanzas.

El malestar de los combatientes recién incorporados comenzó a manifestarse, pues querían pelear cerca de Gómez y Maceo. Para poder cumplir con sus deseos decidieron pedir pase para luchar en la región de Asbert en Pinar del Río y los demás con Castillo, en La Habana. Núñez y Álvarez, cuya marcha de espaldas al deber tuvo los caracteres de una verdadera fuga, planearon quitarles el armamento a Castillo y a Asbert, por lo que estos tuvieron que esconderlos para salvarlos.

Adolfo persuadió a Ernesto Asbert, para que le siguiera en las activas operaciones que iniciaba. ³⁴

El 20 de enero de 1896 cesaba el mando de Arsenio Martínez Campos, por lo cual se encargaría de forma interina hasta el 10 de febrero el general Sabas Marín, fecha en que asumiría el capitán general Valeriano Weyler Nicolau.

³³Miguel Barnet: *Biografía de un cimarrón*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1980, p. 103.

³⁴Ver Enrique Loynaz del Castillo: Ob. cit., p. 433.

Sabas Marín, aupado por los voluntarios, salió en zafarrancho de combate contra los rebeldes que habían osado irrumpir en la región más productora de ganancias para la Corona, con muy pocos resultados concretos.

Adolfo del Castillo actuó en correspondencia con las misiones del PRC, agrupó un escuadrón de caballería entre los amigos y vecinos de San Antonio de los Vegas y, del ingenio La Julia y sus alrededores. A ello le sumó la experiencia de los días en que participó como miembro de la Columna Invasora. Con tradición mambisa, sobrado coraje e ímpetu libertario, se adaptó con facilidad a las condiciones de la guerra.

Con la fuerza organizada, sostuvieron un combate el 21 de enero en el paradero de Durán, contra una formación de voluntarios que custodiaba un convoy detenido en el lugar. Como solo poseían pocas y viejas armas de fuego, las operaciones se desarrollaron fundamentalmente con armas blancas. Los hicieron huir, destruyeron los vagones de carga y un tramo de la línea férrea, ocuparon fusiles y municiones y luego, en su avance, tirotearon el caserío de Guara.³⁵

El 22 de enero de 1896, Adolfo del Castillo con su regimiento de caballería y el escuadrón al mando de Ernesto Asbert, una formación de setecientos hombres bien disciplinados, todos montados, aunque no bien armados, se presentó en el Cuartel General del Ejército Libertador, en el campamento de la finca Flor de Mayo, situado en las márgenes del río Maya-beque.

Como era habitual para las nuevas fuerzas presentadas a las filas insurrectas, se desfiló y revistó

³⁵ Ídem.

la tropa ante el general Ángel Guerra Porra, jefe del Estado Mayor, que aprobó la organización y preparación del contingente.

Cumplida esta formalidad militar, Castillo sostuvo una larga entrevista con el General en Jefe en su tienda de campaña, que receloso como siempre, indagó por todos los pormenores de su vida y trayectoria, en particular, por su presencia en La Habana, en lugar de continuar con la Columna Invasora hacia Pinar del Río.

Con respuestas breves, claras y firmes, Adolfo fue despejando las dudas sobre su integridad y fervor patriótico. Máximo Gómez, convencido de que tenía ante sí a un verdadero jefe mambí, dispuso que los hombres que comandaba pasaran a ser un regimiento de caballería volante adscripto al Cuartel General y que llevara el nombre de Segundo del Castillo.

El término Del Castillo, en recordación al general Honorato, caído en la guerra del 68, cuyo puesto era ocupado en la nueva contienda por su sobrino, y segundo, porque ya en la trocha de Júcaro a Morón, un regimiento llevaba ese nombre, en memoria del general Ángel del Castillo, también familiar de Adolfo. Con el paso del tiempo solo se le conocería como Regimiento Castillo: el terror de los españoles y voluntarios en tierras habaneras.

Gómez otorgó al joven maestro, convertido en combatiente, el grado de coronel en comisión. Los cabos, sargentos o alférez eran designados por el general de brigada, a petición de los jefes de tropas. Los oficiales: tenientes, capitanes, comandantes, tenientes coroneles y coroneles, eran nombrados por el comandante en jefe, a solicitud de los generales de brigada o de división, y se reconocían por escrito.

Naturalmente, a causa de las dificultades de comunicación, muchos oficiales ejercieron sus cargos en comisiones, solo firmadas por los generales de división, aunque tal procedimiento no estuviera de acuerdo con las regulaciones.³⁶

El ascenso de Adolfo se ratificó oficialmente por el Consejo de Gobierno, el 3 de octubre de 1897.

Bernabé Boza al confirmar lo anterior, dijo:

[...] Acampamos. Se nos incorporó el Comandante Adolfo del Castillo con unos 700 hombres, entre armados y desarmados. El General, después de conferenciar largo rato con él, lo nombró Coronel en Comisión y Jefe del Regimiento Segundo del Castillo [...]³⁷

Según expresara Enrique Loynaz del Castillo, fue de mucho valor el refuerzo que recibió la División del General en Jefe con la incorporación del coronel Adolfo del Castillo y sus setecientos hombres. Si grande era por la cantidad, mucho más lo era por el valor del jefe extraordinario que los conducía.

Otra reafirmación de lo anterior se puede encontrar en las páginas escritas por Francisco Pérez Guzmán, quien expresó:

Unos días después, el 22 de enero, aparece por primera vez lo que se puede llamar propiamente el primer regimiento habanero. Ese día se incorporó

³⁶ Significa que el beneficiario portaría las insignias del grado inferior, hasta ser ratificado por el Consejo de Gobierno. Ver Flint Grover: *Marchando con Gómez*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1983, p. 237.

³⁷ Bernabé Boza: *Mi diario de la Guerra*, t. I, Editorial de Ciencias Sociales, Ciudad de La Habana, 2001, p. 144.

a la columna de Gómez, el comandante Adolfo del Castillo con 700 hombres [...]»³⁸

La formación del Regimiento Segundo del Castillo, el 22 de enero de 1896, se reconoce como el primero que se constituyó y estableció en la provincia de La Habana durante la Guerra de Independencia.

Coincidentemente, ese mismo día, Maceo llegó a Mantua, último pueblo del occidente del país. En acta firmada en el Ayuntamiento, quedó constancia de una de las más trascendentales epopeyas de nuestra historia. Culminaba la invasión y se cumplía un anhelo de José Martí, ideólogo y organizador de la Guerra Necesaria.

En la siguiente jornada, una columna enemiga comandada por el coronel Roque salió de Güines para atacar a las fuerzas insurrectas. Gómez designó a Ángel Guerra, con la escolta del Estado Mayor y a Adolfo del Castillo, con su regimiento, para que esperasen al enemigo y lo atacaran. El encuentro se desarrolló en las cercanías del ingenio Mi Rosa, en Quivicán.

La bravura con que se combatió detuvo e hizo retroceder al adversario, ocuparon algunas armas y parque. Se tuvieron noticias también de que otra tropa merodeaba el campamento, entonces Gómez ordenó a Castillo que se posicionara con treinta hombres para tirotearla durante la noche; el mandato fue cumplido con éxito.

Adolfo comenzó a dar ejemplos de su calidad de combatiente y jefe. Sus subordinados, por igual, mostraron disciplina y coraje en la lucha.

Temprano, el día 24, se inició la marcha. Al mediodía hicieron un alto para almorzar en el ingenio San Agustín, cerca de Quivicán, pero los sorprendió

³⁸Francisco Pérez Guzmán: *La Guerra en La Habana*, Editorial de Ciencias Sociales, 1976, p. 37.

la irrupción en el campamento de las fuerzas del general Álvaro Suárez Valdés.

El valor del Regimiento Segundo del Castillo y su jefe, ajustado a su carácter resuelto e intrépido, frenaron al enemigo, que fue obligado a parapetarse y utilizar la artillería, lo que le permitió a las huestes cubanas reponerse y lograr la protección del campamento.

Los españoles, derrotados, sufrieron numerosas pérdidas. La acción duró más de una hora al agotarse el parque. Los insurrectos tuvieron que retirarse hasta el ingenio Merceditas en Melena del Sur, con cuatro combatientes muertos y veintiocho heridos.

Bajo las órdenes directas del General en Jefe, el 26 de enero, integrantes del Regimiento Castillo en el paradero de Seborucal, en la línea de Guanajay, capturaron un tren que conducía tropas y armas; el cual estaba custodiado por un grupo de voluntarios, a los que redujeron tras un breve intercambio de disparos. Ocuparon víveres, pertrechos y armas; bajaron a las personas e incendiaron varios de los equipos y la infraestructura ferroviaria.

Al día siguiente dominaron el pueblo de Caimito, protegido por una guarnición de sesenta voluntarios y bomberos. El combate fue breve, los defensores se rindieron y se obtuvieron armas y pertrechos. La columna continuó la marcha hasta el central Lucía, propiedad de Perfecto Lacoste, encargado del envío de las vituallas y armamento al campo insurrecto. Aquí se instalaron, y Gómez le llevó algún dinero recaudado y recibió algunos pertrechos.

A las dos de la tarde se tuvieron noticias de la proximidad de una columna española que les siguió el rastro. Gómez mandó a Masó Parra con el Regimiento García y los jinetes del Regimiento Castillo a detenerlas. Escogidas las posiciones de defensa, se

prolongó la ofensiva por dos horas, causándole varias bajas.

Castillo se destacó por su intrepidez, siempre al frente de la pelea. La escasez de municiones obligó a los cubanos a retirarse hacia un lugar llamado La Cruz; tuvieron tres muertos y dieciséis heridos.

La columna no pudo estacionarse por el peligro de ser copadas por las numerosas fuerzas españolas, que intentaban capturar a Gómez. El 28, la tropa se encaminó hacia el norte, entre el Mariel y Guanajay, cerca del límite con tierras pinareñas; acamparon en El Destino.

Como era su estrategia habitual, al transitar al otro día, torció rumbo sur, pasando frente al ingenio El Pilar, al norte de Artemisa, donde fueron tiroteados; Gómez ordenó a Aurelio Collazo García, con sus fuerzas y veinte jinetes de Castillo, despejar el obstáculo; cargaron con tanta valentía, que la guarnición se dio a la fuga, dejando veinte fusiles y varias cajas de parque.

Se detuvieron para almorzar en la finca El Refugio, del ingenio Las Cañas, en Guanajay, siendo agredidos. Ante dicha situación, Gómez desplegó a los combatientes y se enfrentó a los agresores, al frente la vanguardia de Clavelo, apoyado por la escolta de Bernabé Boza Sánchez y el Estado Mayor dirigido por Ángel Guerra; los jinetes de Castillo ocuparon el ala derecha y sostuvieron una recia operación, que a las dos horas dejó sin municiones a los insurrectos, por lo que emprendieron el repliegue hacia el ingenio San Antonio, al sur de San Antonio de los Baños, donde se detuvieron, con una columna detrás, otra en Alquizar a nueve kilómetros y otra en el ingenio La Luz; esta última estaba comandada por el general Sabas Marín. El General en Jefe, con una hábil estrategia de movimiento, pudo burlar el ataque.

Al amanecer del 30, al comenzar la jornada, aparecieron dos columnas enemigas, pero como carecían de municiones, tuvieron que retirarse sin luchar, entonces se instalaron en el ingenio Santa Lucía, cerca de San Antonio de las Vegas.

Castillo recibió, el 31 de enero, una honrosa encomienda de Gómez: escoltar a Ángel Guerra hasta los límites con Matanzas, donde sería relevado por otra fuerza. El jefe del Estado Mayor del Ejército Libertador llevaba órdenes de encontrar y traer al occidente del país a la tropa del general Quintín Banderas Bencourt.

Con toda la responsabilidad que esto representaba, el coronel Adolfo escogió un selecto grupo de treinta hombres al mando de Ernesto Asbert, partiendo hacia el este en horas del mediodía; delante, se enviaron parejas que contactaron con las fuerzas matanceras, para el relevo de la custodia de tan importante figura. La misión terminó el 1.º de febrero en horas de la tarde, al norte de San Antonio de Cabezas. Mientras descansaban, Castillo planificó su próxima acción.

El 2 de febrero, de regreso para incorporarse al cuartel general, decidió probar que estaban listos para empeños mayores y atacaron el pueblo de Madruga, que estaba bien fortificado. Los españoles acantonados allí lograron rechazarlos, impidiendo que lo tomaran.

Lo mejor de la operación fue el alistamiento del alcalde y de un grupo de voluntarios a la tropa de Adolfo del Castillo. La paciente y encubierta labor de los dirigentes del PRC en La Habana, daba sus frutos para la causa independentista. Los cubanos tuvieron tres muertos y varios heridos.

Tres días más tarde, entraron en San Antonio de las Vegas, sin combatir y acompañando al General en

Jefe, quien se entrevistó con el alcalde Jacinto Hernández.

Este propio día, Castillo fue nombrado por Gómez jefe de la zona de Melena del Sur, cubriendo el territorio ubicado al norte de esta población hasta la Chorrera del Calvario. Sus hombres actuaron de conjunto con los de Juan Masó Parra, en Bejucal; Lino Mirabal, en San José de las Lajas, y José Roque Hernández, en Güines. Formaron la primera brigada organizada en el territorio habanero, denominada Habana del Sur o Batabanó. Al frente estuvo Pedro Díaz Molina, quien dirigió un regimiento de caballería y otro de infantería nombrados ambos Narciso López. La brigada abarcó desde el mar del sur, en Batabanó, hasta el caserío de la Chorrera del Calvario, en las márgenes del río Almendares, en los arrabales de la capital.

Breves e intensas fueron las jornadas que pasaron Adolfo del Castillo y la tropa que comandaba junto al General en Jefe. Fue una experiencia extraordinaria que influyó de forma decisiva en su formación como dirigente y militar; al tiempo que demostró con creces su valor y la calidad de sus subordinados, reafirmando la confianza depositada en él como jefe.

Gómez, por su parte, vio con satisfacción que no se había equivocado respecto a Castillo. Los «pinos nuevos», como predijera Martí, en esta contienda, demostraban sus aptitudes para ocupar los puestos de mayor jerarquía.

Por los resultados en los combates, Máximo Gómez adoptaría decisiones de envergadura.

[...] nombró el General en Jefe, Jefe de la zona de Bejucal al cor. Juan Masó Parra, que inmediatamente partió hacia su destino y de la de Melena del Sur, al tte. Cor. Adolfo del Castillo [...]. El Brigadier

Mariano Torres pasó, sin demoras, a hacerse cargo de la Brigada de Sagua y el cor. Castillo, cuyo valor ya se destacaba, salió con su Reg. a operaciones de su zona [...] ³⁹

Castillo y su regimiento partieron hacia la región de operaciones el 6 de febrero de 1896. Tuvo la misión de trasladar a todos los rincones del término bajo su mando la llama de la Revolución y combatir a las fuerzas contendientes, que enseñoreaban y ocupaban casi toda esa zona.

Les correspondió a estos heroicos mambises, olvidados en los libros de historia, recordar las gloriosas hazañas de la Guerra Grande en La Habana. Tal es el caso del coronel Luis de la Maza Arredondo, que en su intento de invasión a este territorio, tras incesante persecución, fue atrapado y fusilado el 16 de marzo de 1870, en la finca Plazaola de Batabanó.

Por igual, puede mencionarse la corta vida de Antonio Díaz Díaz, natural de Managua, de la tropa de Carlos García, quien planificó y ejecutó un atentado contra el capitán general José de la Concha.

La acción se produjo en la Quinta de los Molinos, donde le hizo dos disparos sin obtener los resultados previstos, por lo que fue perseguido por las autoridades coloniales; después de tenaz resistencia, resultó muerto el 19 de octubre de 1874, en Jesús Peregrino no. 29, en la capital cubana.

Otro poco estudiado, fue el primero bandido y después insurrecto, Carlos García, nombrado por Francisco Vicente Aguilera, comandante general de Vuelta Abajo, que irrumpió en las provincias de Pinar del Río y La Habana, y luego de muchas peripecias,

³⁹ Enrique Loynaz del Castillo: Ob. cit., pp. 291 y 292.

dentro y fuera de la Isla; fue sorprendido y asesinado en una emboscada el 21 de noviembre de 1875.

Castillo y su regimiento establecieron su campamento en la Loma del Carmen, dentro de la finca Lané,⁴⁰ donde se encuentran las ruinas del ingenio Santa Amelia, próximo a Managua.

El regimiento del insigne patriota y el escuadrón al mando de Asbert, funcionaban tal y como era el temperamento y carácter de su jefe: temerario ante el peligro. Siempre que se anunciaba la presencia del adversario, se tomaban las armas con agilidad para emprender las maniobras y como era habitual, delante, su jefe, Adolfo del Castillo.

PRESENCIA EN LA PERIFERIA

Para impedir el acceso de los insurrectos a los suburbios de la ciudad o la penetración en profundidad, que pondría en peligro La Habana, el mando español fortificó y estableció una trocha militar donde situaron torreones cada dos kilómetros, desde el río Almendares hasta los barrios del extremo sur habanero como el Calvario y Arroyo Naranjo, que continuaba por Calabazar, Santa María del Rosario, Guanabacoa y Cojímar.

Todas las zonas estaban rodeadas por alambradas, una franja exterior a la que se le aplicó el desyerbe para mejorar la visibilidad; parejas dedicadas al patrullaje de los espacios entre fortificaciones y los puestos de observación convenientemente instalados; medios de comunicación avanzados, que permitían transmitir la alarma rápida; se conformó así una barrera, con

⁴⁰ Este lugar limita actualmente con la Escuela Vocacional Vladimir I. Lenin, del municipio de Arroyo Naranjo.

la que el mando español pretendió impedir el ataque directo y las penetraciones nocturnas.

Otra medida fue la de disponer la concentración de las tropas locales en Jesús del Monte. El alcalde del Calvario, don Aniceto Abascal Penagás, previendo su seguridad y la de los documentos, llevó hacia allí la sede de la alcaldía, con el juzgado y su archivo municipal. De igual manera, el comandante de armas, capitán Antonio Uribarry, que vivía en la antigua casa parroquial con su hija Juana y el yerno Cándido Guerra Lemus, quien era el delegado del PRC y un activo colaborador de los mambises.

Al recibir Castillo la comunicación de que el pueblo había quedado desguarnecido de vigilancia, solo defendido por los voluntarios de la Guardia Civil, la acción resultó una presa fácil.

El 8 de febrero de 1896, las fuerzas del Regimiento Castillo se dirigieron hacia El Calvario y en rápida operación, lo ocuparon; por lo que consiguieron víveres, armas y otros enseres.

Este día, también se reportó el incendio de la capilla de San Francisco de Asís, ubicada en Ojo de Agua, utilizada como fortín español, acción que realizó el sargento Escolástico Fernández y el soldado Enrique Luis Pérez Rolo, secretario particular de Castillo. En esta incursión, se logró la incorporación de varios voluntarios con sus armas y otros jóvenes de los alrededores.

Al toque del clarín, el 9 de febrero, comenzó una nueva jornada. Serpenteando por entre las fincas de las zonas de cultivo de la periferia habanera, llegaron a la villa de Santa María del Rosario, pequeña y pintoresca población, a solo quince kilómetros al surdeste de La Habana, fundada en 1773 por el conde don José Bayona Chacón.

Hasta este lugar marchó desde Guanabacoa, en busca de suministros, el general George Augustus Elliot, jefe de la expedición secreta británica contra la Isla.

El alcalde guanabacoense, José Antonio Bulloñes, Pepe Antonio, les preparó una emboscada con trescientos jinetes armados. Elliot, designó una compañía para que se internara en el monte y destruyera a quienes los hostilizaban. Los cubanos, capitaneados por Pepe Antonio, respondieron al ataque haciendo uso de machetes de cinta forjados. Los ingleses se retiraron con veintitrés muertos y cien heridos, dejaron ochentaitrés prisioneros que, al día siguiente, el alcalde presentó en La Habana. Los insurrectos tuvieron dos muertos y seis heridos. Este territorio fue uno de los baluartes de la región en el siglo XVIII, antes de su ocupación por los ingleses.⁴¹

Las fuerzas de Adolfo, compuestas por trescientos jinetes, se adentraron al galope en el poblado. La plaza era defendida por una compañía de infantería ligera y sesenta voluntarios, comandados por José Auñón Chacón, los cuales se replegaron desde las trincheras y alambradas exteriores y se protegieron en la iglesia de la Virgen del Rosario, joya arquitectónica del arte barroco.⁴²

Aquí se hicieron fuertes y se combatió en las calles. Ante la obstinada resistencia, Castillo ordenó utilizar su mejor soldado, la tea incendiaria.

⁴¹ Tomado de Colectivo de autores: *Diccionario Enciclopédico...*, Tomo 3, *Expediciones navales y Acontecimientos políticos-militares*, ob. cit., p. 373.

⁴² Ubicada en el parque central de la villa, fue construida en 1766, decorada en su interior por quien se considera el primer pintor de Cuba, Nicolás de la Escalera (1734-1804). Colectivo de autores: *Historia del Cotorro*, Edición digital, p. 102.

En medio del intenso tiroteo, al enterarse de que pretendían quemar el venerado santuario, una vecina, Antonia Zamora de Ferrari, perteneciente a la familia Cartaya, al frente de un grupo de damas, se dirigieron al jefe mambí para implorarle respeto por el templo.

La señora Antonia, suplicante, le expresó que no la destruyera y que si iba a dar fuego, podía comenzar por su casa. Adolfo del Castillo la escuchó admirado, y a pesar de no tomar el pueblo y quedarse sin municiones, accedió a la petición de tan valiente mujer y ordenó retirada de inmediato, después de incautar algunos víveres.⁴³

El 10 de febrero de 1896, mientras en el Palacio de los Capitanes Generales, los representantes de las familias más pudientes, militares de entorchados y los miserables miembros del Cuerpo de Voluntarios recibían al nuevo capitán general Valeriano Weyler Nicolau, una misión arriesgada y trascendente se preparaba por los insurrectos.

A escasas cinco leguas, menos de veinte kilómetros, Adolfo del Castillo con su regimiento y el escuadrón de Asbert, ocuparon posiciones en las cercanías de Managua.

Residían en la zona unos novecientos habitantes. En su defensa intervinieron los integrantes del Batallón de caballería Princesa y el de infantería Lealtad, compuestos por más de doscientos soldados de línea y cien voluntarios de la Guardia Civil. Cinco fortines protegían los accesos. Rodeando la población estaban ubicados los puestos de observación, las alambradas y las patrullas de recorrido.

⁴³Ver Colectivo de autores: *Diccionario Enciclopédico...*, Tomo 2, ob. cit., p. 238.

En el Regimiento Castillo prevalecían los oriundos de Managua, por lo que a muchos les era familiar el territorio.

Las informaciones precisas para el ataque las brindó el jefe de estado mayor, Francisco Palacios, quien había fungido como delegado del PRC. Las acciones fueron apoyadas desde el interior del poblado por el alcalde Gonzalo del Cristo, quien se incorporó ese día a las fuerzas de Castillo y llegó alcanzar el grado de comandante.

Con la salida del sol, se dio la orden de ataque. La marea mambisa, unos a pie y otros a caballo, irrumpió en las calles ante el asombro de sus defensores, quienes ocuparon posiciones con rapidez. Se sostuvo un fuerte intercambio de disparos. Uno de los fortines fue tomado y destruido parcialmente. El combate duró una hora. Se capturaron cuarentaidós fusiles y dos mil tiros, incorporándose a la tropa varios miembros del Cuerpo de Voluntarios y vecinos.

Los hombres dirigidos por Adolfo se encontraban bien pertrechados y exaltados por la victoria. El alcalde le informó que en la finca San Felipe, distante seis kilómetros al surdeste, estaba protegida por un escuadrón de la Guardia Civil; contra estos sostuvieron un intenso y fulminante combate, que provocó la dispersión del enemigo, pues huyeron hacia El Calvario; abandonaron armas y otros enseres.

Casi sin reponer el aliento, Castillo recibió la noticia de que una poderosa columna española, formada por tropas del Batallón de cazadores Arapiles y un escuadrón de caballería del Batallón Villaviciosa, avanzaba desde Guara en auxilio del que se hallaba en San Felipe.

Como resultado de esta información, Castillo organizó de inmediato a sus subordinados y atacaron por sorpresa a la columna española cerca del campamento

de Lané, obligándola a refugiarse en Managua y causándoles numerosas bajas. El estado mayor regresó al campamento en El Plátano, mientras el resto del regimiento tomó rumbo sur, hacia La Julia, donde existían más posibilidades de encontrar provisiones.

El 11 de febrero se unieron las fuerzas de Juan Masó Parra, José Roque Hernández, Pepe, y Adolfo del Castillo, a las órdenes de Pedro Díaz Molina. Tomaron por asalto un tren militar que transitaba por la línea que une Batabanó con San Felipe. Ante el empuje mambí, los españoles que custodiaban el convoy, se rindieron. Entregaron un gran cargamento de parque y armas, que fue distribuido enseguida entre los que operaban en la provincia.

Castillo con su estado mayor y el escuadrón de Asbert, atacaron y ocuparon al otro día el caserío de Nazareno, fundado en 1795 al lado de la carretera que une a Güines con la capital, a doce kilómetros por el sur. Después de un breve encuentro, los voluntarios se rindieron; veinte hombres se incorporaron a las filas insurrectas.

Siguieron la marcha en esa misma dirección para acoplarse con el grueso del Regimiento Castillo, cerca de Guara. En horas de la tarde combatieron contra una columna del Regimiento Numancia. El enemigo perdió a cuatro hombres, y los cubanos tuvieron dos muertos y tres heridos. Se destacó en el combate el comandante Ernesto Asbert.

Con el retorno triunfal de las tropas invasoras al mando de Antonio Maceo, jefe del 5º Cuerpo del Ejército Libertador, y luego de concluida las acciones en la zona habanera, las partidas del territorio acudieron a su encuentro para recibir indicaciones.

A las cinco de la tarde del 14 de febrero, Castillo y el regimiento que dirigía se presentaron ante Maceo, quien tenía el campamento cerca de San Antonio de

las Vegas. Al mismo tiempo, lo hicieron las fuerzas de Pedro Díaz Molina, que transitaban con Gómez, y las de Juan Masó Parra y José Roque Hernández. Resultó un placer inmenso para Adolfo, volver a combatir bajo el mando del que siempre consideró su ídolo.

El general Loynaz del Castillo, al respecto, refirió:

[...] El día 15 ordenó Maceo al tte cor Adolfo del Castillo, que se había apoderado del caserío de Nazareno a las puertas de la ciudad de La Habana, e incorporado a las filas libertadoras 20 hombres armados de la guarnición, que se presentara al Cuartel General.⁴⁴

Otro de los textos, reafirma la incorporación de Adolfo del Castillo a las fuerzas de Maceo.

[...] la columna de Maceo al formar en las calles principales de San Antonio de las Vegas unos dos mil hombres de caballería e infantería [...] acababa de incorporarse el escuadrón de un nuevo jefe, predestinado por su valor, su dignidad y sus dotes militares a ser uno de los más brillantes del Ejército Libertador, el cor. Adolfo del Castillo. Por el camino cubierto por una avanzada de esta fuerza llegó antes del mediodía el enemigo [...] ⁴⁵

Procedente de San Antonio de las Vegas, se presentó en el campamento de Maceo una fuerza de caballería, compuesta por trescientos hombres bien armados, dirigidos por Jacinto Hernández Vargas y su hermano Faustino, los que planificaron el alzamiento, ocupando las armas y pertrechos del cuartel.

⁴⁴ Enrique Loynaz del Castillo: Ob. cit., p. 295.

⁴⁵ José Miró Argenter: Ob. cit., pp. 78 y 79.

El alto jefe del Ejército Libertador, Antonio Maceo, le otorgó a Jacinto el grado de comandante y a su hermano el de capitán. Esta tropa quedaría subordinada a Castillo, lo cual fue acatada con gusto, pues se profesaban amistad y respeto. Jacinto, sería el segundo jefe del Regimiento Castillo.

Maceo logró tener noticias de Gómez por medio de Vicente Núñez Martínez, quien le comunicó que el Cuartel General se trasladaba al ingenio Moralitos, cerca de Catalina de Güines, a unas dos jornadas de distancia, entonces Maceo dispuso que todas las fuerzas reunidas se dirigieran al encuentro con el General en Jefe, a quien no veía hacía un mes y medio, desde la separación en Hoyo Colorado.

Al poblado de San Antonio de las Vegas llegó el día 16 por la mañana una columna española, subordinada al general Arsenio Linares. Ante la noticia de la deserción del alcalde y el anterior jefe de voluntarios, fueron nombrados José González y Felipe Martínez, para ocupar los respectivos puestos.

El Lugarteniente General preparó a las tropas para combatir. La infantería se situó detrás de unas cercas de piedra, con la orden terminante de no comenzar el tiroteo hasta que el enemigo estuviera a menos de cien metros. Junto al camino, que salía de la villa, se posicionó la caballería, escondida en unos maizales, la cual debería esperar para colocarse entre el enemigo y el poblado, cortando el paso de regreso.

La tropa más próxima a la entrada era la del Regimiento Castillo. Todos estaban listos.

[...] La gente está ansiosa de esgrimir las armas, deseo que se notaba aun más en las fuerzas incorporadas recientemente. El escuadrón de Adolfo

del Castillo, con este jefe tan intrépido, mostraba su impaciencia por desenvainar el machete.⁴⁶

Maceo, con dos escuadrones de Masó, se aproximó al caserío para provocar a los adversarios, por lo que la vanguardia salió en son de combate, aunque, con las primeras descargas regresaron a los fortines y otras edificaciones, y fueron reforzados con más hombres y artillería; pero, solo se limitaron al intercambio de disparos sin atreverse a salir, donde sabían que podían aventurarse al peligro mortal de los machetes cubanos. Los mambises tuvieron una pérdida física y siete heridos.

Como el contrincante no quería presentar combate, Maceo decidió marchar hacia el encuentro con Gómez; Adolfo y sus subordinados cubrieron la retaguardia.

Cuando la columna cruzó las calzadas de Managua y Güines, fueron detenidos e incautados varios vehículos que se dirigían a la capital. Se acopiaron armas, víveres y otros enseres de gran utilidad.

Al anoecer, la fuerza insurrecta se encontraba a cinco leguas de la capital, en Río Hondo, cerca de Bejucal. El día 17 al amanecer, continuaron la marcha hasta acampar en el ingenio Santa Amelia, al norte de San José de las Lajas.

Para causar un sonado efecto a las calumnias de Weyler, de que la guerra estaba controlada por las fuerzas españolas y que acabarían con las partidas que permanecieran en combate en un «dos por tres», Maceo resolvió atacar Jaruco, un importante centro ferroviario entre La Habana y Matanzas. La localidad se encontraba sobre unas elevaciones, a las que

⁴⁶ Enrique Loynaz del Castillo: Ob. cit., p. 297.

llegaron por un tortuoso sendero; residían allí, unos dos mil habitantes.

Jaruco estaba resguardado por doscientos cincuenta soldados regulares del Batallón de infantería Saboya, al mando del teniente Rivas, reforzados por dos compañías del Batallón Guadalajara y un número similar de voluntarios. Ocuparon los tres fuertes, denominados Alfonso XII, situados al norte, en el camino de Guaicanamar; el fuerte España, a la entrada de la ciudad por el este, sobre la calzada que conduce a la estación de ferrocarril; y el fuerte Guardado, al oeste, al final de la antigua calle Tacón, que atraviesa la ciudad por su centro; existían otras líneas defensivas, como dos tambores de mampostería, cubiertos por la Guardia Civil, frente al cuartel de la comandancia; además, el pueblo tenía en sus alrededores zanjas y alambradas, obras protectoras comunes en este período.

El 18 de enero de 1896, salieron temprano desde Santa Amalia, para cubrir la distancia en el día. Arribaron en horas del atardecer a la vista de la ciudad, con la previsión de posibles ayudas por tren; algunos escuadrones del Regimiento Castillo fueron colocados en distintos tramos de la vía, a larga distancia.

A las nueve de la noche se ordenó a dos compañías de la infantería penetrar por los arrabales y ocupar, calle a calle, la plaza donde se afianzaban los soldados. Los insurgentes tomaron la cárcel, custodiada por el alcaide y cinco voluntarios, liberando a los presos. Asaltaron los fuertes Guardado y el Alfonso XII, que fueron abandonados por sus defensores, así como, el cuartel de bomberos. Recolectaron ochenta fusiles y cinco mil tiros, y les entregaron ciento treinta casas a las llamas.

En esta acción los mambises sufrieron tres muertos y once heridos. A las dos de la mañana Maceo mandó

la retirada, encaminándose la columna hacia Moralitos, para encontrarse con Gómez.

Al amanecer del día 19, sobre la retaguardia de la columna cubana, se abalanzó una fuerte tropa española comandada por Rafael Aldecoa; el Regimiento Castillo tuvo la misión de contener su avance. Cada vez que la columna contraria se organizaba en formación de marcha, era atacada por la caballería, obligándola a adoptar su clásica posición de cuadro, donde se atrincheraba. «[...] Gómez conoce que la tropa de Maceo se desplaza, perseguido por una fuerte columna enemiga [...] que resulta sostenida por las cargas del magnífico Adolfo del Castillo [...]».⁴⁷

Tras varios ataques, los adversarios desistieron de la persecución; mientras Castillo y sus hombres continuaron al encuentro del grueso de las fuerzas insurrectas.

Por su parte, la tropa de Gómez, que hizo noche en el campamento de Moralitos, después de combatir duro y abrirse paso a machete por falta de municiones, en río Bayamo y Loma El Navío, contra fuerzas que no estaban derrotadas e iban en su persecución, salió en la dirección por la que venía acercándose Maceo.

Al fin, se reencontraron los dos jefes mambises en el sitio conocido como Soto, en la finca Borroto, del demolido ingenio Moralitos, en San José de las Lajas.

Después del emocionado y familiar abrazo, se hallaban ansiosos por conferenciar; pero de repente sonaron los primeros disparos y, sin tiempo para reponerse, se prepararon para responder al ataque de las tropas enviadas por Weyler, con la intención de acabar con el foco guerrillero en La Habana. Las exploraciones acusaron concentraciones enemigas. Gómez se preocupó por la amenaza en distintas

⁴⁷ Ídem.

direcciones para copar el núcleo, el más importante de la insurrección.

El combate fue intenso. Intentaron retornar al campamento de Moralitos y enviaron al comandante José Calunga, con la vanguardia por delante, pero no lo consiguieron, ya que el lugar había sido ocupado por una tropa española con tenaz resistencia al estar bien parapetada en las ruinas del ingenio.

Frente a este escenario:

[...] El General Maceo, adelantándose con su escolta y el EM, afirma a la derecha del ataque, reforzándolo con la infantería de los hermanos Ducasse y los jinetes de Adolfo del Castillo, al que siguen sus bravos oficiales habaneros Ernesto Asbert; los hermanos Aurelio, Emilio y Rosendo Collazo; Juan Delgado, Baldomero Acosta, Eliseo Figueroa, Clemente Acosta, Néstor Aranguren, Jacinto Hernández, Silverio Sánchez y los matanceros José Roque, Meliton Reinoso y Enrique Junco [...] ⁴⁸

Con la aparición de la caballería contraria se complicó el combate, pero allí estaba presta la caballería de Remedios, el Regimiento Narciso López, al mando de Pedro Díaz y Basilio Guerra. A la orden de Gómez, arremetieron en un avatar de acero, que puso en fuga al adversario, con la lamentable pérdida de Basilio Guerra, segundo jefe de la Brigada Sur.

La infantería resistió todos los ataques, pero decreció el ritmo, ya que escaseaban los proyectiles. Ante estas circunstancias, los dos jefes decidieron la retirada por el camino que conduce a Loma San Marcos o Los Mangos, donde se detuvieron, para enterrar a los muertos y curar a los heridos. Los españoles avanzaron en dos direcciones y se reinició la lucha.

⁴⁸ Enrique Loynaz del Castillo: Ob. cit., p. 298.

Entró en acción la escolta de Gómez con Bernabé Boza al frente y dos escuadrones de caballería limpiando el camino a machete; prosiguieron la jornada y llegaron a San Pablo, a la vista de Catalina de Güines, cuya guarnición los molestaba constantemente con fuego de fusilería. Contra este poblado se lanzaron las fuerzas de Calunga y la caballería de Adolfo; tomaron el pueblo, mientras sus defensores se refugiaron en la iglesia.

La columna de Linares avanzó desalojando a los mambises, que se retiraron, pero no sin antes dejar todo en llamas. La tropa de Guillermo Tort atacó a Maceo y la del general Linares, persiguió a Gómez. Eran las seis de la tarde, caía el sol del 19 de enero, volvía a renovarse el combate, por doquier se oían tiroteos, gritos de guerra y quejas de los heridos.

En el contingente de Gómez, volvió a destacarse Bernabé Boza con la escolta, que abrió a machete limpio un espacio para la retirada por una guardarraya.

Maceo, por su parte, contuvo y rechazó los asaltos enemigos y se separó de nuevo de Gómez.

Con la llegada de la noche, cesaron las acciones. La tropa del Lugarteniente, a la que se sumó otra vez Castillo y sus subordinados, cargó con una numerosa impedimenta de heridos; acamparon en las ruinas del ingenio El Gato. Los hombres se replegaron entre una colina y los escombros de las instalaciones, donde se resguardaron.

Ya en horas de la mañana del 20 de enero, la columna de Tort, que les siguió el rastro, se presentó por el camino ante los restos del ingenio; un grupo de jinetes los tirotearon y salieron a escape en dirección a las ruinas. El jefe español ordenó cargar contra los insurrectos. Maceo, que organizó la protección por escalones, los recibió bien atrincherado, con cerradas

descargas de fusilería, en tanto el adversario estableció formación en cuadro, preparó su artillería y cañoneó las posiciones, pero sin resultado.

Los defensores de las primeras líneas se replegaron hacia la elevación situada a sus espaldas. Los españoles deshicieron el cuadro para tomar por asalto el ingenio desocupado y otra descarga de fusilería les provocó nuevas bajas.

Mientras que la impedimenta se retiraba, Maceo ordenó el repliegue del segundo escalón; el combate fue un éxito. Dominaron al enemigo provocándole numerosas pérdidas, por lo que desistió de la persecución por temor a otra emboscada. El parte dado por Guillermo Tort reconocía diecinueve bajas, a costa de un par de heridos leves por los cubanos.

Maceo, se encaminó hacia los restos del ingenio La Luisa, donde se encontraba acampada la tropa que siguió a Gómez, después del encuentro en Moralitos.

Al fin, reunidos los dos jefes, continuaron la marcha. Se instalaron el 21 en el ingenio Conchita, y en el central Nueva Paz, el 22. El año 1896 lo recibieron en este lugar.

En este campamento, el Lugarteniente General, con la aprobación del General en Jefe, realizó varios ascensos y fueron designados los principales hombres que comandarían las brigadas de Matanzas y La Habana, pertenecientes al 5º Cuerpo.

La situación creada por la demora de la infantería oriental necesaria, para apoyar las acciones en el occidente, motivaron el acuerdo entre ambos jefes. Gómez se trasladaría hasta las inmediaciones de Las Villas, donde se suponía estaba el contingente al mando de Banderas.

El mayor general Maceo, con el resto de la columna, actuaría en la zona norte de las provincias de Matanzas y La Habana, haciéndose sentir cerca de la capital.

Se registraron catorce combates en solo diecinueve días: La Perla y Guamacaro, el 25 de febrero; Ibarra el 26, en la provincia Matanzas; Bainoa, el 28; Santa Cruz del Norte, el 29; Nazareno y Río Bayamo, el 2 de marzo, en la provincia de La Habana; Dolores, el 4; Ácana, el 6 ; Diana, el 7; Río de Auras, el 8, otra vez en Matanzas; Nueva Paz, el 11; Batabanó, el 13; localidades habaneras y el fuerte Neptuno, el 15, en tierras pinareñas.

Estas maniobras, denominadas la Campaña de Occidente, respondían a la toma de posesión el 10 de febrero de 1896 del capitán general, Valeriano Weyler Nicolau, que acompañado de un poderoso contingente de soldados, venía con la encomienda de aplicar una política fuerte, que apaciguara a la «siempre fiel isla de Cuba»; lo que es conocido como la Reconcentración de Weyler.⁴⁹

Los diarios de la capital y los informes al Gobierno de España mentían, pues anunciaban la dispersión del Ejército Invasor y, el retorno de Gómez y Maceo a la zona oriental.

El General en Jefe partió el 23 de febrero hacia Las Villas, después de largas jornadas. El 8 de marzo, se encontró con la destrozada tropa de Quintín Banderas,

⁴⁹Política que convertía las ciudades en campos de concentración, por lo que puede ser considerada precursora de la que utilizó la Alemania nazi en Europa; EE. UU. en Vietnam; el régimen del apartheid en Sudáfrica con los batustanes, o los israelíes con el pueblo palestino.

que venía comandada por Ángel Guerra, quien cayó al día siguiente en el combate de Algarrobo, cerca del ingenio Santa Rita de Baro, en Matanzas.

En este recorrido se unieron las tropas de Antonio Núñez y Cayito Álvarez, cuya presencia era reclamada por Maceo. El día 10 llegó Gómez al campamento, situado en el Galeón, reincorporándosele la infantería oriental al mando de Banderas y las otras partidas, esta fue la última vez que se encontraron los dos jefes mambises.

José Miró Argenter en uno de sus textos, apuntó:

[...] entraba en los planes de Maceo, tan pronto como se hubiese entrevistado con Gómez, proseguir la excursión por la provincia de La Habana, recoger las fuerzas de caballería e infantería que se hallaban por Melena del Sur y Batabanó, y penetrar nuevamente en el territorio de Pinar del Río [...] ⁵⁰

El coronel Matías Duque, escribió:

[...] al grito de ¡Viva Cuba! y en La Habana, José María Aguirre, su sobrino Charles Aguirre, Adolfo del Castillo, Néstor Aranguren, Raúl Arango, los Collazo, Isidro Acea, Rafael de Cárdenas, Baldomero Acosta, Valera, Andrés Hernández, Mario Díaz, Carlos Guas y muchos otros, dirigían sus tropas casi hambrientas; peleaban, mataban y morían por Cuba [...] ⁵¹

⁵⁰ José Miró Argenter: Ob. cit., p. 144.

⁵¹ Matías Duque: *Nuestra Patria, lectura para hombres*, Editorial Lex, La Habana, 1928, p. 15.

CREACIÓN Y ACCIONES DE LA BRIGADA DEL CENTRO

En la nueva estructura, Maceo decidió el 6 de febrero de 1896 la formación de la 2ª División del 5º Cuerpo de Ejército Libertador, al mando del general José María Aguirre Valdés y, como jefe del estado mayor, el coronel Javier de la Vega Basulto, con la responsabilidad de organizar y realizar las acciones combativas en la provincia de La Habana.

La comunicación 537, Galeón, marzo 10 de 1896, decía:

[...] al General en Jefe Máximo Gómez: Con objeto de ir preparando la definitiva organización de nuestras fuerzas en esta parte de la Isla, este cuartel general ha otorgado con esta fecha nombramientos de jefes en comisión de las Divisiones de Pinar del Río, Habana y Matanzas a favor de los brigadieres Pedro A. Díaz Molina, J. M. Aguirre y José Lacret, respectivamente. Constituyen la primera Brigada, Norte y Sur de Pinar del Río, y las fuerzas al mando de aquel; la segunda se compone de la brigada de Juan Masó Parra y Regimiento de los Coroneles en comisión A. del Castillo y M. Cuervo, con las fuerzas del brigadier Aguirre; y la tercera de las Brigadas Norte y Sur de Matanzas, al mando respectivamente de sus jefes en comisión José Roque y Eduardo García, regimiento “Cárdenas” y fuerzas al mando de aquel. Asimismo se ha creado el regimiento “Zapadores de Sanguily”, cuyo jefe en comisión lo es el teniente coronel Enrique Tournier, quien tendrá a sus inmediatas órdenes a los capitanes y comandantes J. M. Villa y A. Goold, respectivamente. A

unos y otros, recomiendo con encarecimiento que destruyan cuanto puedan todas la comunicaciones que utilice el enemigo. Soy de Ud. con toda consideración en Patria y libertad. Antonio Maceo.⁵²

Loynaz del Castillo, al referirse en su obra a los jefes y oficiales de La Habana, dejó claro:

[...] eran jóvenes inexpertos, sin otra escuela militar que las inspiraciones del buen sentido y del patriotismo. Sobresalía entre todos un maestro de instrucción primaria de Guanabacoa, natural de Santi Espíritus y perteneciente a distinguida familia de esclarecido patriota: Adolfo del Castillo.⁵³

En la organización interna de la 2ª División, Aguirre estableció su cuartel general en la zona de Jaruco, donde operaba la 1ª Brigada del Norte, al mando de Rafael de Cárdenas Benítez y como segundo, Néstor Aranguren, integrado por el Regimiento de caballería Habana.

La 2ª Brigada del Centro, subordinada a Adolfo del Castillo, estaba compuesta por el Regimiento Segundo del Castillo y el Regimiento de caballería Santiago de las Vegas, dirigida por el capitán Juan Delgado González, y como segundo, el coronel Jacinto Hernández.

A cargo de Esteban Tamayo Tamayo, se hallaba la 3ª Brigada del Oeste, constituida por el Regimiento Céspedes; la 4ª Brigada del Sur, al mando del general Juan Masó Parra, conformada por el Regimiento de caballería Calixto García, del coronel Aurelio Collazo García, el Regimiento de infantería Palos, del coronel

⁵² Antonio Maceo: Ob. cit., p. 140.

⁵³ Enrique Loynaz del Castillo: Ob. cit., p. 431.

José María Cuervo Calzadilla; el Regimiento de infantería Tiradores de Maceo, bajo la jefatura del coronel Isidro Acea Gil, y el Regimiento de infantería Tiradores de Mayía, guiada por el capitán Luis de Cárdenas.

Al marchar el General en Jefe a la provincia de Matanzas, en busca del contingente del general Quintín Banderas, Adolfo del Castillo, con su impetuosa valentía y rayana temeridad, inició activas operaciones con las fuerzas que comenzaban a formar la Brigada del Centro; se les unió Ernesto Asbert y los subordinados de Jacinto Hernández Vargas.

Gerardo Castellanos en la obra *Adolfo del Castillo, en la Guerra y en la Paz*, expresó:

[...] Bien quisiera yo estampar los nombres de todos los que sirvieron a sus inmediatas órdenes y con él mil veces corrieron peligros; pero por no hacer la relación interminable y un tanto cansada, fijaré para que la posteridad mañana los burile en mármol los nombres de sus más allegados: Alberto González y Vargas Machuca, Alberto Rodríguez, Enrique García, Fernando Fuero, Francisco Rodríguez, Manuel Palacios, Ángel Crousellas, Clemente Fernández Castellanos (Pitirre), José Elías Entralgo, José Agustín Suárez, Félix Infiesta, Clemente Acosta, José M. Hernández, Pedro Muñoz Muñoz, Eduardo Mc. Money, los hermanos Collazo (Aurelio, Emilio y Rosendo), Rodolfo Berges, Eladia Rivero (La China), Armando Montes, Carlos A. Vasseury el fiel ordenanza Telésforo. De estos que a fuerza de batallar ganaron grados de jefes y oficiales, unos fueron sus amigos en tiempos de paz, otros condiscípulos en los Escolapios de Guanabacoa y algunos discípulos. Entralgo fue su compañero de Liceo y de colegio, y, en la manigua,

después de permanecer al lado de Aranguren se incorporó a Castillo y con él ascendió llegando a merecer su confianza para el desempeño de la jefatura del Estado Mayor; Enrique García; La China y el ordenanza Telésforo fueron de los que nunca se apartaban de él ni aún en aquellas descabelladas aventuras por entre la muerte. Y un puñado cayó dignamente en la lid, mientras no pocos dejaron escritas soberbias páginas en la historia de la patria.⁵⁴

La Brigada del Centro o 2ª Brigada, comandada por el general de brigada Castillo Sánchez, grado por el cargo que tenía y que le fue ratificado meses después, quedó estructurada de la forma siguiente:

Jefe del estado mayor: comandante Francisco Palacios Curry, falleció macheteado, fue sustituido por el coronel José Elías Entralgo.

Jefe de Sanidad: comandante José F. Anciano Penichet, pasó a los pocos días a la división al mando de Aguirre, lo suplantó el comandante Félix Giralt Martínez.

Ayudantes: capitán Fernando Fuero; Clemente Acosta; la capitana Eladia Rivero, y su marido sargento Telésforo; el sargento Enrique García, su secretario particular; el comandante Armando García Menocal, el pintor de la guerra, ayudante personal de Adolfo, se incorporó procedente del Estado Mayor de Gómez, luego de ser herido durante la Campaña de La Lanzadera.

Caballería de la escolta: como jefe, el comandante Ernesto Asbert Díaz, ascendido a general después de la guerra.

⁵⁴ Gerardo Castellanos: Ob. cit., p. 72.

Regimiento Segundo del Castillo: comandante Jacinto Hernández Vargas, jefe del regimiento y como segundo, Faustino Hernández Vargas. Adolfo siempre estuvo al mando directo de este regimiento, aunque era el jefe de la brigada.

En sus escuadrones encontramos al capitán José Miguel Valle, (alcanzó el grado de comandante); al capitán Manuel Hernández Hernández con sus hijos Manuel, José, Emilio, Adrián y Juan Francisco, los tres últimos pasaron luego a la escolta de Gómez, subordinados a Bernabé Boza. Adrian y Juan Francisco cayeron en el combate de Algarrobo junto al general Ángel Guerra y Emilio es herido.

También formaron parte del regimiento los soldados Francisco Milián, Severo Núñez Núñez, Felipe Martínez, Álvarez, Amalio Alicundía, José Cuervo Martínez, Juan Romero, Armando Arce, José Agustín Valle, José Cepero, Emiliano Delgado, Francisco Rodríguez, Abelardo Hidalgo, así como los chinos Víctor, Francisco y Genaro Arocha.

La zona donde operaba tenía como centro la localidad de Babiney, al sur de Managua; llegaba por el norte hasta El Calvario y Santa María del Rosario; por el este, a San José y Güines; por el oeste hasta San Felipe y Bejucal, y al sur, la vía férrea San Felipe-Güines.

Regimiento de caballería Santiago de las Vegas:⁵⁵ al mando del capitán Juan Delgado González, después asumió como segundo jefe, el sargento Fulgencio Dionisio Arencibia Pérez, Nicho; ambos alcanzaron el grado de coronel.

⁵⁵Luego se llamó Regimiento de caballería Tiradores de Mayía, en honor al general José Mayía Rodríguez, quien fue jefe del 5º Cuerpo desde 1897. El cambio de nombre se debió también a las pugnas entre los jefes de la región habanera, sobre la subordinación a que debían atenerse. En los momentos de conformarse la brigada era solo un escuadrón.

Tenía un escuadrón dirigido por el dominicano capitán Rodolfo Bergés Tabares, al que le otorgaron el grado de coronel, y otro, subordinado al capitán José Cadalzo Cerecio, quien llegó al mismo grado y, a finales de 1896, sus fuerzas se nombraron Regimiento Juan Bruno Zayas.

En las filas de dicha estructura estaban los siguientes oficiales: los hermanos de Juan Delgado, Manuel y Donato; Ignacio Castro; José Miguel Hernández; Fermín Otero; Manuel Marrero; Avelino Rojas; Juan de Dios Romero Cortés; Emilio Acosta; Manuel Forcade; Tomás Negrín y José María Bolaños.

La zona donde operaba tenía como centro las lomas del Cacahual, ubicada al norte hasta el Wajay y el Cano; al oeste Bejucal y Quivicán; y al sur hasta el poblado del Gabriel.

Regimiento de caballería e infantería Goicuría: al mando del comandante Baldomero Acosta Acosta. Contaba con cuatro escuadrones subordinados a Andrés Hernández, Dionisio Arencibia Pérez, Cándido Villanueva y Esteban Delgado, y entre otros oficiales: Pablo Larrinaga, José Herrera, Cayuco; Ignacio Morales; Felipe Barroso; Antonio Herrera; Tomás Azcona; Celeste Linares; Joaquín Tovar; Tito Llera; Marcos Sánchez; José Molina Galo y Rafael Cerviño.

La región de operaciones de este regimiento estuvo delimitada desde Marianao hasta el mar por el norte y por el oeste hasta el Mariel. En dirección sur, siguiendo la trocha de Mariel-Majana, las zonas de Artemisa, Guanajay, Las Cañas, Vereda Nueva, Mazorra y Wajay, que incluían al centro de ese escenario a Bauta, Caimito, Anafe, Punta Brava, Arroyo Arenas y El Cano.

En junio de 1896, por órdenes de Maceo, se creó la 3ª Brigada del Oeste, su núcleo fundamental fue el Regimiento Goicuría, dirigida por el general Esteban

Tamayo, y a mediados de año debió asumir la jefatura Juan Bruno Zayas; tras su muerte tomó posesión el coronel Silverio Sánchez, cuyo mandato nunca fue aceptado por el jefe del regimiento.

Las contradicciones en esta estructura se pusieron de manifiesto en el encuentro con Maceo, el 7 diciembre de 1896. El Titán ordenó se confeccionara una lista con todos los oficiales para reorganizar la tropa. Castillo continuó al mando de la brigada, en su condición de jefe en comisión de la 2ª División.

Con la llegada del general Alejandro Rodríguez, sustituto de Aguirre al frente de la división, en marzo de 1897, Adolfo dirige dos brigadas, la mitad oeste de La Habana con el Regimiento Goicurúa y todas las fuerzas de la 3ª Brigada, que quedaron definitivamente subordinadas a él hasta su muerte.

En 1898 el regimiento volvió a formarse como núcleo central de la 3ª Brigada, a las órdenes del coronel Baldomero Acosta.

Regimiento de infantería Jaruco: luego se denominaría Francisco Gómez,⁵⁶ el cual se incorporó a finales de 1896, pues con anterioridad pertenecía como regimiento de caballería a la 1ª Brigada, del que fue desgajado, al mando del coronel Lino Mirabal; a su muerte lo sustituyó el teniente coronel Nicolás Valencia y, al morir este, asumió el mando el teniente

⁵⁶ El 22 de febrero de 1897, Gómez le encomendó la organización del Regimiento de infantería Francisco Gómez (2ª Brigada, 2ª División, 5º Cuerpo) a Charles Gordon (?-1897). Desembarcó el 7 de julio de 1896 por la playa de Boca Ciega, La Habana. Fue ayudante de campo de Maceo, lo acompañó en el cruce de la trocha el 4 de diciembre de 1896. Fue herido en San Pedro el día 7. El 6 de agosto de 1897 recibió el grado de coronel y fue enviado a Las Villas. Murió en un encuentro con el enemigo el 18 de mayo de 1897. Tomado de Colectivo de autores: *Diccionario Enciclopédico...*, Tomo I, ob. cit., p. 174.

coronel Luis Mirabal, sustituido más tarde, por el mismo motivo que los anteriores, por el coronel Mario Díaz Marquetti.

Al ocupar Adolfo del Castillo la jefatura de la brigada, le correspondió ser ascendido a general de brigada, grado que le fue ratificado por el Consejo de Gobierno con fecha 13 de octubre de 1897. En reclamación de su viuda, al concluir la guerra, se registró la fecha del 28 de febrero de 1896. Fue jefe de la 2ª Brigada o Brigada del Centro hasta el día en que entregó su vida a la patria.

La demora en el reconocimiento de su ascenso estuvo relacionada con las pugnas entre el gobierno y el general Antonio Maceo, ya que el primero cuestionaba los ascensos emitidos por la autoridad militar, mientras ellos los autorizaban sin cumplir la escala de mando.

El mayor general Maceo operó en el norte de Matanzas hasta el 27 de febrero. En agotadora jornada desde Santa Inés, cerca de dicha ciudad, en los límites con La Habana, se encontró con el campamento de Semanat, en terrenos del ingenio Cayajabos, con las fuerzas de Aguirre, jefe de la 2ª División del 5º Cuerpo. Entre las tropas concentradas allí se incluían las del estado mayor y escolta del coronel Adolfo del Castillo; los hombres vitorearon el regreso del gran caudillo, quien pasó revista y aprobó la formación.

A propuesta de Aguirre, el 28 de febrero de 1896, tras el pase de revista, el coronel Castillo asumió el mando de la 2ª Brigada del Centro. Esta fecha se considera como la de su fundación y su ascenso a general de brigada.

Aquí elaboraron un plan conjunto de operaciones sorpresivas en la provincia habanera, con el propósito de desmentir la propaganda de la capitania general, que hablaba de pacificación y además, llamar la atención

de Weyler, con lo que darían tiempo a Gómez para retornar a Matanzas con la tropa de Banderas.

El propio día, con las fuerzas de Aguirre a la vanguardia de la columna de Maceo, y las de Adolfo en la retaguardia, cruzaron la vía férrea entre Bainoa y Aguacate, donde enfrentaron un tren militar con cuatro carros blindados, que opusieron intenso fuego, pero que los insurrectos superaron sin contratiempos, fraccionándose en tres columnas.

Aguirre encabezó la marcha el 29 y con la avanzada salió hacia Jibacoa, para reconocer el pueblo de Santa Cruz del Norte. Después de informarle al Lugarteniente General, este dispuso desplazarse hasta dicha localidad, protegida por un destacamento enemigo de veinte hombres, al mando de un sargento, atrincherados en un fuerte de piedras rodeado de un muro; sin embargo, desde la montura del caballo se podía saltar hacia dentro.

Así, sin disparar un tiro, capturaron el reducto y rindieron la guarnición; la mayoría de los alistados eran de raza negra, por lo que Maceo se indignó y expresó que todos debían ser fusilados en el acto. Gracias a la intervención de Miró, que les había dado palabra de perdón, los exoneró y fueron puestos en libertad. En la acción se ocuparon treinta fusiles y cinco mil tiros.

El 1.º de marzo, el contingente adelantó sus escuadrones en distintas direcciones de los alrededores de la capital de la Isla. Comenzó una serie de operaciones proyectadas por Maceo, como rotundo *mentís* a las noticias e informes militares que Weyler enviaba a la metrópoli.

Entre otras acciones, se destruyó un tramo de la línea del tren entre Regla y Matanzas; se atacó un convoy ferroviario de tropas de Campo Florido a Minas, y se cruzó fuego con otro.

Los escuadrones de la vanguardia y de los flancos realizaron ruidosas ofensivas a los caseríos de Tumba Cuatro, Peñalver, Bacuranao y Santa María del Rosario.

Aranguren, con su escuadrón, asaltó los fuertes en las afueras de Guanabacoa. Maniobras análogas se ejecutaron en el Rincón, San Felipe y Bejucal. Se apresaron los vehículos que transitaban entre la capital y San José de las Lajas, por el camino de Güines; asimismo, se cortaron los cables telefónicos y telegráficos, y se arrancaron los postes en Minas, Campo Florido y Bacuranao.

Las fuerzas de Castillo participaron activamente en aquella triunfal y fantástica arremetida de las huestes al mando de Maceo. Ya en la noche se batieron con parte del Batallón de Orden Público de Bacuranao, subordinado al teniente Arjona, a los que obligaron a retirarse y buscar refugio en Minas; se abastecieron en la bodega de Justo Blanco.

La tropa continuó al norte hacia el poblado de Barreras, donde los voluntarios se ampararon en la iglesia y como los mambises no pudieron cargar más de lo que llevaban encima, quemaron la bodega y algunas casas contiguas.

El cuartel general de Maceo esa noche se instaló en el ingenio Santa Amelia, en el centro de la provincia, y se les solicitó a sus colaboradores que le proporcionaran con urgencia las municiones adquiridas en los propios arsenales del ejército español, para que Weyler sintiera la presencia cubana de manera indudable. No dejaron un solo lugar habitado de los alrededores de La Habana que sus fuerzas no visitaran; desafiaron a los veinte mil soldados que trataron de detenerlos.

Maceo recibió oportuna información de la preparación del enemigo para sorprenderlo en Santa Amelia;

de la columna de Aldecoa, en San José de las Lajas; la de Tort desde Managua, y la de Linares en San Antonio de las Vegas; por lo que antes del amanecer del 2 de marzo, salió y penetró en el caserío de Nazareno, obligando al numeroso grupo de voluntarios que lo defendían a una huida precipitada.

Reconoció desde allí los contornos y divisó el movimiento de la brigada de Aldecoa, que fue atacada por sorpresa por el Regimiento Céspedes. Los españoles ocuparon unas colinas cercanas, desde donde abrieron un violento fuego de fusilería y artillería. Al intentar avanzar fueron contenidos por los flancos del Regimiento Habana, de la 1ª Brigada y el contingente de Las Villas, dirigidos por Juan Bruno Zayas.

Después de una hora de pelea, al escasear el parque y con el aviso de la proximidad de columnas de ayuda, ordenó la retirada. Dejó en Nazareno retenes de caballería que cubrieron el rastro y tomó rumbo sur hacia el río Bayamo donde, dos horas más tarde, se reinició el combate, esta vez contra los hombres de Arsenio Linares.

El propio día, los insurrectos de Adolfo del Castillo, con los de Asbert, Juan Delgado y el Regimiento Castillo, al mando de Jacinto Hernández ocuparon el flanco oeste de la tropa de Maceo. Por orden suya, salieron rumbo al caserío de Lechuga, al oeste de Managua; persiguieron al escuadrón de los voluntarios de Nazareno, los que ante la aproximación de los mambises, salieron a la desbandada.

En el sitio conocido por El Ceibón, al sur de Lechuga, chocaron con la columna del general Arsenio Linares. Esta formación había salido en las primeras horas de la mañana desde San Antonio de las Vegas, comandada por el teniente coronel Moreno, y les siguió las huellas a los miembros del Regimiento Castillo.

Luego de un intercambio de disparos, al realizar la carga al machete, como era su costumbre, Castillo se lanzó al combate en la primera fila. En la embestida mataron a su caballo y resultó herido de bala en el abdomen y un brazo, además, de una fuerte luxación en una de sus piernas. Por la gravedad de su estado, sus hombres lo trasladaron a un improvisado hospital de sangre, bajo los cuidados del doctor Penichet; quedó transitoriamente al frente de la brigada Jacinto Hernández y en el regimiento, su hermano Faustino.

Esa noche, el general Maceo acampó en la finca Ponce, jurisdicción de Güines. Al día siguiente, 3 de marzo, mientras los españoles se dirigían a este poblado para batirlo, el Lugarteniente General regresó al punto de partida en Nazareno, pasó por Santa Amelia y de allí salió por la carretera de Cuatro Caminos hasta el ingenio Portugaleta, el cual dobló durante varias horas.

Después de una ligera refriega de vanguardias atravesó la línea férrea y pernoctó dentro de la zona que los españoles creían haberlo expulsado, la finca San Rafael, donde se instaló acompañado de Aguirre.

Al otro día, las fuerzas del Regimiento Castillo, estaban emplazadas en La Julia, coincidiendo con el paso de Maceo.

Tras su rastro, se acercaban tres columnas enemigas: el coronel Tort desde San Antonio de las Vegas por el sur, con el Batallón Vergara y uno del de Pizarro; Aldecoa desde San José de las Lajas por el oeste, con el Batallón Albuera y el Escuadrón Princesa, y Linares desde Managua, por el norte, con el Batallón Arapiles y un escuadrón del de Villaviciosa.

Los adversarios chocaron contra las avanzadas del campamento e iniciaron un fuerte ataque, los mamises resistieron mientras tuvieron parque, pero se retiraron cuando este se agotó.

A pesar de estar gravemente herido, Adolfo impartió instrucciones para la defensa desde su hama-ca. Tuvo que ser evacuado hacia Babiney, y así evitar la persecución.

La tenaz resistencia mostrada por la tropa recién formada, que a pesar de carecer casi por completo de municiones, contuvo a los adversarios que trataban de copar al Contingente Invasor, no pasó inadvertido para Maceo, que se interesó por la salud de Castillo y, como muestra de afecto, le obsequió uno de sus caballos, llamado Pajarito, con el que combatió durante casi toda la campaña.

El día 4 al amanecer, Maceo y Aguirre penetraron en Madruga. Los soldados de la guarnición española no salieron del cuartel. Posteriormente acamparon en la finca Dolores, cercana a Madruga.

A la jornada siguiente, en este lugar, Maceo reiteró lo dispuesto por Gómez: ratificó el nombramiento de Aguirre como jefe de la 2ª División Habana y le indicó las operaciones a cumplir. Él, como jefe de Cuerpo, debía encontrarse con el General en Jefe en la provincia de Matanzas, para donde partió este día.

Mientras, el ejército español reorganizó sus fuerzas. El 10 de marzo, Valeriano Weyler nombró como jefe de la 2ª División de La Habana al general Francisco Loño Pérez, a la vez que se desempeñó como gobernador militar de la provincia y plaza de este lugar.

Esta división estaba estructurada en cinco brigadas que se subdividían en dieciséis zonas militares, donde ubicaron igual cantidad de batallones de infantería y caballería, así como cuatro piezas de artillería.

Al mismo tiempo, se creó una zona especial en las inmediaciones de la capital de la Isla, llamada Trocha

de La Habana. Más tarde, fueron levantados fortines cada dos kilómetros, que abarcaban desde la playa de Marianao hasta el ingenio Toledo, los manantiales de Vento, la orilla derecha del Almendares hasta Merceditas, Cotorro, Santa María del Rosario, sitios de Cambute, Las Delicias, Guanabacoa y Cojímar. Tendría como jefe al coronel Diego Figueroa, al mando del Regimiento de caballería Pizarro, ubicado en San Francisco de Paula, con el batallón San Quintín 7; dos escuadrones en Arroyo Naranjo y Santa María del Rosario, y la Guerrilla Peral, en el Cotorro.

Además, mantendrían dos columnas volantes al mando del general Francisco Fernández Bernal, sin zona fija; y otra, dirigida por el teniente coronel Durango, destinada a conservar la línea del ferrocarril desde el Rincón por Alquizar y Artemisa hasta Pinar del Río.

A pesar de permanecer grave, el general Castillo, como lo llamaban mambises y escritores que lo conocieron, comprendió que la inactividad no era saludable para la brigada recién creada, por lo cual ordenó a los regimientos la realización de acciones que les permitieran el abastecimiento de mercancías y en lo fundamental de armas y municiones, con el objetivo de dar muestras de vida, en tanto continuaba su recuperación en las difíciles condiciones de campaña.

El 13 de marzo, los miembros del Regimiento Castillo combatieron contra la Guardia Civil en la finca Aguada,⁵⁷ próxima al Rincón. El 22, cerca de Tapaste, se enfrentaron a una columna dirigida por Melguizo. Los cubanos tuvieron diez bajas y cinco los españoles.

⁵⁷ Ver Colectivo de autores: *Diccionario Enciclopédico...*, Tomo 2, ob. cit., p. 14.

Tres días más tarde, fuerzas al mando de Jacinto Hernández ocuparon el ingenio La Emilia,⁵⁸ en los alrededores de San Nicolás de Bari, cumpliendo con la Circular Primavera, que prohibía la realización de la zafra, dando candela a las instalaciones para inutilizar los inmuebles de la molienda.

Adolfo, al mando de la Brigada, aún convaleciente de las heridas, el 26 de marzo impartió instrucciones y comenzó a montar de nuevo. Cuatro días más tarde dirigió y participó en la carga contra la guerrilla local de San Nicolás de Bari, macheteando a varios jinetes; se ocuparon armas, parque y caballos.

Castillo y el escuadrón de Asbert, el 31, atacaron y tomaron el caserío de la finca Plazaola, a veinte kilómetros al suroeste de Güines. Después de incautar algunas provisiones, incendiaron el poblado.

En el campamento Ciénaga, finca ubicada a nueve kilómetros al surdeste del ingenio La Julia, el 2 de abril, las tropas del Estado Mayor y la escolta, con el general al frente, fueron atacadas por la columna al mando de Guillermo Tort, integrada por el Batallón Vergara, un escuadrón del de Pizarro, y guerrilla. Según el parte del jefe enemigo, hicieron prisioneros a cuatro insurrectos y les ocuparon treinta caballos. Ellos tuvieron siete bajas. El parte mambí reportó cinco heridos.

El día 10 del propio mes, Adolfo ya estaba en plena disposición combativa. Conocía sobre la salida de la guerrilla de San Antonio de las Vegas, que se dedicaba a controlar a los pacíficos que quedaban en los campos, para evitar que ayudaran a los del Ejército Libertador, y asesinaban a todo aquel que pareciera sospechoso.

⁵⁸ Ver *Ibíd.*, p. 140.

Acompañado del escuadrón de Asbert, en cuanto fueron avistados los guerrilleros, salieron en su búsqueda, ordenaron al corneta el «toque a degüello» y se lanzaron al ataque, haciéndoles catorce muertos y ocupándoles las armas y mil quinientas balas. En la acción fue herido de gravedad el ayudante de Asbert, José Agustín Valle, y dos soldados; uno perdió la vida.

En la finca La Luisa, entre San Nicolás y Güines, el 11 de abril, las tropas del estado mayor y escolta de Adolfo, combatieron contra soldados dirigidos por el coronel Guillermo Tort, perteneciente al Batallón Vergara y un escuadrón del de Pizarro, al mando del coronel Moroto. Los mambises se retiraron al concluir el intercambio con dos lesionados.

Al otro día, en El Despunte, cerca de San Antonio de las Vegas, fuerzas del Regimiento Castillo atacaron la columna móvil subordinada al coronel Pintó, reforzada con el 4º Escuadrón del de Pizarro. En la acción las fuerzas cubanas tuvieron dos muertos y tres heridos. El enemigo se retiró precipitadamente hacia el poblado.

En el potrero Piedra,⁵⁹ el 13 de abril, a ocho kilómetros al suroeste de Melena del Sur, las tropas combinadas de la Brigada Sur, el Regimiento Calixto García del coronel Aurelio Collazo y el estado mayor y la escolta, con Castillo y Asbert, enfrentaron a la columna dirigida por el general Linares, integrada por el Batallón San Fernando, un escuadrón del de España, el Batallón Baleares y un escuadrón del de Albuera, al mando del coronel Francisco Zamora y dos piezas

⁵⁹ Colectivo de autores: *Diccionario Enciclopédico...*, Tomo 2, ob. cit., p. 296. En esta fuente se dice que la acción se realizó de conjunto con el general Pedro Díaz Molina, lo cual no es posible por encontrarse este junto a Maceo en Pinar del Río, limitado de movimiento hacia La Habana por la protección existente en la Trocha Mariel-Majana.

montadas de artillería, a los cuales pusieron en un gran aprieto, pues los condujeron hábilmente a una emboscada.

Cuando las fuerzas mambisas, avistaron la columna, varias parejas dispararon a la vanguardia y los flancos. Con rapidez los españoles formaron su cuadro defensivo y activaron la artillería. Los cubanos hicieron una finta con la caballería, y se retiraron a escape; el enemigo deshizo el cuadro y se preparó para perseguirlos. Las voces de mando azuzaron a los soldados, que obligados se desplazaban asediados por los disparos de las parejas; así, llegaron al sitio conocido por Patos, el cual era más favorable para el movimiento de la caballería.

Las fuerzas principales de los insurrectos estaban formadas en V, con el vértice apuntando al oeste. Cuando la columna española entró en la finca, fueron atacados desde dos direcciones por la caballería, que llegó hasta los bordes del cuadro defensivo. Los adversarios retrocedieron.

Más tarde se reanudó la ofensiva en las ruinas del ingenio La Luisa y el Teresa. Por último, el contendiente emprendió la retirada hacia el ingenio Providencia, adonde llegó al anochecer; llevó varias bajas.

El 14 de abril, trasladándose Castillo con su estado mayor y la escolta hacia la zona del campamento permanente, al pasar por la finca La Chirigota, cerca del poblado de Guara, encontraron la columna móvil del coronel Pintó y combatieron durante media hora, luego se dio la orden de retirada. En la acción los cubanos tuvieron cuatro muertos y diez heridos, entre estos últimos, el comandante Francisco Domínguez, jefe del estado mayor. El enemigo informó dos muertos y diez heridos.

En la finca Lunura, zona de San José de las Lajas, el día 23, el Regimiento Castillo, con el General en

Jefe al frente, pelearon contra una columna dirigida por el general Linares, integrada por el Batallón de cazadores Arapiles, el Batallón Albuera, un escuadrón del de Villaviciosa y la guerrilla de San José. El combate terminó en el potrero Alderete. Ellos tuvieron, según su parte oficial, dos muertos y siete heridos.

Explosión en Palacio

El 28 de abril de 1896, la noticia de un suceso sensacional estremeció La Habana. Explotó una potente bomba de dinamita en la planta baja del Palacio de los Capitanes Generales, residencia de Valeriano Weyler y sede del Gobierno de la Isla. Este hecho mostró la inseguridad de la propia vida del gobernador, aún en el mismo alcázar de la crápula. El autor del hecho fue el joven habanero Armando André Alvarado, periodista, dibujante y miembro del estado mayor de la 2ª Brigada del Centro.

La idea original de esta acción fue patrimonio del doctor Lorenzo Montero, radicado en Tampa, quien concibió un arriesgado plan para adquirir el local del Café y Fonda El Correo, sito en O'Reilly y Tacón, y desde sus instalaciones, a través del alcantarillado, minar con poderosas cargas de cien libras de dinamita cada una, el edificio de la Capitanía General y del Segundo Cabo, y hacer volar por los aires el despotismo y la explotación que representaban, con el Capitán General y todo la inmundicia que lo acompañaba.

Este proyecto encontró un entusiasta ejecutor en el joven André, radicado en Nueva York, que decidido a terminar con el sanguinario gobernador regresó a La Habana en febrero de 1896, con el explosivo en el doble fondo de su baúl, y posteriormente escondido

en la casa no. 43, de la calle Omoa, en el barrio del Cerro.⁶⁰

La riesgosa acción no se podía ejecutar sin dinero y sin las conexiones de los conspiradores de la ciudad de La Habana, sobre todo, para que respaldaran los preparativos iniciales.

André, decidido a llevar a cabo su proyecto, se dirigió al sur de la capital en busca de las tropas mambisas. Luego de muchas peripecias en el camino, se presentó el 6 de marzo de 1896 frente a Maceo, en el campamento de la finca Saratoga, Matanzas, para exponerle sus intenciones.

De acuerdo con las crónicas de Miró Argenter, el joven, explicó:

[...] venía con el propósito firme de tomar represalias personalmente contra el Gen. Weyler, ya que su política de exterminio había llegado al colmo y se hacía necesario apelar a una medida extrema, que pusiera coto al infame proceder del gobernante español [...]

Aquel joven hablaba con mucha vehemencia, inspiró las más vivas simpatías al Gen. Maceo, por más que este no llegó a dar crédito a la realización de un plan peligrosísimo, para el que se necesitaba el concurso de adeptos muy fieles y por igual valerosos. Sin embargo, le ofreció su apoyo en todo lo que de él dependiera, y entretanto le incorporó al estado mayor para despacharlo en la primera oportunidad [...] ⁶¹

⁶⁰ Tomado de Colectivo de autores: *Diccionario Enciclopédico...*, Tomo 3, ob. cit., p. 214.

⁶¹ José Miró Argenter: Ob. cit., p. 135.

José Luciano Franco al respecto, dijo:

[...] Este día se presentó a Maceo el joven habanero Armando André, que se trasladó a Cuba desde Nueva York con el preconcebido propósito de poner fin personalmente, a los crímenes de Weyler. Lo escuchó pero no dio crédito a la realización de tan peligroso plan. Al joven André lo incorporó como ayudante de campo al estado mayor, para dejarlo más tarde en la provincia habanera [...] ⁶²

Solo unos días se mantuvo André junto a la tropa de Maceo, en espera de la primera oportunidad para ser escuchado por otro jefe que lo apoyara en sus objetivos.

La oportunidad fue en el campamento el Galeón, donde se reunieron por última vez Gómez y Maceo.

André se presentó ante Máximo Gómez para comunicarle su plan de atentado contra Weyler, la necesidad de recabar fondos para ejecutar la acción, lo que inclinaría la correlación de fuerzas a favor de los independentistas. El Generalísimo creyó la idea descabellada y con un exabrupto lo despidió del campamento.

Sobre este hecho se dejó constancia.

[...] Día 11(marzo 1896) en la finca Severino, nos reunimos con el general Maceo, a quien el General en Jefe hace entrega del general Banderas y su división [...] A un joven habanero que vino a hablarle que se yo qué, de dinamita, explosiones, [...] lo despachó el General en Jefe, a cajas destempladas [...] ⁶³

⁶² José Luciano Franco: Ob. cit., p. 93.

⁶³ Bernabé Boza: Ob. cit., p. 191.

Luego de despedirse de Maceo, fue incorporado al estado mayor de la 2ª Brigada, de Adolfo del Castillo. Armando André tenía la firme voluntad de volar con explosivos el Palacio de los Capitanes Generales para «enviar al infierno» al asesino de Weyler. Con su modo vehemente de hablar logró la autorización de Castillo y lo pusieron en contacto con la Junta de La Habana.

Ya en la capital, en unión de Ceferino Vega, conocido como el Asturiano, comenzó la organización del atentado. La idea original era muy complicada por la falta de recursos financieros; entonces, concibieron situar el explosivo en la planta baja del Palacio de Gobierno, directamente debajo de las oficinas de Weyler.

Con la colaboración del carpintero Rafael Domínguez, que tenía su taller en la casa no. 147, de la calle San Nicolás, se fabricó un estuche semejante al de un violín, forrado de cobre en su interior. André y el Asturiano llenaron dicho estuche con veintitrés libras de dinamita, previamente amasada, a la que situaron una cápsula detonante y una mecha lenta, calculada para cinco minutos.

El 28 de abril de 1896, André salió de la casa no. 93, en la calle Lagunas, con su pesado estuche a cuestas, lo situó en los servicios sanitarios del Palacio, que quedaban en la esquina de Obispo y Mercaderes, encendió la mecha y se marchó a toda prisa. La explosión, aunque se oyó en toda La Habana amurallada, no provocó los daños que de ella se esperaban, pues resultó de bajo poder.

La descarga diseminó excrementos por todo el edificio, que llegaron a embarrar al propio Weyler, quien mandó a redoblar la vigilancia; por tal motivo se hizo imposible repetir la operación.

Ante tal atrevimiento, el general Weyler manipuló el hecho y en su información a Madrid, dijo:

[...] la explosión había sido producida por la dilatación de gases en la letrina de Palacio; pero los corresponsales de periódicos madrileños restablecieron la verdad de lo sucedido, atribuyendo la explosión a una bomba de dinamita fabricada expresamente, y colocada en el edificio de la capitania General por los filibusteros [...] ⁶⁴

Armando André y el Asturiano, para darle uso al resto de la dinamita, idearon dejar La Habana a oscuras, volando los conductos del gas que abastecía el alumbrado público.

El 13 de junio, colocaron bombas en las tuberías del gas que pasaban por los puentes de Concha y Cristina; aunque, otra vez, por el bajo poder de la carga, no lograron destruir la cubierta de concreto que protegía los tubos.

Los días 28 y 29 de junio realizaron nuevos intentos contra la conductora central del gas en el depósito de Hacendados, en la bahía habanera, a escasos quinientos metros de la fábrica que lo generaba, con cargas de veinte libras. En ambos casos la explosión no produjo los resultados deseados.

La policía española andaba ya tras sus pasos, por lo que fue inevitable desaparecer de la capital, cumpliendo órdenes de Castillo, que lo designó para traer a Cuba una expedición con armas y otros medios necesarios para continuar la guerra. ⁶⁵

⁶⁴ José Miró Argenter: Ob. cit., p. 258.

⁶⁵ Ver anexo 4.

Armando André partió en los primeros días de julio de 1896 hacia EE. UU., con ello se puso fin al trabajo de los dinamiteros en La Habana.

El atentado contra Weyler, realizado por el joven André y sus ayudantes, con grave riesgo para sus vidas, merece particular mención en la historia de nuestras luchas por la independencia.⁶⁶

LA BRIGADA DEL CENTRO CONTINÚA SUS ACCIONES

El 1.º de mayo de 1896, el general Castillo tuvo la audacia de apostarse en Loma de Tierra, actual municipio de Cotorro, en la Calzada de Güines a La Habana, principal vía para el abastecimiento y tránsito de personas entre la capital y otros territorios del país. Con esta acción se cortó el tráfico por espacio de cuatro horas, pues fueron detenidos todo tipo de vehículos, se inutilizaron los de transporte de pasajeros e incautaron las mercancías; nadie podía entrar o salir de la zona.

⁶⁶Esta acción puede considerarse el antecedente del asalto al Palacio Presidencial el 13 de marzo de 1957. El comandante Armando André participó en tres expediciones con armas a la Isla. Se desempeñó durante la neocolonia en cargos públicos y como periodista de varios órganos de prensa, donde abundaban sus críticas a los gobiernos de turno. El 14 de agosto de 1911, luego de publicar un fuerte artículo contra el presidente José Miguel Gómez, «El tiburón se baña, pero salpica», se batió en plena calle a balazos con el hijo del presidente, aunque sin mayores consecuencias. En 1925 fue director del periódico conservador *El Día*, donde divulgó una caricatura de Gerardo Machado. André fue asesinado a tiros en la puerta de su casa por los sicarios de este gobernador, en agosto de 1925, lo que se considera el primer crimen político de la tiranía machadista.

Cuando la noticia llegó a los mandos españoles y se movilizaron hacia el lugar, ya la tropa insurrecta se había retirado sin bajas y cargando varias bestias y carromatos con alimentos, ropas y otros pertrechos de guerra. ¡De modo bien combativo se celebró el Día de los Trabajadores en la capital!

En el sitio conocido como Ojo de Agua, cerca de Managua, el 18, Castillo y sus compañeros combatieron contra una columna dirigida por Linares, integrada por el Batallón de cazadores Arapiles y un escuadrón del de la Reina. En la acción murió un oficial cubano. Las tropas de Alberto Rodríguez, oficial del Regimiento de Collazo, de la Brigada Sur en marcha, el 25 de mayo, pasaron cerca del campamento de Castillo, ubicado en las inmediaciones del ingenio La Julia.

Una fuerte columna española, dirigida por Linares, integrada por el Batallón de cazadores Arapiles, el Batallón San Fernando y escuadrones de la Reina y España, con asiento en San Felipe, lo atacaron por la retaguardia; en su ayuda acudió la caballería de Castillo y se lanzó en impetuosa carga; la tenacidad con que se combatió obligó a los colonialistas a refugiarse en el cercano poblado de San Antonio de las Vegas.

En tanto descansaban el estado mayor y escolta de la brigada en el campamento El Plátano, el 30 de mayo, fueron sorprendidos por una columna española al mando del coronel José Perol, integrada por el Batallón Provisional de Cuba, secciones del Escuadrón de Albuera y las guerrillas de Managua, que le sirvieron de punta de vanguardia.

Las avanzadas, sorprendidas, dieron la voz de alerta y se organizaron enseguida, como era su costumbre. Castillo impartió órdenes tajantes para movilizar a los hombres y que ocuparan sus posiciones; al momento se lanzó a la lucha en la primera fila.

En el enfrentamiento cayeron gravemente heridos el general Castillo y Emiliano Delgado, de su escolta; ambos fueron recogidos por José María Bolaños, Chema, y retirados del campo de batalla. Los españoles tomaron cuatro prisioneros, a los que asesinaron más tarde; Jacinto Hernández asumió el mando temporal de la Brigada.

Comenzó un incesante movimiento con la impedimenta, por el cuidado con que era atendido el general. La tropa que lo acompañó, por obvias razones de guerra, se limitó a un grupo no mayor de veinte hombres, algunos soldados de Asbert como escolta, el médico Félix Giralt, la enfermera Rosario Bolaños Fundora⁶⁷ y otros ayudantes para cargar camillas y realizar tareas domésticas.

En su recorrido hacia un lugar seguro fueron asaltados, el 3 de junio, por fuerzas de Bernardo Areces, con el Batallón del Infante no. 5, el Escuadrón de Numancia y la guerrilla de Catalina. Lograron escapar por la intervención de un escuadrón del Regimiento Santiago de las Vegas, al mando del comandante José

⁶⁷ Nació en Madruga, conocida por Violeta. La Junta Revolucionaria de La Habana y las fuerzas revolucionarias de Occidente conocieron de su labor. Era la enfermera solícita e inseparable del general Adolfo del Castillo. En la época de Weyler, su vivienda en la calle Peña Pobre, fue centro de conspiración. Rosario y sus hermanos enterraron millares de pesos recolectados para la causa independentista, en su casa natal, en la finca Dos Hermanos. Copada la propiedad por tropas españolas al mando del general Moncada, oficial español, desenterraron a toda prisa el dinero y lo trasladaron para el ingenio El Rosario, desde donde lo hicieron llegar a don Tomás Estrada Palma en Nueva York. Rosario murió en La Habana durante la República sin más honores; no obstante, merece figurar en la galería de las heroínas de la patria. Tomado de Vicentina Elsa Rodríguez de la Cuesta: «Patriotas Cubanas», edición digital Güije.com.

Cadalso Cerecio, que llegó en su auxilio. Esta fuerza se mantuvo con Castillo a modo de protección.

Dos días más tarde, fueron atacados por la misma columna enemiga. La resistencia del Escuadrón de Cadalso, permitió que se retiraran los heridos hacia el Gavilán, cerca de Managua. Allí fueron asaltados el 8 de junio, por soldados que estaban de recorrido, al mando de Andrés Maroto; tras tenaz resistencia, transportaron a los heridos a la zona de Babiney.

El día 16 fueron embestidos por fuerzas de Guillermo Tort, con el Batallón Provisional de Cuba, un escuadrón de Albuera y la guerrilla de Güines; la actuación de los hombres de Cadalso contuvo otra vez el ataque. En todo momento, Castillo, desde su hamaca de convaleciente, impartió órdenes y dirigió a sus subordinados.

Sin sanar aún de las heridas, el 26 de junio, el general Adolfo con un reducido grupo de su escolta se encaminó hacia las inmediaciones del Calvario, detuvo el tránsito en la Calzada de Managua e incautó mercancías en franco desafío a la huestes de Weyler, que pregonaban a los cuatros vientos la pacificación de Occidente. Luego de dos horas de bloqueo, se retiraron sin problemas.

José Luciano Franco, expuso:

[...] En La Habana, el general José Ma. Aguirre, los coroneles Rafael de Cárdenas, Adolfo del Castillo, Néstor Aranguren [...] se batieron bien, y sin descanso todo el mes de junio. Castillo, en rasgo de valor y audacia, en pleno día, detuvo en el Calvario, a las mismas puertas de La Habana, los ómnibus de pasaje y todas las carretas con mercancías que transitaban por aquella calzada, desafiando a Weyler en sus mismas narices [...] ⁶⁸

⁶⁸ José Luciano Franco: Ob. cit., p. 229.

Adolfo se reincorporó totalmente el 28 de junio. Sus hombres se encontraban acampados en la finca Ponce, a dieciséis kilómetros al noroeste de Guara. Allí se luchó por espacio de dos horas, contra una tropa dirigida por Guillermo Tort con el Batallón Vergara, secciones del de Albuera y la guerrilla local de San Felipe y de San Nicolás de Bari. El resultado: cinco heridos por los mambises, entre ellos, Castillo.

A la jornada siguiente, en Morales, a veinte kilómetros al noroeste de San José de las Lajas, el Regimiento Castillo, al mando de Jacinto Hernández, volvieron a pelear, por espacio de una hora, contra la columna de Guillermo Tort; los nuestros reportaron dos heridos leves.

De nuevo, el 30 de junio, en el ingenio Vigil, al surdeste de San José de las Lajas, se enfrentaron a la columna de Bernardo Areces, por tres horas. Ante el empuje de los insurrectos, los enemigos se retiraron para refugiarse en Guara.

EL ATAQUE AL CERRO

Las fuerzas del general Juan Bruno Zayas Alfonso, regresaron al territorio habanero el 26 de junio de 1896, luego de ser reorganizadas y apertrechadas por el cuartel general de Las Villas, para reforzar la campaña que en Pinar del Río desarrollaba Maceo, con la misión de operar como brigada volante, al este de la trocha Mariel-Majana, en el territorio de la 3ª Brigada del Oeste.

Lograron reunirse al siguiente día, cerca de Campo Florido, con el general Aguirre, el cual dispuso la organización de una nueva brigada volante a las órdenes del general Zayas, incorporándoseles las guerrillas de Cristóbal Pérez, Juan Delgado e Isidro Acea,

cuya zona de operaciones se extendería desde Batabanó hasta la trocha.⁶⁹

Cumpliendo instrucciones personales de Maceo, que solo había compartido con Bruno Zayas, de conjunto con Castillo se volvió a actualizar uno de los proyectos más secretos del Lugarteniente General: el asalto a la capital de Cuba.

En aquellos momentos en que Zayas había regresado del centro a la provincia habanera, se provocaría la salida de las tropas acantonadas en la gran ciudad, para entonces, con el apoyo de los conspiradores que en ella residían, dar el golpe mortal a Weyler.

Las fuerzas de Bruno Zayas, integradas por cincuenta hombres y las de Castillo, por cien, se unieron el día 1.º de julio. Ambos jefes prepararon el asalto a la urbe, ya ellos se conocían desde la época de estudiantes en la universidad.

Decidieron atacar Bejucal para reabastecerse con municiones. En el camino, a diez kilómetros al suroeste, en la finca Santa Bárbara, combatieron contra la columna dirigida por Diego Figueroa con dos escuadrones del de Pizarro, un escuadrón del de Villaviciosa y la guerrilla de Managua. Los cubanos se atrincheraron tras una cerca de piedra e hicieron fuego nutrido, pero el enemigo continuó el ataque y tuvieron que abandonar la posición con tres muertos y tres heridos.

Zayas y Castillo, elaboraron un plan que los llevaría al asalto del opulento y muy bien guarnecido barrio del Cerro. Era importante dar este golpe, no solo desde el punto de vista militar y logístico, sino también político. Entre otros objetivos, se ocuparían las caballerizas destinadas al tiro del transporte colectivo

⁶⁹ Ver Enrique Loynaz del Castillo: Ob. cit., p. 361.

(guaguas) entre este barrio y la amurallada Habana antigua, donde se obtendrían excelentes caballos.

En la confección del plano del Cerro con sus defensas y el potrero con las caballerizas, y otros informes, tuvo participación el hermano de Juan Bruno Zayas: Alfredo Zayas Alfonso, el Chino.⁷⁰

Carlos Bartolomé Barguez, en «Historia del Cerro», planteó:

[...] El Plan de ataque al Cerro realmente existió. Primero se pensó “saludar” la llegada del nuevo gobernador, Valeriano Weyler, con una penetración relámpago para el 12 de febrero; pero no fue posible. Luego, de regreso Gómez a las Villas y estando Maceo en campaña por Pinar del Río, se replantea la toma del Cerro. Esta vez se proyectaba para finales de julio [...] Juan Bruno Zayas Alfonso, él era cerrense, nacido y criado en el Cerro. “¿Quién era el indicado para preparar organizativamente las condiciones y entrar por el Cerro? Indudablemente que Juan Bruno [...]”⁷¹

El 28 de julio de 1896, en la madrugada, fue la hora cero para tomar la localidad. En los planes no se previó que esa noche y hasta el 1.º de agosto serían de luna llena; por eso, el ataque se prorrogó para el 2 de agosto.

⁷⁰ Nació en 1861 y murió en 1934. Fue colaborador del PRC, abogado y miembro del Partido Autonomista durante la colonia. Cumplió tres años en la cárcel de Ceuta. En 1905, fue fundador del Partido Liberal y presidente de la República neocolonial entre 1921 y 1925.

⁷¹ Carlos Bartolomé Barguez: «Historia del Cerro», Edición digital, 2005, pp. 104 y 105.

La prematura caída en combate del general Zayas en la finca La Jaima, de Güira de Boñigal en Quivicán, el 30 de julio de 1896, interrumpió la ejecución de lo organizado. Junto al cuerpo, entre sus pertenencias, se ocupó una cartera con documentos que revelaban los hechos.

José Luciano Franco en su libro *Antonio Maceo, apuntes para una historia*, plasmó:

[...] El ataque y toma de la capital era el sueño de los máximos jefes insurrectos, el General Juan Bruno Zayas, ya lo ha propuesto antes, acampados en Vereda Nueva, la máxima dirección de la columna invasora [...] el licenciado Alfredo Zayas, envió a su hermano Juan Bruno, los planos de las fortificaciones y defensas de La Habana, los recursos en hombre y materiales de guerra con que contaban los españoles, especialmente, planos de los barrios exteriores Cerro y Jesús del Monte [...] se rumoraba que Juan Bruno se preparaba con Adolfo del Castillo y numerosas fuerzas para amenazar a La Habana por varios puntos simultáneamente, quemar edificios en los barrios rurales, y, en medio del pánico, colarse dentro de la ciudad, como un meteoro. Empresa difícil y de indiscutible peligro para los asaltantes, pero tendría la virtud de ocasionarle pérdidas irreparables a los españoles, en sus formidables reductos, aun en el Palacio del Gobernador. [...] sobre todo, repercutiría gloriosamente en el mundo entero [...] la entrada a La Habana era el anhelo de nuestros caudillos [...]⁷²

Por su parte José Miró Argenter, expuso:

⁷² José Luciano Franco: Ob. cit., p. 230.

[...] A los pocos días de la muerte del general Juan Bruno Zayas, la policía de Weyler tuvo conocimiento de los clubes separatistas que funcionaban en La Habana, que ayudaron al general insurrecto en el golpe que iba a realizarse en el Cerro [...]. Fueron arrestados el doctor Grabiél Casuso, el licenciado Miguel Viondi, el doctor Francisco Alacán, el catedrático Antonio González Lanusa (presidente del Club), el licenciado Alfredo Zayas, el profesor Hubert de Blanck, entre otros [...] el arresto se debió a la delación de Miguel Beato, que colaboraba con los insurrectos [...] y fue asesinado en la playa de Marianao por los propios esbirros del Orden Público [...] ⁷³

A partir de entonces, la incursión al interior de La Habana, como acto de recordación y homenaje a la pérdida del amigo, fue una idea constante en el pensamiento estratégico-militar del general Adolfo del Castillo.

UN DÍA DE COMBATE

El 9 de julio de 1896, podría marcar una jornada diferente en la cronología combativa de los habaneros. Este día, las tropas de la 2ª Brigada del Centro, guiada por Adolfo, desplegaron toda su hidalguía contra los colonialistas.

Su génesis comenzó el 7 de julio de 1896, cuando Aguirre recibió la información sobre una expedición que había llegado a la costa y que estaba siendo agredida por el enemigo.

Acompañado por el Regimiento Habana, salió a marcha forzada para salvar tan valiosa carga, ya que

⁷³ José Miró Argenter: Ob. cit., p. 369.

era la primera que desembarcaba en el territorio habanero.

La expedición fue financiada por el PRC en Nueva York. La travesía se realizó en el vapor *Three Friends* al mando de Juan Cowley, era esta la cuarta ocasión en que traía provisiones a la Isla. Descendieron sesentaicinco hombres armados, en Sibanimar, delta del río Boca Ciega, en la playa de Guanabo, con trescientos cincuenta rifles, abundantes municiones y otros medios para hacer la guerra.

Mientras se encontraban en las labores de descarga, fueron detectados por una de las cañoneras españolas que patrullaban el litoral y comenzaron a hostigarlos. La tripulación, para proteger el barco, que tantos servicios había prestado, salió a escape con rumbo norte.

Los expedicionarios, atacados desde el mar y por una guerrilla en tierra, punta de vanguardia de una columna al mando del general Ochoa y enviada por las autoridades de la comarca para ocupar el cargamento, evitaron a toda costa que los recursos acopiados con la contribución de los obreros cubanos en EE. UU., cayeran en manos enemigas. En tanto resistían el asedio, lanzaron toda la carga a las agitadas aguas del río Boca Ciega.

Con la llegada de Aguirre y sus fuerzas, el balance del combate se inclinó hacia los mambises. El escuadrón de Nicolás Valencia rechazó a los guerrilleros que atacaron por tierra. Luego, este mismo oficial, en acto de sumo arrojo, se subió a un bote abandonado por el *Three Friends*, con algunos tiradores, y a fuerza de balazos de fusilería, obligó alejarse a la cañonera española que los hostilizaba.

La situación no fue fácil. El río Boca Ciega tenía una fuerte crecida por las lluvias de días anteriores,

pero como siempre, pudo más el deber con la patria que el bienestar personal.

Aguirre, arengó a sus hombres para sacar los pertrechos del mar y fue el primero en lanzarse a las frías y turbulentas aguas; entre todos extrajeron numerosas cajas de armas y proyectiles.⁷⁴

Una buena parte de lo salvado lo llevaron los insurrectos en sus hombros, y se repartió enseguida a las brigadas que operaban en la demarcación habanera, entre las que se encontraban la de Adolfo del Castillo, Néstor Aranguren y la del propio Aguirre. Lacoste por su parte hacía habituales envíos a Maceo.⁷⁵ El resto se enterró en varios puntos, algunos descubiertos más tarde e incautados por los españoles.

El 8 de julio, las operaciones demostraron los efectos del refuerzo recibido. El coronel Néstor Aranguren colocó una carga de dinamita en una alcantarrilla del ferrocarril Regla-Matanzas, lo que obstruyó el paso por algunos días.

Con las provisiones recibidas de la división, la tropa de Castillo estaba lista para cualquier empeño. Al siguiente día, en el campamento Lané, donde se encontraba el estado mayor y la escolta de Asbert, a media mañana, los exploradores anunciaron el avance de dos columnas enemigas: una dirigida por Bernardo Areces, con el Batallón Infante, un escuadrón del de Numancia y la guerrilla procedente de Managua; y por el sur, proveniente de Bejucal, otra al mando

⁷⁴ En esta acción Aguirre contrajo un resfriado que, por no tener la debida atención médica, al llegar el invierno, se convirtió en una pulmonía que lo obligó a refugiarse en una cueva en las Escaleras de Jaruco. Escondido y padeciendo durante varios días de la enfermedad, falleció el 29 de diciembre de 1896. Fue enterrado en la propia cueva.

⁷⁵ Ver José Luciano Franco: Ob. cit., p. 217.

de Cayetano Melguizo, integrada por dos escuadrones de caballería del Regimiento Príncipe y la guerrilla de Bejucal, ambas coincidieron en la tienda del Añilito y continuaron unidas con rumbo suroeste.

Castillo preparó una emboscada en la finca El Añil, paso obligado. En la portada de entrada, como existía un estrechamiento del sendero, la formación de marcha española tuvo que romper las dos filas establecidas, andar sin orden, con lentitud, para la posterior formación del cuadro defensivo. Este momento vulnerable, fue aprovechado por la tropa insurrecta, por lo que se formó la caballería escalonada, para que una línea hiciera fuego graneado sobre la vanguardia y cuando intentaran cerrar el cuadro, la otra, oculta a no más de ochenta metros, cargara por el flanco.

Los nuestros esperaron la llegada del adversario, que caminaba confiado por su superioridad numérica, para aplastar cualquier partida de «negros huidizos y ñáñigos manigüeros», como expresaban.

Cuando comenzaron a transitar por la talanquera, recibieron una andanada de «balas patrióticas» desde el cayo de monte por la izquierda, y se inició la carrera española para ocupar los puestos del cuadro y protegerse. Un escuadrón con Castillo al frente, los atacó de manera relampagueante; la caballería llegó hasta las primeras filas, machetearon a todo el que estuvo a su alcance y retrocedieron a internarse en la espesura.

La vanguardia, ya reforzada por los primeros batallones, cubrió los espacios dejados por la sorpresa y de nuevo una lluvia de balas barrió desde el ala izquierda. Hacia esa área se dirigió el frente y el fuego español. Como una tromba apareció otra vez la caballería, repitió su táctica y se retiró a todo escape. Esta maniobra le ocasionó varias bajas al enemigo y

solo algunos heridos en las filas mambisas; luego de la segunda carga se ordenó retirada, ante la posibilidad de que el contrincante, que lo triplicaba en hombres y armas, lo encerrara con las fuerzas más rezagadas. Perseguidos, avanzaron hacia la finca El Plátano.

El general Castillo, como no le gustaba darle la espalda al contrario, volvió a reorganizar a los hombres para presentar combate, con la misma táctica, solo que cambió de lugar a los tiradores y la caballería, sorprendiéndolos por segunda ocasión. La operación duró una hora y media.

Los españoles admitieron tener cerca de sesenta bajas, entre muertos y heridos. Los nuestros, dos muertos y ocho heridos.

Por su parte, en la mañana, tropas del Regimiento Santiago de las Vegas, con Juan Delgado al frente, en las cercanías del ingenio Esperanza cerca de Güines, pelearon dos horas contra una columna dirigida por Manuel Tejerizo, con el Batallón Vergara y la guerrilla montada de San José de las Lajas; los insurrectos perdieron a cuatro combatientes.

En El Volcán, fuerzas del Santiago de las Vegas, al mando de Dionisio Arencibia en marcha para hacer almuerzo, chocaron con la columna de Diego Figueroa, el Regimiento Pizarro y la guerrilla de Peral; la lucha duró más de tres horas. No existen referencias exactas sobre este hecho, pero se estima que se les hicieron bajas de consideración a los contendientes y no fueron pocas las de los cubanos.

Por la tarde, en una finca del ingenio El Vigil, integrantes del Regimiento Castillo subordinados a Jacinto Hernández, se enfrentaron por más dos horas a una tropa dirigida por Luis Abelda, con el Batallón de Almanza, el Escuadrón del Comercio y la guerrilla de San Nicolás de Bari.

Algo más alejado hacia el sur, en la propiedad La Chirigota, a ocho kilómetros de Guara, fuerzas del Regimiento Castillo dirigidas por Faustino Hernández, lucharon durante tres horas contra la columna de Guillermo Pintos, integrada por el Batallón Puerto Rico, un escuadrón del de Farnesio y guerrilla. En esta acción los insurrectos tuvieron cuatro víctimas y diez heridos. El enemigo informó dos muertos e igual cantidad de heridos.

Entre las fincas El Añil y El Plátano distante tres kilómetros; entre estas y El Volcán ocho; entre El Volcán y El Vigil la jornada no sobrepasa los doce kilómetros, asimismo, entre El Vigil y el ingenio Esperanza el trayecto es de diez; mientras que entre La Esperanza y La Chirigota es de veinte, aproximadamente, lo que indica que por ser tan cercanas, se recorría a caballo en poco tiempo.

Puede afirmarse que este día 9 de julio de 1896, unos quinientos heroicos combatientes de la Brigada del Centro, con Adolfo del Castillo al mando, sostuvieron combate en no menos de ocho horas, contra cinco columnas en formación de seis batallones, y las guerrillas de cinco poblados, que sumaban más o menos catorce mil soldados, en una proporción de treinta a uno, en un frente de casi treinta kilómetros.

Se peleó duro ese día, y con la llegada del atardecer, como era costumbre, los españoles se recogieron en los pueblos, dentro de sus cómodos y bien guardados cuarteles. Los mambises, regresaron a sus campamentos del monte, enterraron a sus muertos, curaron a los heridos, y descansaron en la campiña, mientras soñaban con una patria libre y el combate de la siguiente jornada.

Por estos días, la región habanera fue azotada por una fuerte tormenta tropical, con vientos de cincuen-

taidós kilómetros por hora y rachas que llegaron hasta de ochentaitrés. El evento meteorológico pasó entre Isla de Pinos y la Ciénaga de Zapata, entró por Batabanó desde el este, afectó todo el territorio sur de La Habana y salió por la región de Bahía Honda, en la provincia de Pinar del Río.⁷⁶

Esto se convirtió en otro enemigo para las maltrechas fuerzas de Castillo. Además de la persecución española, el movimiento de la tormenta tropical acabó con los escasos recursos existentes para alimentar y proteger a la tropa.

A principios de julio de 1896, Maceo ordenó a Quintín Banderas que regresara a Las Villas, con la misión de reorganizar a los hombres y que los trajera de vuelta para reforzar el occidente.

El 14 de julio, la diezmada infantería oriental cruzó la trocha Mariel-Majana por los esteros del sur, fue perseguida con saña y duramente atacada. El día 22, al ser sorprendida en el campamento de Azcárate, le hicieron bajas sensibles, como la del médico Octavio Zubizarreta, entre otros.

Como se encontraban en el territorio donde operaban sus tropas, Castillo, al conocer del hecho el 25, encomienda que Asbert con un pequeño grupo saliera a recoger a los dispersos. Regresó más tarde con cuarentaitrés hombres, incluyendo al general Banderas, el cual se mantuvo varios días en el campamento, recuperando y organizando su tropa, hasta que escoltado por fuerzas de Castillo, llegó a la región matancera a mediados del mes de agosto.⁷⁷

⁷⁶ Tomado del sitio del Instituto de Meteorología: «Huracanes, Ciclones y Tormentas que han pasado sobre Cuba desde 1494».

⁷⁷ José Quintino Banderas Betancourt, Quintín, no regresó entre otras cosas por la muerte del mayor general Antonio Maceo, asentándose en Trinidad. Calixto García le ordenó formar una

El 9 de agosto, en las fincas Las Charcas y Cervantes, el Regimiento Castillo combatió durante tres horas contra una columna guiada por el teniente coronel Luis Abelda e integrada por el Batallón Almanza, el escuadrón del de Comercio y la guerrilla de San Nicolás. Fue herido en la cara el teniente Clemente Acosta, ayudante del general Castillo.

De nuevo, el 25 de agosto, en la finca La Mariana, cerca de Bejucal, volvieron a combatir contra la columna de Abelda.

Ese mismo día, parte del Regimiento Santiago de las Vegas, con Mario Díaz Marquetti al frente, en Montes del Carmen, cerca de Güines, lucharon contra una columna dirigida por Roger.

Los insurrectos, diezmados y casi sin municiones, prepararon una fuerte resistencia, aprovecharon las condiciones del terreno y el racional empleo de las balas. Esto, en cierta medida, desorientó al enemigo que indicó la formación en cuadro. El jefe mambí, antes que ellos se armaran, ordenó una carga por el centro de la tropa donde estaba la plana mayor, lo que causó la muerte del jefe español. La confusión creada, les permitió a los nuestros salir de la operación sin mayores contratiempos.

El 1.º de septiembre, en la finca La Mariana, el Regimiento Castillo luchó contra los escuadrones del Regimiento Villaviciosa y la columna de Zabalza, la que cometió varias fechorías en las casas de los campesinos, asesinando a inocentes. Dos días después, en

nueva tropa y marchar a occidente, lo cual cumplió en parte porque retornó a la zona espirituana, pero se negó a seguir hasta que se garantizaran los recursos que solicitaba, manteniéndose inactivo. Por esta razón, el General en Jefe Máximo Gómez lo destituyó y sometió al tribunal, por desobediencia e insubordinación. Tomado de Colectivo de Autores: *Diccionario Enciclopédico...*, Tomo 1, ob. cit., pp. 48-50.

El Volcán, tropas del Santiago de las Vegas se volvieron a enfrentar con los mismos.

Adolfo, retomó el mando el 9 de septiembre, pero la falta de municiones y pertrechos, lo obligó a no tener acciones directas, aunque se movieron de un lugar a otro, en continuas marchas y contramarchas, en un área muy limitada cruzada por caminos vigilados por fuertes en todas las colinas, que avisaban al cuartel general español de cada operación de los insurrectos.

El 13 de septiembre, fue atacado el fortín de Río Seco, en Güines, por miembros del Regimiento Santiago de las Vegas, dirigidos por el comandante José Cadalzo, pues buscaban abastecerse de municiones.

Con el pensamiento presente en incursionar en el interior de La Habana, Castillo planificó una arriesgada operación para penetrar en el barrio de Arroyo Naranjo,⁷⁸ cercano al fortificado pueblo de Calabazar, que contaba con una compañía de voluntarios, cuartel bien guarnecido y una sección del orden público. Además de las fuerzas locales, tenía organizados batallones de caballería para maniobrar en toda la provincia.

Con este fin, el día 15, veinticinco hombres dirigidos por el comandante José Cadalzo, penetraron en el caserío, con la intención de ocupar la farmacia, propiedad del peninsular Gómez y tomar los medicamentos imprescindibles para combatir la epidemia de paludismo que sufrían. Algunos insurrectos atacaron la guarnición local para distraer a los adversarios, mientras se cumplían de manera exitosa los objetivos propuestos.

⁷⁸Tomado del Diario del comandante José Cadalzo Cerecio, en Museo municipal de Arroyo Naranjo.

El 22 de septiembre, un escuadrón de Santiago de las Vegas atacó y macheteó la guerrilla de Calabazar. Solo cuatro jornadas después, al transitar por la finca Toledo Viejo, divisaron la guerrilla de Quivicán, subordinada al oficial Romero en labores de recoger forraje. Estos eran famosos por sus múltiples crímenes de insurrectos capturados heridos. A su vista se impartieron órdenes para el ataque.

La operación comenzó con un enérgico embate de Donato Delgado, que fue rechazado por el enemigo, que se organizó en cuadro de defensa. Entonces, entró en acción Dionisio Arencibia con sesenta mambises y la corneta tocó «a degüello». Tal ímpetu los llevó a la arremetida sobre el cuadro español; ninguno quedó con vida. Los cubanos solo tuvieron un muerto, el botín fue de treinta fusiles, municiones, caballos y equipos.

Con los pertrechos recibidos, el 5 de octubre, el Regimiento Castillo sostuvo un reñido desafío en la finca Poncea, dieciséis kilómetros al noroeste de Jaruco; resultaron heridos de gravedad el capitán Francisco Carrillo, ayudante de Castillo, y el teniente Abelardo Hidalgo, quien murió más tarde. Hubo algunas bajas y no pocas en la columna española, al mando del coronel Perol.

Al otro día en horas tempranas, seguido de cerca el Regimiento Castillo, se volvió a pelear contra la columna del coronel Perol en las fincas La Yagua, en la mañana; por la tarde, en La Mañana y, en Las Fuerras, al anochecer.

En La Coca, cerca de San Antonio de los Baños, el 13 de ese mes, las tropas del Regimiento Santiago de las Vegas, con su jefe, el coronel Juan Delgado y el estado mayor de Castillo, batallaron una vez más contra la misma columna.

Las fuerzas de la 2ª Brigada, por orden de Castillo, organizaron acciones de requisa de caballos, ganado vacuno, alimentos y armas en Naranjito, Loma del Mazo, la Víbora y Luyanó, para mantener la vitalidad, que producto de las leyes de la Reconcentración, estaban carentes de pertrechos de guerra.

Cumpliendo encargos del general Adolfo, el 14 de octubre 1896, las fuerzas de Ernesto Asbert y José Miguel Valle, se presentaron en el Tejar de Otero, en la Calzada de Güines, barriada de Luyanó, en el interior de La Habana, con el objetivo de recoger caballos y equipos. En el lugar tuvieron un corto intercambio de disparos con centinelas y voluntarios. La audaz misión fue cumplida y se considera la operación de las tropas insurrectas más próxima al núcleo urbano de la capital.

Chocaron otra vez, el 15, con la columna de Perol, en La Yagua. Como los españoles realizaron una persecución sin tregua, Castillo dividió sus escasos efectivos en dos columnas, una subordinada a él y otra a Asbert, para despistarlos y poder recuperar a sus hombres.

De nuevo, el 30 de octubre, el general Adolfo, con su osada intrepidez y una reducida tropa, detuvieron el tránsito de la Calzada de Managua, apostándose en la finca Las Guásimas, durante tres horas. Ocuparon carretas con mercancías y paralizaron el transporte de pasajeros, lo que afectó el «normal» desenvolvimiento de la capital, como proclamaba Weyler.

Fuerzas de Castillo colocaron una carga de dinamita, el 5 de noviembre, en un tramo del ferrocarril del Rincón, que causó graves daños en un puente, con interrupción de la circulación por varias jornadas.

EL AYACUCHO CUBANO: LA HISTORIA NUNCA CONTADA

La Batalla de Ayacucho, fue el último combate importante de las guerras de emancipación de América Latina. Se produjo el 9 de diciembre de 1824, cerca de la ciudad peruana del mismo nombre. Terminó con la victoria de los independentistas, a las órdenes del general Antonio José de Sucre, frente a las tropas enemigas comandadas por el último virrey de Perú, José De la Serna e Hinojosa.

Esta batalla marcó el final del dominio español en todo el continente sudamericano; aunque la presencia de las fuerzas realistas no cesó hasta enero de 1826.

La idea de una o varias acciones combativas, que debilitara el poderío y organización de las tropas coloniales, que provocara su capitulación y con esta, el fin del gobierno despótico y la dominación española, era parte del pensamiento estratégico militar de los caudillos invasores Máximo Gómez Báez y su lugarteniente Antonio Maceo; ambos estaban convencidos de que solo en las cercanías o dentro de la capital, eso era posible.

El Ejército Invasor se conformó en los potreros del fuerte Lázaro López, el 30 de noviembre de 1895; en el mismo sitio que durante la Guerra de los Diez Años, el 9 de septiembre de 1869, viera caer en combate al general Ángel del Castillo y herido de gravedad el capitán Antonio María, padre de Adolfo.

Luego de recibir la bandera de manos de los miembros del Consejo de Gobierno en Armas, el General Gómez le habló a la tropa recién formada y la convocó a llegar hasta los últimos confines de Occidente; y dijo que allí se daría el Ayacucho cubano.

Esta idea estratégica se transmitió a cada jefe y soldado mambí. El joven, Juan Bruno Zayas, propuso a la máxima jefatura en los días iniciales de la invasión a la provincia habanera, la posibilidad de incursionar en ella, provocar la caída del gobierno y con este el dominio español.

A Maceo la idea le resultó tentadora y quiso realizarla, pero desistió, ya que el deber le exigía cumplir el compromiso contraído con Martí, en la amarga conversación de La Mejorana, y llegar hasta los confines de Pinar del Río, para extender la guerra a todo el país.

En carta de Maceo a José Mayía Rodríguez, a propósito de su demora en incorporarse a la lucha en Occidente, le expresó:

[...] ya sé que Ud. como jefe digno y honrado, siempre ha cumplido como bueno [...] y ha hecho bien acatando el acuerdo del Consejo de Gobierno, de él será, ante la historia, la responsabilidad de ese hecho que nos ha privado de encaminar nuestros triunfos al Ayacucho cubano.⁷⁹

Asimismo, en otra misiva dirigida a Gómez, fechada el 22 de junio, le expresó: «[...] Espero la llegada del general José Ma. Rodríguez y fuerzas que pedí, para prepararle el Ayacucho cubano [...]».⁸⁰

Ante el llamado reiterado de Gómez, que solicitaba la presencia del Lugarteniente del Ejército Libertador en el centro de la Isla, para que su prestigio y ayuda pusiera fin a los desaciertos cometidos por los miembros del Consejo de Gobierno, Maceo planteó realizar el cruce de la trocha en el mes de junio; aunque para esto necesitaba municiones, las que debía recibir de una expedición que se le anunció en carta

⁷⁹ José Luciano Franco: Ob. cit., p. 226.

⁸⁰ *Ibidem*, p. 213.

del 26 de mayo, por el departamento de expediciones en Nueva York. Él tuvo la intención de pasar a la provincia habanera para llevar a cabo una gran acción en el mes de julio, lo cual quedó expresado por José Luciano Franco en su libro.

[...] La entrada a La Habana fue siempre el anhelo de nuestros caudillos. Este era uno de los proyectos, otros menos conocidos, por la falta de documentación precisa, pero que con fina y penetrante atención, más atando los extremos de marchas, contramarchas, conferencias con Aguirre y demás jefes de la División, oficios de Maceo, instrucciones verbales de Gómez, debe haber sido atraer toda la potencia militar española sobre la zona de Alquizar, Güira y Batabanó; concentrar allí grandes masas insurrectas y esperanzados los españoles en importante operación, Maceo caer sobre el punto más flojo de la trocha, quizás en formidable despliegue por La Habana y así asegurar la nueva campaña de esta provincia.

[...] al comandante Baldomero Acosta, le dice el 12 de julio: Cuídeme mucho mis caballos, los necesito gordos y descansados, pronto nos veremos. Procure que su caballería esté buena y bien parqueada. Ahora estoy abundante de elementos de guerra y explosivos. Los emplearé haciendo ruido y destruyendo cuantos castillos españoles encuentre a mi paso [...] ⁸¹

Una grave herida en el pie, obligó al general Maceo a permanecer inactivo en un hospital de campaña, durante los meses de julio y agosto de 1896.

⁸¹ *Ibidem*, pp. 231 y 233.

[...] Si la conjura, con sus tortuosas maniobras, impedía la culminación de la obra invasora en el Ayacucho cubano, conformándose su destino de batallador sin grandes resultados, reanudaría Maceo en la misma comarca, donde no hay un palmo de tierra que no esté bañado con sangre cubana y española, la desigual batalla por la libertad [...] ⁸²

En noviembre de 1896, Maceo está listo para dirigirse al encuentro de Gómez, pero la noticia de una gran campaña en Pinar del Río, dirigida por el propio Capitán General, retrasó otra vez el cruce de la trocha.

Las fuerzas insurrectas tenían menos de seiscientos hombres. El ejército español preparó una fuerte ofensiva, pues dispuso de diez mil soldados en composición de dieciocho batallones de infantería; un regimiento de caballería; las guerrillas de Mariel, Cabañas, Bahía Honda y Artemisa; una brigada de artillería; numerosas fuerzas auxiliares de telégrafos, transporte, ingenieros, sanidad, y unos trescientos bomberos de La Habana.

El plan de ataque consistía en la acción convergente de cuatro columnas actuando en estrecha combinación, al mando de sus más encumbrados generales, atacando a las fuerzas mambisas en la Sierra del Rosario, por los cuatro puntos cardinales.

Maceo aplicó acertadamente los principios de la guerra irregular, emprendió constantes maniobras para distraer al adversario; entre otras, formó pequeños grupos móviles que hostilizaban a las columnas durante las marchas y en sus campamentos nocturnos; preparó emboscadas avanzadas bien atrincheradas,

⁸² *Ibidem*, p. 226.

que operaban de contención y hostigamiento en los lugares angostos de paso obligado.

La ofensiva militar española fue contenida y derrotada por el genio militar del Titán de Bronce, costándoles más de cuatrocientas bajas, sin contar las sufridas por enfermedad. Los cubanos tuvieron solo cincuentaiséis. Esta victoria elevó la disciplina militar y moral combativa del Ejército Libertador, impidiendo con ello el deseo del gobierno colonial de pacificar y estabilizar la producción en esta rica región. Bien cerca estuvieron de apresar al mismo Capitán General, que ante el fracaso, entregó el mando al jefe de la trocha y raudo regresó a la capital, donde era más seguro para su «excelentísima» persona.

A pesar de las victorias de las aguerridas tropas de Maceo, un halo de preocupación rodeaba sus pensamientos. Las informaciones provenientes del centro y oriente de la Isla, las fuerzas mambisas colocadas a la defensiva y las desavenencias del general Gómez con los miembros del Consejo de Gobierno, por la actitud arribista de algunos de sus miembros que, expresándose como el poder supremo de la República en el cual depositara su confianza el pueblo, pretendían ponerse por encima del mando militar y boicotear toda acción u orden, impartida por el General en Jefe.

Estos desacuerdos no solo estaban dirigidos contra Gómez. Los hermanos Antonio y José Maceo no contaban con la aprobación, ni eran bien vistos, por el presidente Salvador Cisneros Betancourt y por los integrantes de su ejecutivo.

Maceo, desde su perspectiva, se dio cuenta de la necesidad de crear condiciones políticas, en medio de la guerra, que preparara y encaminara a un futuro venturoso y tranquilo, despojando a los gobernantes posteriores de todos sus defectos políticos y sociales

que afectaran al pueblo, para lo cual confiaba en la rectitud del general Manuel Sanguily Garrite, a quien le expresó la importancia de su presencia en Cuba, con vistas a las próximas elecciones.

Durante el desarrollo de la sesión del Consejo de Gobierno, celebrado el 19 de noviembre de 1896, frente a la aptitud firme de Gómez de no revocar sus órdenes, el consejo acordó hacerse cargo de la dirección de las operaciones militares, por lo cual estipuló que las fuerzas armadas quedaban bajo el mando de los jefes de brigadas; ratificaron a Calixto García como jefe del departamento oriental.

Se planteó que ambos departamentos se unieran subordinados a un mayor general nombrado por el Consejo de Gobierno. De esta manera se negaba el derecho legal del lugarteniente a reemplazar al General en Jefe. Por igual, concluyeron que en el departamento de occidente, hasta ese momento al mando de Maceo, la dirección de las operaciones estaría en los Cuerpos de Ejército de modo independiente, los que darían cuenta solo al secretario de la guerra.

En la sesión del 21 de noviembre, solo se trató sobre la carta enviada por Gómez presentando su renuncia y su intención de marchar al occidente para hacer entrega del mando a Maceo, como estaba dispuesto en la Constitución.

Los miembros del consejo le temían al mulato y sabían que ambos jefes juntos eran un peligro latente, por lo cual retuvieron a Gómez en la región de Camagüey, convocándolo para otra reunión el 12 de diciembre, en la que no se trató nada referente a la renuncia.

Todas estas situaciones que ponían en serio peligro el futuro desarrollo y conclusión de la guerra y la Revolución, frustrando los sueños del Apóstol José

Martí, impusieron al general Maceo la necesidad de salir del territorio pinareño al encuentro de Máximo Gómez.

En el texto de José Luciano Franco, se expresa:

[...] Desde el Cuartel General en el “Brujo”, 6 de noviembre, dictó Maceo las medidas que estimó conveniente para asegurar su paso hacia el este. Con el fin de evitar trastornos prohibió terminantemente cruzar la línea militar sin orden previa. Así lo hizo saber al tte. Carlos Soto, al gen. José M. Aguirre y cor. Adolfo del Castillo y José M. Cuervo, les ordenó prepararse para el día 13 de noviembre, con todas las fuerzas reunidas en un lugar determinado, que debían dar a conocer al tte. cor. Baldomero Acosta; a los cor. Ricardo Sartorio y Silverio Sánchez Figueras, en oficios que contienen idénticas instrucciones: Marche inmediatamente sobre la zona de operaciones del tte. cor. Acosta, con toda la fuerza de su mando, donde protegerá el paso de las familias que se dirigen a Las Villas, hasta dejarlas en poder de la Brigada de Castillo. Todo esto debe hacerse el día 11 o 12 del corriente sin falta alguna, pues podrían sufrir trastornos en su marcha las mencionadas familias [...] al tte. cor. Acosta y com. Tomás González, depositarios del secreto plan, estaban avisados de antemano de que la familia era Maceo y un grupo de sus oficiales, igualmente les dice: Para el 11 del corriente tendrá usted doce caballos preparados en un punto conveniente para las familias que han de pasar a esa. Con toda reserva del caso y precaución necesaria procederá usted en este asunto [...]. Además tenga

toda su fuerza lista para que las escolte hasta dejarla en las de los coroneles Castillo o Sánchez. Si fuera necesario utilizar en beneficio de las referidas familias mis caballos, hágalo con todos, pues urge que vayan bien montados [...]»⁸³

El general Maceo decidió realizar una concentración de tropas con el objetivo de propinar golpes de mayor magnitud al enemigo, que a su vez permitirían el cruce franco por la trocha Mariel-Majana, reforzada con numerosas fuerzas y artillería, que la hicieron cada vez más inaccesible. Para ello, envió avisos a los principales jefes del occidente, y a su enlace con la Junta de La Habana, Perfecto Lacoste.

La nota de Maceo, expresaba:

[...] Al gen. José María Aguirre, Jefe de la División Habana. No habiéndose podido llevar a cabo la concentración que ordené a Ud. en comunicación fecha 6 del corriente, la efectuaré el próximo día 29 sin falta alguna, escogiendo un lugar a propósito en la zona donde opera el cor. Castillo, con esta fecha doy instrucción a dicho jefe y al cor. Cuervo para que acudan al sitio asignado, de manera que, en caso de presentarse el enemigo, puedan batirlo con éxito completo. San Felipe, 15 de noviembre de 1896, Antonio Maceo [...]»⁸⁴

Castillo, consultado por Aguirre acerca del lugar que debía escoger para efectuar la concentración, en carta de respuesta con fecha 26 de noviembre, expuso: «[...] Cumpliendo lo dispuesto [...] estimo

⁸³ *Ibidem*, p. 330.

⁸⁴ Daniel Martínez Quintanal: «Tres Sonados Combates», Edición digital *El habanero*, La Habana, 2006.

oportuno como lugar a propósito y estratégico la finca El Vigía del término Guara, donde estaré situado el citado día 29, y espero su concurrencia antes dichos [...] ⁸⁵

En esta concentración de tropas participaron las fuerzas del estado mayor y escolta de la 2ª División al mando de Aguirre y de la 2ª Brigada de Castillo, el Regimiento Castillo con Jacinto Hernández; Clemente Fernández, Pitirre, y Luis Delgado con el Escuadrón de Caballería San Nicolás; Francisco Rodríguez con un escuadrón de caballería, en la zona de San José de las Lajas; todos se dispusieron en el campamento La Julia, el 27 de noviembre de 1896.

Al general Aguirre lo acompañaron, además, el comandante Isidro Báez, Valencia, y el capitán Ballagas, al frente de los escuadrones del Regimiento Jaruco, de la 1ª Brigada.

Castillo y Aguirre conferenciaron con los jefes de las distintas tropas acampadas en el potrero El Chimborazo, al oeste de Güines, sobre las acciones a desarrollar para llamar la atención de los españoles en otras direcciones y permitir el cruce de Maceo por la trocha.

Juan Delgado arribó al campamento con treinta jinetes. Aguirre le ordenó que regresara a las cercanías de la trocha con el Regimiento Santiago de las Vegas, pues tenía la misión de auxiliar a las fuerzas de Maceo a su paso, las que esperó los días entre el 1.º y 15 de diciembre, para escoltarlas hasta la zona de la 2ª Brigada.

En las instrucciones se previó que no contramarcharan por los mismos lugares, que evitaran los en-

⁸⁵ José M. Pérez Cabrera: *José María Aguirre*, Imprenta El Siglo XX, La Habana, 1943, p. 41.

cuentros con el enemigo, con el objetivo de no llamar la atención y debilitarse; también, llevó otras disposiciones secretas, solo conocidas por los generales y Maceo.

Las tropas de Castillo, como estaba previsto, se agruparon el 29 de noviembre, hicieron campamento en la finca Ceballos, loma La Vigía, al oeste de Güines, para esperar al general Aguirre que, según lo previsto, ya demoraba.

Al otro día temprano, avanzó hacia el sitio una columna al mando del coronel Figueroa, integrada por el Regimiento Pizarro, tres escuadrones del Batallón Canarias y el de Cazadores Las Navas, el más numeroso y fortalecido de los españoles en La Habana.

Los regimientos enemigos contaban con cuatro escuadrones de cien hombres cada uno; el Regimiento Pizarro tenía diez mil hombres, con las tres armas: artillería, infantería y caballería. Sus jinetes montaban en caballos mexicanos de siete cuartas de alzada, muy superiores al «percherón» que tenían los campesinos y mambises. Sus soldados se encontraban equipados con largos sables, una vez y medio el tamaño de los machetes tradicionales empleados por los cubanos. Su infantería poseía rifles Máuser de repetición y cartuchos de pólvora negra, todo una novedad en la técnica militar de ese tiempo, además, de la larga bayoneta, muy eficaz para la defensa en las trincheras.

La vanguardia del Regimiento Castillo fue sorprendida por el ataque. El general Adolfo con su escolta partió primero que nadie al encuentro con el adversario. Rápidamente, cuarentaicinco españoles regaron el suelo que mancillaron con su bota colonialista, incluyendo al capitán Manuel Pérez,

jefe del Batallón Las Navas que luchó personalmente contra Castillo.

Sin percatarse del desastre, la columna española continuó el avance. Al llegar al lugar fueron atacados por tres flancos: el de los hombres comandados por Castillo, los de Jacinto Hernández Vargas y los de Francisco Rodríguez. La intensidad del combate fue tal, que obligó a los peninsulares a retroceder hasta San José de las Lajas.

El fracaso fue aplastante, la reacción del coronel Figueroa fue ahorcar a un pardo inocente y mandó a dar candela a todas las casas cerca del lugar de la pelea. Ya en San José de las Lajas, mientras se lamentaba de haber sido derrotado por primera vez en sesentaitrés combates, se entregó a todo tipo de atropellos, hirió de machete al alcalde de barrio, dio muerte a un bombero y ultrajó al comandante militar, teniente Francisco Rosas; solo pudo controlarlo Guillermo Tort, que llegaba en su auxilio.

En Montes de Oca, cerca de Bauta, el 4 de diciembre, el Regimiento Santiago de las Vegas, de Juan Delgado y del coronel Silverio Sánchez Figueras, con la 3ª Brigada, fueron sorprendidos por la columna del coronel Cirujeda, integrada por el Batallón San Quintín no. 7 y la guerrilla de Peral.

Al inicio hubo dispersión entre los mambises, luego se reagruparon poco a poco. Juan Delgado fue el más destacado, poniendo orden a plan de machete. La pelea se extendió hasta la zona de Baracoa y Banes, con predominio de la lucha cuerpo a cuerpo. La acción duró varias horas, tras las cuales los cubanos tuvieron que retirarse en distintas direcciones, con numerosas bajas y un gran gasto de parque. Los resultados negativos de esta acción, influirían de manera directa en el futuro inmediato.

Aguirre y Castillo recibieron la noticia de la llegada de Maceo a La Habana a través de un mensaje de Sánchez Figuerola, y ambos manifestaron su entusiasmo por saludarlo.

El día 6, se emprendió la marcha hacia la zona del Volcán. En horas de la tarde llegaron al campamento de Rodolfo Bergés, con un escuadrón del Regimiento Santiago de las Vegas, el cual tenía la misión de retirarse de la cercanía de la trocha con las bajas e impedimenta del combate de Montes de Oca. Los dos generales preguntaron si se sabía de la ubicación del Lugarteniente General, y recibieron un no por respuesta.

De inmediato, Bergés recibió un oficio que le enviaba su jefe del regimiento, por intermedio de Pedro Delgado Carcache, donde le ordenó situarse en la carretera de Santiago de las Vegas a Boyeros, y comunicó que Maceo se encontraba con el delegado Perfecto Lacoste, así como su futuro recorrido, pasando por el campamento de San Pedro.

El general Aguirre lamentó no poder dirigirse a su encuentro, para no conducir una columna española que andaba por los alrededores siguiéndole los pasos; por lo que continuaron la jornada, establecieron el acuartelamiento en las ruinas del ingenio El Volcán, y allí esperaron la llegada del alto jefe del Ejército Libertador.

Para realizar sus planes el general Maceo cruzó la trocha por mar, en la noche del 4 de diciembre, embarcándose en el bote de tres patriotas que de forma regular hacían el recorrido llevando correos. Como el mar estaba revuelto, tuvieron que variar el rumbo y navegar cerca de la costa, lo que intensificó el peligro de ser sorprendidos.

Sobre los que acompañaron al mayor general Antonio y de lo que hicieron ese día, Manuel Piedra Martel, dejó escrito:

[...] acompañan al General Maceo, el general Miró, J'EM, el general Pedro Díaz, los ayudantes de Maceo, coroneles Alberto Nodarse y Charles Gordón, el médico Máximo Zertucha, los tte. Cor. Alfredo Jústiz y Manuel Piedra, capitanes Nicolás Souvanell, Ramón Peñalver y Ramón Ahumada, los tenientes Francisco (Panchito) Gómez Toro y José Urbina; así como, los asistentes Benito Echavarría, Ricardo Echavarría, Juan Pérez, José Delgado y Andrés Cuervo, caminaron de noche y a las 9 de la mañana del día 5 acamparon [...], el general va enfermo y fatigado [...] a las doce de la noche llegaron Ricardo Sartorio y Baldomero Acosta, que tenían la misión de facilitarle caballos al general, Baldomero salió en su búsqueda [...] el día 6 por la tarde, como no han llegado los caballos, salimos a pie [...] por el camino nos alcanza Baldomero [...] llegamos al ingenio "El Garro", a las tres de la tarde, propiedad de Perfecto Lacoste [...]

El general Maceo, luego de haber sostenido con el señor Lacoste una prolongada conversación, se dedica a dictar su correspondencia, en unas 6 horas [...] de Baracoa salimos a las 2 de la madrugada [...]⁸⁶

Durante la estancia en el ingenio el Garro, Maceo y Perfecto Lacoste hablaron sobre la situación política de la capital; el estado favorable de la opinión pública; la bancarrota económico-moral del régimen

⁸⁶ Manuel Piedra Martel: *Mis primeros 30 años*, Editorial de Ciencias Sociales, Ciudad de La Habana, 2001, pp. 399-405.

colonial; el descrédito de Weyler; y sobre las personalidades de los partidos legales que se habían adherido al movimiento revolucionario clandestino.

Luciano Franco, expuso:

[...] Lacoste hizo el análisis exacto completo del estado de la opinión pública en todo el país favorable a la Revolución, dio informes reservados de personalidades pertenecientes a los partidos legales, que se habían adherido al movimiento revolucionario. Inclusive existían grupos numerosos de comprometidos en los cuerpos de bomberos y en los batallones de voluntarios, dispuestos a cooperar con Maceo si este atacaba La Habana o sus barrios extremos, en una sublevación simultánea que sería el golpe de gracia a la tambaleante tiranía de Weyler [...] opinaba Lacoste que la presencia de Maceo en la provincia y el ataque de las fuerzas cubanas a una población cercana a la ciudad de La Habana donde el pueblo viera y aclamara al líder glorioso, por breve que fuera su momento [...] determinaría la caída de Weyler como consecuencia lógica e inmediata, Maceo acogió la idea con calor, en la noche del 7 de diciembre atacaría Marianao [...] Lacoste y señora embarcarían en una goleta para anticipar en la propia capital la noticia del cruce de Maceo de la trocha, casi al mismo tiempo que se produjera el asalto a Marianao [...] ⁸⁷

Antonio Maceo necesitaba dar un golpe demoleedor que reforzara su prestigio militar y político, para acabar junto al general Gómez con los desaciertos y, tal vez, con los hombres del gobierno que habían torcido el mandato para el que fueron electos.

⁸⁷ José Luciano Franco: Ob. cit., p. 355.

Su mente llevaba mucho tiempo planeando ese golpe al sistema colonial, del que la capital era parte esencial, pues se consideraba que llegado el momento, se realizaría el Ayacucho cubano.

Alrededor de las nueve de la mañana del 7 de diciembre, el Lugarteniente General y su estado mayor, acompañados por un escuadrón del Regimiento Goicuría, con Ricardo Sartorio y Baldomero Acosta, llegaron al campamento.

Las fuerzas reunidas en San Pedro pertenecían, una parte, a la 3ª Brigada al mando del coronel Silverio Sánchez; cien hombres del Regimiento Goicuría, de Baldomero Acosta; de la 2ª Brigada, el Regimiento Santiago de las Vegas, con ciento ochenta integrantes, dirigido por Juan Delgado; de la 4ª Brigada, el general Ricardo Sartorio, con el Regimiento Calixto García, integrado por ciento veinte insurrectos, subordinados a Alberto Rodríguez Acosta y el Regimiento de infantería Tiradores de Maceo, con ochenta hombres de Isidro Acea. Se sumaba una sección de las tropas de Pinar del Río, al mando del capitán Tomás González. La escolta del cuartel general era regida por el comandante Juan Manuel Sánchez, jefe del 2º Escuadrón del Calixto García, con treinta individuos; en total, eran cuatrocientos cincuenta mambises, aunque solo unos trescientos estaban más o menos bien equipados.

Maceo estaba enfermo, pero al entrar al campamento, en medio de los vítores de los allí reunidos, se despojó de la capa en la que venía envuelto, para dar el frente a sus compañeros. Según Fernando Inclán en *Historia de Marianao*, de inmediato revisó las tropas que, en formación lo aguardaban, y complacido expresó: «Con esas fuerzas se puede ir al cielo».

Después se retiró a descansar a su tienda de campaña, hasta donde le llegó para su conocimiento, que

algunos oficiales no estaban en buena armonía con Silverio Sánchez Figueras, jefe de la brigada ni con Ricardo Sartorio Leal. Juan Delgado quería operar solo, y por su parte, Alberto Rodríguez no deseaba reconocerlo como su superior en ningún terreno, algo parecido sucedía con Baldomero Acosta.

A Maceo le preocupaba sobremanera la falta de unidad, sentía la obligación de establecer contacto con Aguirre, su compañero desde la Guerra Grande y como este no pudo presentarse, suspendió la solución final de estos problemas hasta que se reuniera con él.

Llamó a su presencia al jefe de estado mayor, el general Miró Argenter, y le ordenó que tuvieran todo preparado para dar esa noche un «escándalo» en Marianao. Reclamó el servicio del jefe del día, capitán Andrés Hernández Aguirre, que por ser oriundo de esa localidad, conocía bien la situación de los fortines y puestos avanzados con que contaba el enemigo en este pueblo. Hernández, le entregó un croquis elaborado por él mismo, en el que aparecían detalladas las defensas que los españoles, en previsión de un posible ataque insurrecto, habían levantado en torno a la localidad.

El plan de ataque a La Habana se realizaría en dos etapas; primero, entrarían al barrio de Marianao, donde armarían un buen desorden, y se haría de la siguiente forma:

Acosta, designado Jefe de la Vanguardia, junto a Isidro Acea y Emilio Collazo, entrarían por la playa; Juan Delgado, Alberto Rodríguez y Andrés Hernández atacarían por el barrio de Los Pocitos y Maceo marcharía con el resto por La Lisa, lugar que ofrecía mayor peligro, le dicen respecto del peligro que para su preciada vida significaba

la arriesgada empresa, a lo que éste manifestó: “A mí siempre me gusta ocupar el lugar de mayor dificultad” [...] ⁸⁸

Como segunda parte del plan, cien jinetes acompañarían a Maceo —aunque no está expresado de modo tácito que fueran las tropas de Juan Delgado las seleccionadas para acompañarlo en la incursión a la capital— partirían a todo galope y dando gritos de ¡Viva Cuba Libre! y ¡Viva Maceo!, a través del barrio Los Quemados, por el camino de Vuelta Abajo. Cruzarían el Almendares por la Calzada de Puentes Grandes, tomando por la Calzada del Cerro hasta la esquina de Tejas, donde se encaminarían rumbo sur por la Calzada de Jesús del Monte y saldrían a las áreas de cultivo, cabalgando por último, a lo largo de la Calzada de Managua en dirección a El Volcán.

Como es de suponer, tras esa cabalgata desenfrenada por los barrios periféricos de La Habana, las numerosas fuerzas españolas que defendían la capital los perseguirían.

Por su parte, los hombres del estado mayor de la 2ª División de La Habana, subordinados a Aguirre, junto con los de la 2ª Brigada al mando de Adolfo del Castillo, esperarían emboscados entre los poblados del Calvario y Managua a las tropas enemigas que perseguían a los valientes que acompañaban a Maceo, listos para hacer sonar el machete.

Al mismo tiempo, y como resultado de conocerse el paso del Lugarteniente General por estos barrios, instados por la Junta Patriótica, se produciría el levantamiento de los obreros y de otros sectores populares, incluidos los voluntarios, bomberos y policías

⁸⁸ Fernando Inclán Lavastida: *Historia de Marianao*, Editorial El Sol, 2da. edición, Marianao, 1952, p. 111.

que trabajaban para el PRC, también se contó con la incorporación de los autonomistas.

Como el gobierno español al movilizar numerosas fuerzas en la persecución, dejaría debilitada la protección en la urbe, esta sublevación sería el golpe final de su dominio, y así propiciaría el Ayacucho cubano.

En *Antonio Maceo, apuntes para una historia*, Luciano Franco, expresó:

[...] El gen. Maceo suspendió la resolución final de los problemas organizativos hasta que se reuniera con Aguirre, a quien reiteró la orden de que se pusiera en marcha; orden que no pudo cumplir por encontrarse combatiendo. Como el plan era atacar aquella misma noche al pueblo de Marianao, Maceo se puso a estudiar el plano de la población, que le facilitó Hernández, ordenó a Juan Delgado que enviara patrullas de exploración sobre el enemigo, que lo hostilizará y lo trajera al campo de San Pedro, pues quería ver como andaba el machete en aquellas alturas ¡Quiero ver cómo dan ustedes machete para yo expedir los diplomas! [...] ⁸⁹

El 7 de diciembre de 1896, estaba planificado para que en horas de la noche se diera gloria a las armas mambisas, con la realización del Ayacucho cubano. Por azahares del destino, se convirtió en un día infausto para los hijos de la Isla, por la caída de uno de sus más ilustres jefes.

Al atardecer, junto a una cerca de alambres en San Pedro, terminó la vida de quien pudo cambiar la historia patria, el mayor general y lugarteniente general Antonio Maceo Grajales, junto a su ayudante el capitán Francisco Gómez Toro, Panchito,

⁸⁹ José Luciano Franco: Ob. cit., p. 360.

quien era hijo del General en Jefe, Máximo Gómez Báez.

El combate se desarrolló en las fincas Montiel y Bobadilla, a siete kilómetros al suroeste de Punta Brava, cerca de Bauta. Acompañaban al Lugarteniente General, los regimientos Santiago de las Vegas, Goicuría, Calixto García y Tiradores de Maceo, con sus respectivos jefes. Estos se enfrentaron a una columna compuesta por las compañías 4^a, 7^a y 8^a del Batallón San Quintín no. 7, y a la vanguardia de las guerrillas de Peral y Punta Brava, todos comandados por el coronel Francisco Cirujeda.

A Juan Delgado y oficiales del Regimiento Santiago de las Vegas, cabe el honor de salvar la honra y dignidad mambisa, cuando rescataron los cadáveres del general y su ayudante.

En la patriótica arenga de Delgado, recogida en el diario de José Cadalso, se expresa:

[...] Sería una vergüenza para las fuerzas cubanas que los españoles se llevaran el cadáver de Maceo, sin hacer nada para rescatarlo, [prefería] la muerte antes que Máximo Gómez supiera que estando él allí, los españoles se habían llevado el cadáver del general y terminaba con esta frase: “El que sea cubano y tenga valor, que me siga [...]”. Le siguieron dieciocho combatientes, entre los cuales estaban Dionisio Arencibia, Rodolfo Bergés, José Cadalso, Ramón Delgado, José M. Hernández, Ignacio Castro, José María Herrera, los soldados Esteban Carmona y Herculano Rodas.

[...] José M. Hernández fue quien encontró los cadáveres [...] profanados por los guerrilleros, al general lo despojaron de sus ropas y a su ayudante lo machetearon al encontrarlo moribundo [...]

trasladando los restos mortales hasta el Pozo de Lombillo [...] donde se velaron hasta pasada las 9 de la noche [...] trasladándolos luego amparados en la oscuridad de la noche [...]»⁹⁰

Juan Delgado llevó los cuerpos a la finca de su tío Pedro Pérez, en el Cacahual, donde fueron inhumados y, bajo palabra, se mantuvo el secreto hasta finalizar la guerra.

Lejos de donde sucedió lo inesperado y jamás deseado por los independentistas, las tropas de Aguirre y Castillo, ese mismo 7 de diciembre, fueron atacadas en El Volcán por una formación enemiga compuesta por más de tres mil quinientos hombres y varias piezas de artillería, subordinados al coronel Guillermo Tort, con el Batallón Barbastro, el de Caballería Numancia y la guerrilla de Güines; y el coronel Figueroa, con los regimientos de caballería Pizarro y de infantería Las Navas. Numerosas bajas sufrieron los mambises, entre otros, el sargento Amado Arce, ayudante de Castillo, que herido de gravedad, murió al día siguiente.

Al respecto, José Manuel Pérez Cabrera, dejó plasmado:

[...] Las fuerzas cubanas cargan con furia desmedida; sobre un grabado del combate, elaborado por su ayudante el comandante Armando García Menocal, el Pintor de la Revolución, escribía el General Adolfo: “Este cuadro representa una escena del combate sostenido por el malogrado General José María Aguirre el 7 de diciembre de 1896, en las fincas “Morales”, “Volcán”, “Babinney”, “El Plátano” y “Nazareno”, contra 3500 enemigos de las tres armas. Después de 11 horas de ruda

⁹⁰ Manuel Piedra Martel: Ob. cit., pp. 413-416.

refriega, tras de una formidable carga de 500 jinetes y luego de disparar 62 botes de metralla, rechazamos a los contrarios que se retiraron sumando numerosas bajas, entre estas la muerte del tte cor. Aguayo, Jefe del Reg. “Las Navas” [...]»⁹¹

La gran concentración de fuerzas mambisas, aperrechadas y preparadas para desarrollar el importante combate en horas de la noche, se desplegaron y lucharon con tenacidad contra el enorme poderío enemigo que se les fue encima.

Luego, las tropas de Aguirre y Castillo, acamparon en Loma del Hambre, al surdeste de Managua y hasta allí llegó la terrible noticia sobre la muerte de Maceo, en voz de los propios participantes: «[...] la pequeña comitiva integrada por Miró Argenter, Pedro Díaz, el Dr. Zertucha, Piedra Martel, Nicolás Souvanell, José Urbina y los tres asistentes, llegan al campamento de Aguirre en Loma del Hambre [...]».⁹²

Al morir el lugarteniente general del Ejército Libertador y mayor general Antonio Maceo Grajales, Cuba perdía a un jefe militar, a un guerrero extraordinario, y a un líder de pensamiento revolucionario antimperialista, latinoamericanista y, aunque el término internacionalista es más actual, también le corresponde, ya que ofreció su espada a varios países de América para contribuir a su liberación. Con su desaparición física, la Guerra de Independencia llegó al cenit y comenzó a declinar el ímpetu de la lucha.

El Ayacucho cubano para su desarrollo necesitaba un guía audaz y su proyecto quedó dormido hasta enero de 1959.

⁹¹ José Manuel Pérez Cabrera: Ob. cit., p. 43.

⁹² Manuel Piedra Martel: Ob. cit., p. 420.

Nuestras tropas, luego de los sucesos de Punta Brava, cayeron en la depresión, muchos dirigentes partieron hacia Oriente, pero Adolfo trató por todos los medios de revivir los ánimos combativos. Es así como el 16 de diciembre, un escuadrón del Regimiento Santiago de las Vegas atacó y destruyó a la guerrilla de Managua.

Mientras una parte del Regimiento Castillo combatía el 30 de diciembre de 1896 contra una columna en la finca Los Guerra, en San Antonio de las Vegas, otra parte a las órdenes directas de Castillo peleaba en la finca Cayo Mi Rosa, Quivicán, donde resultó herido en un pie.

Ese día falleció, víctima de una pulmonía, el general Aguirre.

Capítulo IV

LA GUERRA DE

INDEPENDENCIA

CONTINÚA

La situación para las fuerzas del 5° y el 6° cuerpos del Ejército Libertador, que abarcaron las provincias de Pinar del Río, La Habana y Matanzas, se tornó cada vez más difícil.

El occidente era la comarca menos propicia para sostener una guerra de guerrillas contra unos ochenta y ocho batallones españoles. Se mantuvieron luchando algo más de veintiún mil mambises, de los cuales solo unos doce mil estaban armados.

La alta concentración de efectivos y medios del adversario; la lamentable pérdida de Antonio Maceo; la retirada de jefes y hombres hacia el centro y oriente del territorio nacional; la carencia de materiales y recursos bélicos para librar tan desigual contienda, ya que la mayor parte de las expediciones llegadas desde el extranjero, arribaban y se quedaban en la zona oriental, como resultado de las erradas medidas del gobierno de la República fueron, entre otros, algunos de los hechos que permearon la lucha.

Después de la muerte de José Martí en Dos Ríos, el 19 de mayo de 1895 la estrategia combativa del ejército enemigo se concentró en tratar de eliminar a las figuras de Gómez y Maceo. Tras la muerte del Titán, el mando español declaró la pacificación del occidente y quedó Gómez como centro principal de la atención.

El Generalísimo decidió organizar la prolongada campaña defensiva en territorio espiritano. El plan

estratégico contaba con pocos elementos, tales como: mantenerse en un reducido teatro de operaciones de ocho a diez leguas cuadradas, irrigadas por dos caudalosos ríos, en una planicie de grandes praderas, que formaban horizonte y eran excelente pasto para los caballos; aguadas naturales; intermitentes bosques espesos; todo muy a propósito para abrigar a las fuerzas y preparar emboscadas de infantería. Gómez formó con sumo cuidado su caballería, organizó civilmente la comarca e impuso la obligación de sembrar labranzas. En especial, amenazaba con una supuesta nueva invasión a La Habana.

En desigual pelea se enfrentaron unos cuatro mil mambises mal armados y pocos amunicionados, contra cuarenta mil soldados bien equipados, dirigidos por el mismo Weyler, a partir del combate de Santa Teresa el 2 de enero de 1897 hasta el inicio de la intervención estadounidense, en abril de 1898.

Las tropas bajo el mando directo de Gómez en la Campaña de la Reforma, sostuvieron cuarentaiún encuentros, tiroteos y escaramuzas. En tan solo quince sufrieron bajas: veintiocho muertos y ochenta heridos.

Durante ese mismo período, el ejército español, sin contar las bajas en acciones combativas, perdieron veinticinco mil soldados, entre muertos o repatriados por «inútiles».

El general Bernabé Boza, en su libro *Mi diario de guerra*, ante la muerte de uno de los jefes del Ejército Libertador, anunció: «[...] 20 de enero- Llegó una comisión de La Habana con el parte oficial de la muerte del general José María Aguirre. El general

en jefe ordenó que se guardaran tres días de luto al ilustre jefe». ⁹³

Ese día fue nombrado como jefe de la 2ª División, del 5º Cuerpo de La Habana, el general Alejandro Rodríguez Velazco, quien el 3 de febrero partió desde Cienfuegos, para asumir dicha responsabilidad.

El general Rodríguez era espirituario como Adolfo, luchó en la Guerra Grande a las órdenes de Honorato del Castillo, y en los inicios de la contienda del 95, a las órdenes de Serafín Sánchez (fallecido en noviembre de 1896, en el Paso de Las Damas).

Luego de una reunión con Rafael de Cárdenas, los hermanos Collazo, Baldomero Acosta, Juan Delgado y otros jefes habaneros, el 14 de enero se acordó que, Adolfo del Castillo, asumiera de forma provisional el cargo de jefe de la 2ª División de La Habana, sustituyendo al fallecido general Aguirre; desempeñándose en esta tarea hasta el mes de marzo, cuando se incorporó el general Alejandro Rodríguez.

En *Adolfo del Castillo, en la Guerra y en la Paz*, de Gerardo Castellanos, quedó escrito:

[...] Desde el 14 de enero, me hice cargo del mando accidental de la provincia. El año pasado, en sus últimos meses, ha sido aciago para nosotros. El actual no será más fácil sin duda [...] pero te aseguró que Cuba no puede seguir, por mucho, bajo la soberanía española. Con frecuencia mantengo comunicaciones con personas importantes y todas están conformes en que Cuba libre es un hecho [...]⁹⁴

⁹³ Bernabé Boza: Ob. cit., p. 298.

⁹⁴ Gerardo Castellanos: Ob. cit., p. 91.

Alejandro Rodríguez sentía gran cariño y admiración por Adolfo, al que se refería como «mi paisanito Castillo». Entre ambos surgió y se fomentó una profunda y permanente amistad. El general Alejandro mantuvo la doble jefatura, o sea, la de la División Habana y el 5° Cuerpo, hasta la llegada a territorio habanero del general Mayía Rodríguez, en julio de 1897.

Mayía asumió como jefe de Departamento, y Alejandro siguió con doble jefatura. Es por todo lo anterior que se propone a Castillo al mando de la división.

PÁGINAS DE GLORIA DE LA BRIGADA DEL CENTRO

El nombre de Castillo era mencionado en los círculos cubanos y españoles, la fama de su valor y habilidad en la lucha se expandió por todas partes.

Los primeros días de 1897, los pasó recuperándose de las heridas sufridas en el combate de Cayo Mi Rosa. Casi repuesto, reinició las acciones el 29 de enero en Montes de Bayamo, a seis kilómetros al sur de San José de las Lajas. Lo acompañaron Andrés Hernández y un escuadrón de su regimiento. Pelearon contra una columna dirigida por el coronel Zabalza, del Regimiento Villaviciosa y guerrilla.

Recibieron al enemigo con discretas descargas de fusilería, por carecer de municiones y, cuando los españoles prepararon el cuadro de defensa, el general ordenó «toque a degüello». Se cargó en dos direcciones. Las arremetidas de los cubanos fueron tan certeras y efectivas, que el contrario huyó. Dejó

en el campo siete muertos, dieciséis armas, caballos, dos botiquines, y le fue arrebatada la bandera de combate. Los mambises tuvieron diecisiete bajas fatales.

El 28 de febrero, uno de los más sonados triunfos lo constituyó la derrota en Pozo Redondo, del Regimiento Pizarro, que sufrió setenta y seis muertos y un número similar de prisioneros, en encarecida operación contra fuerzas del Regimiento Calixto García, del coronel Alberto Rodríguez y el Regimiento Tiradores de Maceo, al mando de los hermanos Collazo y hombres del estado mayor del jefe de la 2ª División, con Castillo al frente.

En la reorganización de las tropas habaneras, el general Alejandro Rodríguez, decidió que Adolfo del Castillo, además de la jefatura que ostentaba, se hiciera cargo de la Brigada del Oeste, disgregada y desorganizada, luego del 7 de diciembre de 1896, incorporando a sus hombres al Regimiento Goicuría, subordinado de su antiguo colaborador Baldomero Acosta y otro de infantería del mismo nombre, al mando del teniente coronel Pedro Delgado Carcache.

Las tropas de Castillo, en un acto temerario y arriesgado, el 4 de marzo, ejecutaron el ataque al pueblo de Güines, que era como un ensayo para tomar la ciudad de La Habana. Otros jefes mambises lo habían intentado, pero sin éxito, porque la villa estaba fuertemente guarnecida, con unos dos mil hombres.

Güines, dentro de la organización militar del ejército español, estaba comprendida en la Zona Militar 4, que incluía los poblados de San Felipe y Batabanó. Las columnas estaban dirigidas por el coronel Tort de la Guardia Civil, al mando del Batallón Barbastro, radicado en la localidad, y las del teniente coronel Aranzabe, al frente de la 7ª y 8ª compañías de

León, asentado en Batabanó. Contaban, también, con los batallones Zamora, en Guara; el Puerto Rico, en San Felipe; el Vergara, en Providencia; el Mercedita, en Mérida y refuerzos dentro de la villa, del Batallón Numancia y el Reina.

El plan fue previsto para las nueve de la noche. Clemente Fernández, Pitirre, con cuarentaidós hombres del escuadrón de San Nicolás, iniciaría la acción por la zona sur, para provocar la movilización de las fuerzas volantes.

Por su parte, Adolfo, con sesenta miembros del Regimiento Castillo y del Francisco Gómez, al mando de Mario Díaz Marquetti, entrarían por la Loma de Candela hasta llegar a la calle Tacón (años después general Adolfo del Castillo, actual calle 85).

Adolfo montó su caballo Pajarito y fue descalzo. Prometió solo usar los zapatos que le quitara al enemigo. La guarnición no se atrevió a ventilar la defensa en las calles, por temor a la ofensiva de la caballería. Sin ninguna resistencia, el General y su gente sacaron todo el botín apetecible en dinero, armas y provisiones. Lo primero que hizo Castillo, fue ponerse un par de flamantes zapatos amarillos, tal como lo había prometido.

El fuego desde los reductos fue muy nutrido. Muy cargados, a las cuatro de la madrugada, emprendieron sin obstáculos la retirada, y tan solo se llevaron un herido. Como resultado de las escaramuzas dentro del pueblo, fue muerto un soldado español y el jefe de los voluntarios.

Ante tal desastre, el coronel Guillermo Tort fue separado del mando y sujeto a procedimiento militar. La operación demostró el talento militar y el valor de Castillo y de los que estaban a su lado.

La plaza militar de Güines no fue tomada nunca en el decurso de las acciones bélicas por la independencia; pero este día, 4 de marzo de 1897, la bandera de la estrella solitaria ondeó victoriosa en sus calles.

No conforme con esta proeza, cuatro días más tarde, el general Castillo decidió lanzarse sobre el poblado de Bejucal, muy bien fortificado por la brigada de caballería del coronel Figueroa, integrada por el Regimiento Pizarro, el Batallón Isabel la Católica, el de Príncipe y la guerrilla local; se sumaron formaciones de voluntarios, bomberos y celadores.

El hecho de estar situada sobre la línea férrea y poseer una excelente calzada, dio la posibilidad de que, en breve tiempo, acudieran en su ayuda las fuerzas cercanas.

En los alrededores, se extendía desde adentro hacia afuera, una primera cerca muy gruesa de piedras, coronada de alambres de púas; una segunda, hecha de una planta conocida como malla, muy tupida y delante, una zanja de dos varas de ancho.

Las tropas cubanas de Juan Delgado y Rodolfo Bergés, compuestas por quinientos insurrectos bien armados y apertrechados con los recursos ocupados en Güines, dictadas las órdenes de Castillo desde la finca Agua Santa, iniciaron el avance sobre la localidad.

Fueron superados los obstáculos defensivos sin incidentes, ya que los guardianes estaban distraídos. El ataque parecía un paseo nocturno, hasta que una patrulla enemiga asomó en una bocacalle y dispararon, huyendo hacia uno de los fuertes. Como era costumbre, los españoles no se decidieron a pelear en las calles, se conformaron con barrer todo el espacio que tenían enfrente con imponentes descargas.

Los agresores hicieron prodigios de valor. A las doce, todo el terreno era mambí. El entusiasmo ante la fácil

conquista, los llevó a dar candela a algunas casas, que sirvieron de parapeto contra los disparos de un fortín y de la tropa atrincherada en el paradero del ferrocarril. Este hecho limitó seriamente los posibles movimientos de los asaltantes y provocó muchas bajas; lo que hizo más difícil la retirada.

A las cinco de la madrugada, curados los heridos, abandonaron Bejucal cargados de pertrechos, víveres y otros enseres de guerra. Tras el golpe, Weyler, desde Santa Clara, relevó y acusó de cobardía a los culpables de tal desastre.

Adolfo, en carta al doctor Mendoza, amigo radicado en Tampa, le comunicó:

[...] El día 4 tomé Güines, donde permanecí seis horas, después de pasear toda la población. El día 8, tomé Bejucal donde me mantuve, durante tres horas, llegando hasta la plaza de la iglesia, recogiendo en este pueblo, un valioso botín al tenor de Güines, consistente en gran cantidad de ropas, víveres y pertrechos de guerra. En ambos pueblos di muerte a encarnizados enemigos, incendiando sus mejores propiedades [...]⁹⁵

Ante la noticia de que el general Juan Rius Rivera, jefe del 6º Cuerpo de Pinar del Río, había sido hecho prisionero y conducido a la capital, se movilizaron las tropas para rescatarlo.

El 28 de marzo, las fuerzas de Castillo sostuvieron un importante combate de caballería en El Brujo, Pinar del Río, contra los que se suponía conducían al prisionero. En la misma misiva al doctor Mendoza, Castillo, le dijo:

⁹⁵ Gerardo Castellanos: Ob. cit., «Carta al Dr. Mendoza», 14 de abril de 1897, p. 106.

[...] Estuvimos luchando al arma blanca, durante tres horas. El enemigo contaba con los regimientos Pizarro y Villaviciosa de 1500 plazas. Yo disponía de 700 caballos y en regulares condiciones. El choque fue brutal, resultando siete soldados prisioneros, 11 caballos tomados y 22 muertos [...]. Nosotros tuvimos 2 prisioneros, 6 muertos, 15 heridos y 37 caballos, entre muertos e inutilizados, demostrando en este encuentro mi ayudante Fernandito, un arrojo y valor heroico y una temeridad sorprendente [...] ⁹⁶

Alejandro Rodríguez y Adolfo del Castillo, el 3 de abril, devolvieron al jefe del Batallón Canarias, en Pozo Redondo y en el Caimán (Batabanó) a numerosos heridos y prisioneros capturados al Regimiento Pizarro, durante el descalabro que se les infringió en febrero.

Al otro día, sostuvieron una sangrienta batalla en la Loma del Hambre contra el Regimiento Villaviciosa, subordinado al teniente coronel Zabalza. Entre las bajas mambisas lamentaron la pérdida de Fernando Fuero, ayudante de Castillo, quien al verlo caer y tratar de recuperar su cadáver, se vio rodeado de los españoles. Un soldado alcanzó a tomarlo por el brazo derecho, pero con su habilidad para manejar el arma con ambas manos, le cercenó de un buen tajo el brazo y se enfrentó al resto, los que retrocedieron aterrados y lo dejaron partir, saludado por descargas de fusilería.

Transcurrido un mes de la entrada en Bejucal, Castillo decidió que Juan Delgado con su regimiento, dieran un golpe de audacia que hiciera estremecer

⁹⁶ Ídem.

el integrismo en Santiago de las Vegas; entonces, Delgado y Arencibia, después de un intenso fuego, penetraron por poco tiempo en el pueblo y tomaron algunos víveres y artículos de varios establecimientos.

Los adversarios concentraron la enorme fuerza disponible; no obstante, los mambises se retiraron con un solo herido, sembrando el pánico en el enemigo, que era el objetivo. Fue en verdad una gran victoria moral.

El 15 de abril, Adolfo partió a recoger el cargamento llegado a fines de marzo por la playa Mosquito, en el vapor *Monarca*. Entre los expedicionarios se encontraba su amigo y subordinado Armando André. La operación culminó con enérgicos disparos entre ambas tropas, donde Castillo hizo alarde de temeridad y en el cual resultó herido el capitán Andrés Hernández.

UN PUESTO DE HONOR

La Reconcentración de Weyler y la incesante persecución hacían bien difícil la situación del Ejército Libertador en la zona; pero Castillo no perdió su habitual sentido del humor. Un día hasta se hizo el muerto. Sus compañeros lo pusieron en una parihuela y llamaron a dos campesinos para que lo vieran y cavaran la sepultura. Listo el hoyo, los hombres fueron despedidos. Los insurrectos lo taparon y se marcharon.

Sucedió lo esperado: cuando los españoles atraparon a los lugareños, estos contaron que sus ojos vieron muerto «al terror de La Habana».

Contentos por la hazaña, el 24 de mayo, el coronel Fonsdevilla telegrafió a Weyler, comunicándole que en la batida dada en San José de las Lajas, el cabecilla había muerto de un tiro en el pecho. Pasados los años, Weyler, en el tomo IV de su libro *Mi mando en*

Cuba, repitió el telegrama de Fonsdevilla, como parte de las «exitosas» operaciones de su campaña.

En otra ocasión, exactamente el 8 de junio, Adolfo salió con cinco hombres de recorrido. Al coronar la Loma de Ponce, al este de Güines, observaron que por el camino se desplazaban más o menos trescientos cincuenta soldados del Regimiento Villaviciosa.

Castillo, que estaba de buen humor, hizo saber que los atacaría él solo; tenía esa peregrina idea y nadie pudo desviarlo de tal propósito. Los demás, se quedarían quietos y visibles en sus puestos.

Con su acostumbrado valor, fijó los ojos azules en el adversario, afianzó el arma con el pulso sereno y seguro, y montó su caballo Pajarito, que al sentir sobre el lomo al inquieto amo, también tembló.

Los enemigos lo vieron en medio del camino y cargaron contra él. Entonces, el General enfiló el rifle a un centenar de metros y, cadenciosamente, fue disparando uno, dos, hasta llegar a nueve. Los del frente, al percatarse de que había otros jinetes en la altura, temieron una emboscada insurrecta y se marcharon hacia Meleña del Sur. Según el parte oficial español, tuvieron siete bajas, entre ellas, un capitán del regimiento.

El 21 de junio, en la loma de Somorrostro, entre Cuatro Caminos y Jamaica, próxima a San José de las Lajas, Castillo, acompañado por el escuadrón de José Miguel Valle, divisó un convoy de mercancías custodiado por cerca de cien soldados. La orden fue preparar una emboscada y hacer tres disparos al presentarse el contrario.

Cuando se produjo la señal, la caballería cargó al machete por el frente y la retaguardia; los soldados, al verse envueltos en tan arrolladora máquina de guerra, abandonaron el armamento y dejaron cuarenta bajas sobre el campo. La victoria fue total. Se tomó el convoy íntegro, ocuparon las acémilas y carretas, abundantes víveres y armas con su parque.

Los mambises solo tuvieron que lamentar un muerto, que por imprudencia se vistió con una chaqueta española y gorra de civil, por lo que resultó confundido en la arremetida.

Seis días después, en los alrededores del ingenio Maurín, se presentó el Batallón de San Quintín no. 7 y guerrillas, al mando del coronel Cirujedas, la misma tropa de San Pedro. Las fuerzas de Juan Delgado y Baldomero Acosta iniciaron una carga de caballería, repetidas acometidas rompieron los cuadros de defensa y los dispersaron. Unos cuarenta hombres, dirigidos por un sargento, resistieron; pero fueron rodeados y se les exterminó. Más de una compañía fue aniquilada al machete y sus cadáveres abandonados, el resto huyó. El total de bajas españolas fue de ochenta muertos, dentro de ellos, el jefe de la columna, quien minutos antes había fusilado a un prisionero cubano, el capitán Manuel Ruiz Carmona. Murió en el combate el teniente mambí Quirol y resultó herido Baldomero Acosta, así rindieron tributo a la memoria del mayor general Antonio Maceo.

Otras de las acciones fue la entrada de Adolfo del Castillo el 29 de junio, en Santa María del Rosario. Participaron fuerzas del Regimiento Francisco Gómez, un escuadrón del Regimiento Castillo y dos del de San José de las Lajas. El asalto fue fulminante. No dieron tiempo a la guarnición para acogerse a las defensas en sus ocho fuertes ni en la iglesia, que estaba fortificada. Al jefe de los voluntarios y a su segundo, se les macheteó en el santuario. Los cubanos tuvieron dos muertos y nueve heridos, entre ellos, Castillo, quien fue herido en la espalda por un bodeguero voluntario del poblado. Se recogió el armamento, las municiones, caballos, ropa y víveres.

Independiente de la lucha sin cuartel entre el Ejército Libertador y el Ejército de España, decidieron celebrar el 4 de julio de 1897, el 121 aniversario de la independencia norteamericana. Por ello, se reunió un contingente, de unos mil quinientos insurrectos en el campamento Flor de Mayo, en Quivicán, al que se sumaron infinidad de campesinos de los alrededores con sus familiares para participar en los festejos. Estaba presente, el teniente Federico Somerford, corresponsal del *New York Herald*.

El estado mayor, escolta y parte del Regimiento Castillo formó un cuadro y, en el centro, se clavó un asta con una bandera cubana hecha de un pliego de papel. Hablaron el coronel Cornelio Brito y José Elías Entralgo. Se cantó a coro un vehemente himno contra Weyler, letra de Castillo y música de su secretario Enrique García.⁹⁷

Fue un día de inefable esparcimiento; parecía que todos habían olvidado que el peligro acechaba y quizás, muchos de los que cantaban y bailaban, se verían tendidos en breve en la sabana, atravesados por un plomo.

Así y todo, el guateque con punto criollo y zapateo terminó a las cuatro, a cuya hora se disgregaron las tropas y cada una marchó a su puesto. Castillo pronunció un vibrante discurso, con su proverbial tono declamatorio y enérgico; de él son estos párrafos:

[...] Podrá durar la lucha años y más años, que no lo creo; podremos tal vez sucumbir todos, mártires de nuestro deber, y no por ello se encerrarán con nuestros cuerpos en la tumba nuestras

⁹⁷ Según Enrique García Pérez, exhistoriador ya fallecido de Arroyo Naranjo y nieto del secretario de Castillo. A pesar de las investigaciones realizadas no se ha encontrado la letra de dicho himno.

ideas libertadoras; porque el catafalco de nuestros seres servirá de altar de adoración, de símbolo de dignidad, de colegio de patriotismo a las generaciones venideras. [...] No, no estamos solos, están también con nosotros todos los pueblos libres, que si al parecer, permanecen alejados e insensibles a nuestra contienda, no por eso dejamos de contar con todas sus simpatías y, en no lejano día, prorrumpirán a coro con nosotros en un estruendoso: ¡Viva la República de Cuba y el Ejercito Libertador! [...] ⁹⁸

Poco después se presentó el enemigo.

El 14 de julio, el General y su tropa, combatieron contra el coronel Gerona en el ingenio Carmen, cerca de San José de las Lajas. Los soldados españoles, al retirarse del lugar en el tren rumbo a la capital, dijeron no haber visto jamás combatientes tan temerarios como los de Castillo.

En otra de las cartas a su amigo Mendoza, le refería:

[...] Y comprobado que España no puede sofocar la insurrección, sería mejor la no actuación yanqui, porque Cuba será libre por el esfuerzo de sus hijos, te confieso que cada vez tengo menos esperanzas en el auxilio que nos preste el gobierno de los Estados Unidos [...] Mejor. Mejor: Cuba será libre por solo el esfuerzo de sus hijos. Tuyo, Patria y Libertad. A. Del Castillo [...] ⁹⁹

El 24 de julio a las once de la mañana, fue atacado por segunda vez el poblado de Managua por insurrectos al mando del general Adolfo, que enseguida domi-

⁹⁸ Gerardo Castellanos: Ob. cit., pp. 126-128.

⁹⁹ Ibídem, «Carta al Dr. Mendoza», 14 de abril de 1897, p. 89.

naron la guarnición, penetraron en el pueblo y permanecieron en sus calles hasta la noche, cuando se retiraron con un abundante botín.

La guagua del poblado llegó tarde a Jesús del Monte, escoltada por la guerrilla, prófuga del lugar del combate; decían que en derredor no se veían más que grandes masas de insurrectos.

Al otro día, sostuvieron un combate en el Colmenar, donde Castillo resultó herido, lo que le impidió participar directamente en la acción del 28, que de manera tan minuciosa había preparado, cumpliendo un sueño del mayor general Antonio Maceo.

Los regimientos Santiago de las Vegas, con Dionisio Arencibia y, el Goicuría, con Baldomero Acosta, se unieron para sumar doscientos hombres, entre infantes y jinetes, y se dispusieron a entrar en Marianao, con el objetivo de dar un sonado golpe en las mismas puertas de la capital y llenar de inquietud y temor al integrismo del lugar.

Estas tropas lograron penetrar y recorrer las calles Santo Domingo y San Francisco hasta la ermita El Salvador, donde se generalizó un enérgico enfrentamiento que duró desde las nueve hasta las doce de la noche; murió el teniente alcalde de la ciudad Don Francisco Echegarreta.

Los mambises sostuvieron disparos con el cuerpo de bomberos y un escuadrón del Regimiento Pizarro, causándole la muerte al comandante y a varios oficiales del ejército y de los voluntarios. Por nuestra parte, un muerto y tres heridos, de ellos dos graves.

En homenaje a Juan Bruno Zayas, el 31 de julio, Castillo planificó un ataque a Jesús del Monte. Salió de Lané, Managua, a las cinco de la tarde, con los regimientos Castillo, San José de las Lajas y Panchito

Gómez Toro y cruzó la trocha militar del Almendares, a pesar de la vigilancia.

A las once de la noche, la infantería asaltó la Chorrera del Calvario, atacó un fuerte con la infantería, mientras saqueaba un establecimiento de víveres y algunas casas, entre otras, la propiedad de Claudio Abascal, jefe de la guarnición.

La caballería destruyó los sembrados del poblado y continuaron hasta Mantilla y lo tomaron, hasta llegar al área de cultivo de Arroyo Apolo (actual Víbora Park). Allí se decidió contramarchar, por ser las tres de la madrugada, superando de nuevo la trocha militar y el río Almendares, no sin antes dinamitar el puente situado sobre este. Los cubanos sufrieron dos muertos y tres heridos, entre los que se encontraba el capitán ayudante Ángel Aparicio.

En el mes de julio, una fuente le informó a Castillo que Weyler iría a visitar de incógnito algunas unidades de su zona, para dar aliento y alardear de valor. El General se entusiasmó y proyectó enseguida un estupendo golpe, hecho que quizás podría dar a la Revolución, el más pronto triunfo.

Por ello, consultó el plan con el general Alejandro Rodríguez, quien le negó la autorización, porque consideraba absurdo pensar, que un sujeto tan cobarde y de tanta jerarquía como Weyler, se expusiera de esa manera. Sin embargo, cumplió lo avisado, para disgusto de Castillo y sorpresa de Alejandro Rodríguez.

Al mes siguiente, Valeriano Weyler, acompañado por la prensa y un ejército de ocho mil soldados de las tres armas, salió de nuevo a operar en La Habana, para demostrar la pacificación del territorio.

Adolfo y Aranguren, organizaron el *desmentís* desde el primer momento; durante la marcha no lo dejaron descansar, con ataques simultáneos de las escuadras insurrectas.

Ante la tenaz batida, de día y noche, la fuerte columna tenía que acogerse en distintos alojamientos. Weyler, en la tercera jornada, no continuó, y fuertemente protegido se albergó en el convento de los Escolapios de Guanabacoa. De regreso a La Habana, no se le ocurrió jamás caminar más allá de la puerta de Monserrate.

En el campamento, en Loma del Hambre, cerca de Managua, el 17 de septiembre, donde acamparon las tropas al mando de José Mayía Rodríguez, fueron atacados por la columna del Regimiento Villaviciosa, del coronel Zabalza. En su apoyo se movilizaron fuerzas de Castillo, que tras tenaz resistencia, obligaron al enemigo a retirarse.

Una pequeña tropa comandada por Alejandro Rodríguez, Castillo y una parte de su estado mayor, ubicados en Miraflores, el 12 de octubre, fueron asaltados por cerca de tres mil soldados españoles. Después de siete horas de reñida batalla, los cubanos pudieron escapar milagrosamente de una muerte segura.

Sobre este combate, donde resultó herido otra vez Adolfo, el general Rodríguez, escribió:

[...] Castillo se batió. Mi buena estrella, mejor dicho, la providencia, una vez más me salvaba. Octavio, Tom e Ignacio Recio allí a mi lado, y mí paisanito Castillo, allí en el puesto de honor, el último de la fila, magnífico, soberbio, hermoso ante la muerte, que parecía que nos tenía en sus garras [...] ¹⁰⁰

¹⁰⁰ Gerardo Castellanos: Ob. cit., pp. 79 y 80.

La reina destituyó a Weyler el 9 de octubre, y nombró para implantar la autonomía al general Ramón Blanco, marqués de Peña Plata.

Con relación a esta designación, Gómez dijo que este sería el último general español que «fracase en Cuba», y tuvo razón.

Al otro día sesionó la Asamblea de la Yaya, con varios cambios en el gobierno. De igual modo se agilizaron los trámites de reconocimiento de los ascensos pendientes.

MUERTE EN COMBATE

Adolfo del Castillo se dirigió con tres hombres a Babiney, donde practicó un registro, el 23 de octubre. Aquí le informaron «confidencialmente», que el cura de Managua se trasladaría de este pueblo hacia Jesús del Monte, el día 25, montando el caballo Pajarito, al que creía perdido en una tembladera, por lo que se enardeció tanto por la noticia, que juró hacer todo lo posible por recobrar a su querido corcel de incontables acciones combativas.

Considerando el escenario favorable y la posibilidad de recuperar su caballo, al otro día conformó una partida integrada por nueve combatientes: tres de sus ayudantes de absoluta confianza y el comandante José Miguel Valle, que lo acompañó con cuatro de sus subordinados.

El sitio escogido para la emboscada fue el de una altura dominante en la finca Felicita, jurisdicción de Managua, a escasos quinientos metros al sur del caserío de la Chorrera del Calvario, desde donde se dominaba la carretera; en este lugar pasaron la noche.

Al siguiente día, bien temprano, estaban en pie para preparar el ataque. Observaron que la pareja de funcionarios españoles venía escoltada por las

fuerzas del comandante Tapia Ruano y el comandante de armas de Managua, Eliseo Toledo. Expectantes y en silencio esperaron el momento propicio para atacar, pero sintieron un ruido en la retaguardia; y era otro destacamento de voluntarios de la Chorrera del Calvario, al mando del teniente Claudio Abascal, que los estaban copando. Trataron de cambiar de posición, pero del rifle de Castillo se escapó un disparo, entonces, descubiertos por el incidente, tuvieron que galopar hasta donde les permitió la manigua.

Ante la detonación, la tropa española, que caminaba por la carretera, integrada por más de doscientos hombres, se desplegó avanzando con cautela y rodeó el lugar.

Junto a una cerca de piedra, que separaba las fincas Felicita y El Corral de Carreño, se detuvieron Castillo y sus tres ayudantes, mientras que el comandante Valle y los suyos tomaron otro rumbo, por lo que se encontraban distantes.

El General y sus compañeros, ante la imposibilidad de salida, esperaron sobre sus caballos con el pecho henchido para, en el instante preciso, lanzarse al galope y romper el cerco del contrario. Llegado el momento, salieron a escape, en medio de una balacera.

Al respecto, en el libro de Gerardo Castellanos, quedó plasmado lo siguiente:

[...] cuando el Brigadier estaba disparando, vino hacia él, el cap. Francisco Rodríguez, con tan mala suerte, que resbaló su caballo y cayó al suelo, caída que intentó aprovechar un soldado para matarlo. Castillo se levantó soberbio en los estribos, y en momentos que enfiló el rifle para tirar, el contrario le lleva la delantera y lo atravesó por debajo del brazo,

desplomándose el héroe como un Cóndor herido por un rayo [...] ¹⁰¹

Los dos acompañantes, también heridos, se ocultaron en el abundante hierbazal y pasaron inadvertidos. Posteriormente, en el campamento Lané, falleció Ramón Delgado.

La soldadesca española adivinó en Castillo a un jefe, por lo que se detuvieron en el primer instante, y un cabo de apellido Carreño lo ultrajó y le propinó, al ya cadáver, tres machetazos en la cabeza. Lo registraron y despojaron de varios objetos que llevaba en los bolsillos. ¡Fue el último general mambí caído en combate!

Sus restos mortales fueron enlazados por la cintura y a rastras, trasladados hasta el portal del bodegón de Abascal, jefe de la guarnición local, en la Chorrera del Calvario. Allí, tirado en el suelo, estuvo su cuerpo expuesto toda la mañana.

Los vecinos desfilaron por el lugar a contemplar el macabro espectáculo; mientras la jauría de la Guardia Civil bebió y celebró la muerte del bravo mambí, que varias veces los había derrotado o capturado; pero respetando siempre su integridad.

En horas de la tarde, los restos de Adolfo del Castillo Sánchez, fueron envueltos en sacos de harina sucios y conducidos al necrocomio en una carreta, acompañado por una turba de voluntarios facinerosos, dirigida por Ángel Paz, un personaje del que se dice era colaborador de Adolfo y se encargaba de llevarle confidencias; otros afirman que fue él, precisamente, quien envió a las fuerzas españolas a la emboscada fatal de la Chorrera del Calvario, que voceaban improperios

¹⁰¹ *Ibíd.*, p. 153.

contra los insurrectos, del mismo modo que se hizo cuando los estudiantes de Medicina, en 1871.

Su cuerpo fue examinado en el necrocomio de las calles Cárcel y Fosos, próximo a la Fortaleza del Castillo de San Salvador de la Punta, y más tarde, fue tendido en la iglesia de Monserrate, en Galiano y Concordia, donde recibió los santos oficios del señor cura Anacleto Redondo.

En la necrópolis Cristóbal Colón de La Habana, fue enterrado en una fosa común, según consta en el Libro 60, donde quedaron asentados los siguientes datos: «Al cadáver de adulto, Adolfo del Castillo. Sin generales. Procede de necrocomio y remitido a la parroquia de Monserrate, por el Sr. Cura Anacleto Redondo, con licencia del Juez municipal del distrito de Belén».¹⁰²

Gracias a la acción de su amigo, el doctor Sixto López Miranda, puesto de acuerdo con el celador, marcaron el área del enterramiento, con el propósito de que con posterioridad se le concediera el tributo merecido. Del mismo modo, se logró rescatar la chaqueta impregnada con su sangre, la que hoy se exhibe en el Museo de la Ciudad, donde antes estuvo el Palacio de los Capitanes Generales.

HOMENAJES AL ILUSTRE GENERAL

Al inicio del siglo XX, ya ocupada la Isla por las tropas invasoras yanquis, cuando se cumplía el tercer aniversario de la heroica caída del general de brigada Adolfo del Castillo Sánchez, fueron exhumados sus restos

¹⁰² Tomado del Libro 60, p. 577, con la inscripción número 2667, del 26 de octubre de 1897. Su enterramiento se efectuó en el cuartel surdeste, cuadro número 5, segundo orden, hilera 11, fosa 20.

mortales, exhibidos en los salones de la Sociedad El Pilar,¹⁰³ donde se le rindieron los justos honores.

Por iniciativa del gremio de obreros del Rastro de Ganado Mayor de La Habana, radicados en Guanabacoa, lugar donde pasó sus años mozos, se sufragaron los gastos para erigir un panteón decoroso en el cementerio de Colón al valiente caudillo. El señor José Valdés Russi, Pepe, adquirió la tumba para que le sirviera de reposo y homenaje. Dicha propiedad se encuentra en el cuartel nordeste, en el cuadro formado por las calles 9, 11, F y G.

En la revista *El Fígaro*, en su edición del 5 de agosto de 1900, podía leerse:

[...] El domingo se ha dado definitiva sepultura en el cementerio de Colón, a los restos del heroico General Adolfo [del] Castillo, en medio de una grande y entusiasta manifestación del pueblo de La Habana. La bóveda del mausoleo está rodeada por un sencillo y elegante barandajo de mármol. Sobre ella y descansando sobre una base cuadrangular, se eleva una pirámide, que remata en una

¹⁰³Se encuentra en la calle Estévez no. 62, entre San Gregorio y Santa Rosa, Cerro. Se inauguró el 20 de junio de 1848. Contaba con secciones de Filarmonía, Pintura, Declamación, Literatura, y estuvo representada por figuras prominentes del arte, quienes promovieron la creación de una biblioteca pública, el 10 de mayo de 1868. Contribuyó a la enseñanza general de los niños pobres y jóvenes obreros de la barriada. Fue centro de socorro y asilo para los trabajadores del taller de madera de Estanillo, a raíz del incendio en 1899, durante la huelga de los eléctricos en julio de 1900. Se creó el Comité de Auxilio para los tabaqueros de Tampa, en agosto de 1901, muchos de los cuales habían sido compañeros de José Martí en el PRC. A la sociedad se le reconoce como el oasis de los emigrados revolucionarios a su vuelta a Cuba. Tomado de Colectivo de autores: «Historia del Cerro», Edición digital.

estrella de cinco puntas. En el centro de la pirámide el retrato del General Adolfo del Castillo, y bajo este, tallado en mármol, un trofeo guerrero compuesto del clásico sombrero de yarey, el rifle y el machete mambí. En la loza que cubre la bóveda, se lee la siguiente inscripción: Los Obreros del Rastro de Ganado Mayor de La Habana, al héroe cubano Adolfo del Castillo [...] ¹⁰⁴

Unos años más tarde, exactamente el 25 de octubre de 1921, un grupo de antiguos compañeros de armas y ciudadanos capitalinos efectuaron una caminata hasta el lugar exacto donde cayó combatiendo el general Adolfo del Castillo, para develar una sencilla lápida incrustada en una columna, hoy en ruinas.

Gabriel García Inclán, en un cuaderno para escolares, escribió:

Y en el mismo lugar en que rindiera su preciosa vida, un grupo de compañeros de armas, amigos y admiradores, con patriótica peregrinación, colocaron una tarja señalando el sitio histórico, el 21 de octubre de 1921 [...] ¹⁰⁵

Los señores Alejo Núñez, Santiago Martínez, Cándido Guerra; los comandantes Clemente Acosta, Sebastián López, y el capitán Antonio Luna del Castillo decidieron, para no olvidar y dar a conocer la vida revolucionaria del General, crear el 30 de noviembre

¹⁰⁴ Revista *El Fígaro*, 5 de agosto de 1900, La Habana, p. 351. Ver anexo 5.

¹⁰⁵ Gabriel García Inclán: *General Adolfo del Castillo, síntesis biográfica para escolares*, Imprenta Concepción, La Habana, 1957, p. 16. El 21 de octubre que aparece en la cita puede ser un error histórico o la conmemoración anticipada a la fecha en que murió Castillo.

de 1922, en la calle Real no. 22, en El Calvario, la sociedad patriótica Comité Gestor Pro-Monumento.

Las gestiones se desarrollaron de modo complejo, por la falta de fondos y apoyo estatal. Por fin, el 25 de octubre de 1925, se inauguró solemnemente un monumental obelisco, junto al puente de la Chorrera, con la presencia del presidente de la República, el general Gerardo Machado Morales.

De modo similar, el Ayuntamiento de Guanabacoa, en ese propio año, en tributo a la ejemplar vida de su hijo adoptivo, renombró la calle donde vivió, con su patronímico, y levantó muy cerca del parque central un conjunto monumento, coronado por un busto con su imagen imperecedera, que fue develado por Machado.

Publicado también en 1925, el texto de Historia de Cuba, de la autoría de Juan Leiseca, dedicó un capítulo a la vida del ilustre general.

En Marianao, el general Francisco Leyte Vidal, entonces alcalde de esa localidad ordenó durante su mandato, cambiar el nombre de las calles San Francisco, Rey y Príncipe de Asturias por los de Martí, Maceo y Adolfo del Castillo, respectivamente. Más tarde, en los años cuarenta del pasado siglo, estas pasaron a denominarse con números.

En la villa de San Julián de Güines, donde se guardan muy buenos recuerdos de este defensor de nuestra cubanía, junto a la pared que aún sobrevive, en el antiguo cuartel de la Guardia Civil, se colocó sobre un pedestal un pequeño busto, que se deterioró con el decurso del tiempo.

El Museo municipal de este territorio, atesora el machete de combate, el cual tiene grabado en su hoja el nombre de aguerrido jefe mambí;¹⁰⁶ además, poseen en el archivo el documento que ampara su entrega, según testimonio del teniente Herrera del

¹⁰⁶ Ver anexo 6.

Regimiento Castillo, donde se describe que fue elaborado por el maestro carpintero Nicolás Guach, en el ingenio Teresa de San Nicolás de Bari, cuya propietaria era la señora Doña Rosa A. Scull.

Otro lugar donde debía estar grabado su nombre, según el criterio de algunas personalidades, es en la histórica Acera del Louvre, en el Paseo del Prado habanero, donde existe una tarja que reconoce a los jóvenes insignes que la visitaban y comenzada la guerra participaron de modo activo en ella.

En los archivos de la revista *Bohemia*, se encuentra un escrito enviado a la sección «Así se forjó la historia», donde se solicita el tratamiento de héroe que requiere un hombre como el general Adolfo del Castillo. El documento está firmado por el jefe de la escolta y gran amigo Ernesto Asbert, gobernador de La Habana, entre 1905 y 1925.¹⁰⁷

El municipio de Arroyo Naranjo cuenta hoy con la Catedral Patriótica de Historia General Adolfo del Castillo Sánchez, creada el 25 de octubre de 2006, en conmemoración del 109 aniversario de su caída en combate, la cual posee un croquis para la construcción de un monumento en el lugar exacto donde cayó.¹⁰⁸

En Managua, pueblo que conoció de la bravura y amor por la independencia de Castillo, existe una escuela primaria con su nombre.

Todo lo que contiene este texto es principalmente con el objetivo y la intención de promover en las diferentes generaciones de cubanos el estudio de la fructífera vida de este héroe y concientizar la necesidad de conocer más sobre nuestra historia, lo que propiciará ser fieles al legado que Adolfo del Castillo Sánchez y tantos otros nos dejaron.

¹⁰⁷ Ver anexo 7.

¹⁰⁸ El diseño fue elaborado por Gretel González, arquitecta de la comunidad. Ver anexo 8.

Epílogo

El general Adolfo del Castillo Sánchez, entre el 2 de enero de 1896 y el 25 de octubre de 1897, veintiún meses y veintitrés días, estuvo en más de ciento treinta acciones combativas, la mayor parte de ellas con cargas al machete. Por su arrojo y presencia, siempre en primera línea, fue alcanzado por los disparos enemigos en trece ocasiones, llenando de gloria las armas insurrectas y regando con su sangre bondadosa la tierra cubana.

Con la constitución de la 2ª Brigada del 5º Cuerpo del Ejército Libertador en el centro de La Habana, acompañado por los regimientos de caballería Segundo del Castillo, Santiago de las Vegas, Goicuría y Juan Bruno Zayaz, así como el de infantería Francisco Gómez Toro, hizo sentir su catadura en toda la región habanera bajo su mando, incluso en los momentos más difíciles.

Sus fuerzas fueron las que más veces y más adentro del territorio irrumpieron, cumpliendo el sueño de los máximos líderes de la Guerra de Independencia.

El pensamiento político de Castillo, siempre fue radical si de la soberanía de Cuba se trataba, un ejemplo es la carta enviada a su esposa María Felicia, residente en Tampa, el 1.º de febrero de 1897.

[...] Pocas veces pienso en la conclusión de nuestra guerra; porque temo que la prontitud podría ser causa de que nuestro triunfo fuera a medias.

No; es indispensable tener resignación. Es preciso acabar; pero terminar la obra sagrada hasta dejarla perfecta. Entonces podremos, satisfechos de nuestra misión, abrazarnos cordialmente y sin el remordimiento de no haber cumplido hasta la saciedad, nos acibare nuestro contento. Pero ten por seguro que Cuba no puede seguir por mucho bajo la soberanía española. Con frecuencia mantengo comunicaciones con personas importantes y todos están conformes en que Cuba Libre es un hecho [...] ¹⁰⁹

Con relación a la posible intervención del Gobierno de EE. UU. en el país y sus verdaderas pretensiones hegemónicas, el 2 de febrero de 1897, en epístola al doctor Mendoza, le manifestó:

[...] En frecuentes entrevistas con corresponsales y emisarios americanos, siempre les he expresado que se carece de esperanzas de auxilio de parte del gobierno americano por mantener una actuación egoísta, desconociendo los múltiples crímenes que comete el gobierno español, los daños materiales que provoca a sus ciudadanos y el irrespeto de las leyes sociales y del derecho internacional. Y comprobado que España no puede sofocar la insurrección, sería mejor la no actuación yanqui [...] Mejor, mejor Cuba será libre solo por el esfuerzo de sus hijos, porque Cuba será libre por el esfuerzo de sus hijos [...]

Un antiguo maestro del los Escolapios de Guanabacoa, le escribió al general Adolfo del Castillo recordándole los días allí e incitándolo a una vida desaho-

¹⁰⁹ Gerardo Castellanos: Ob. cit., pp. 117-119. El resto de las notas que aparecen en el Epílogo pertenecen a esta fuente bibliográfica.

gada al lado de los españoles. Esta misiva, capturada por el adversario, sirvió para que el *Heraldo de Madrid* le atribuyera en sus páginas deseos de reconciliación con España.

Cuando Adolfo se enteró de tal patraña, escribió de inmediato al periódico *Patria*, el 20 de junio de 1897, donde patentizó:

[...] Le ruego se tome la molestia de atender a una ligera explicación, sobre los párrafos del “Heraldo de Madrid” referentes a mi humilde personalidad. ¿Adolfo del Castillo y Sánchez reconciliado con el déspota gobierno de España? ¿El heredero de la aún hirviente sangre de Honorato del Castillo y Serafín Sánchez, en armonía con los opresores de Cuba? ¡Jamás![...]

Puede considerarse como su testamento político, el final del mensaje:

[...] No creo, ni lo cree ningún cubano que forja sobre el yunque del honor, el suntuoso edificio de la República, que pueda reconocerse un motivo legítimo para que el insurrecto alzado en armas contra la soberanía española, la deponga, cualquiera que fuesen las circunstancias de la guerra [...]

Su decisión fue inflexible con sus principios: luchar por la libertad de Cuba hasta las últimas consecuencias.

El general de brigada Adolfo del Castillo Sánchez, jefe de la Brigada del Centro y ocasionalmente de la Brigada del Oeste y de todas las tropas insurrectas en la provincia habanera, es el patriota insigne de los municipios de Arroyo Naranjo y San José de Las Lajas, y forma parte de los representantes de Guanabacoa

y Cotorro, así como de las provincias La Habana y Mayabeque.

Su coraje, su brazo diestro y su sable fueron blandidos contra el enemigo en innumerables momentos, a costa de su propia vida, abriendo la ruta hacia la libertad que hoy disfrutamos.

En la literatura sobre la Historia de Cuba, se ha obviado, de modo general, su trayectoria vinculada a figuras de muy alta relevancia como al lugarteniente general Antonio Maceo Grajales y al General en Jefe Máximo Gómez Báez, además de que participó con ellos de modo extraordinario en la campaña invasora y en los planes para desarrollar el Ayacucho cubano.

Es por todo ello, la razón de estas páginas, que pretenden de forma modesta, saldar esa deuda con tan distinguido patriota.

TRAZOS DE LA VIDA MILITAR DEL GENERAL DE BRIGADA Adolfo LAUREANO del CASTILLO SÁNCHEZ

1892

Se traslada para el poblado San Antonio de las Vegas, según las indicaciones del Partido Revolucionario Cubano, con el objetivo de organizar de la guerra.

ACCIONES DESARROLLADAS EN LA COLUMNA INVASORA

ENERO 1896

2— Se incorpora a la tropa al mando del coronel Antonio Núñez Martínez, en el ala izquierda de la vanguardia, dirigida por el coronel Roberto Bermúdez López, subordinada a la Columna Invasora, bajo la jefatura del Mayor General jefe del Ejército Libertador Máximo Gómez y el mayor general Antonio Maceo. Todo indica que se le otorgó el grado de capitán jefe de un escuadrón.

3— Ataca y toma el poblado de Guara.

4— Asalta y ocupa las localidades de Pozo Redondo, cerca de Batabanó y Güira de Melena.

7— Se le otorga el grado de comandante.

9— Ataca y toma el pueblo de Consolación del Sur.

12 al 19— Se separa de Ernesto Asbert.

21— Incendia un convoy en el paradero Durán, Quivicán, y tirotea el pueblo de Guara.

22— Se funda la primera fuerza habanera de la gesta de independencia, comandada por Adolfo del Castillo Sánchez, que por orden de Gómez es ascendido a coronel y queda subordinado al Cuartel General.

CON MÁXIMO GÓMEZ PARTICIPA EN LAS SIGUIENTES ACCIONES

ENERO 1896

23— Asalta una columna, junto con el general Ángel Guerra, en la finca Mi Rosa, Quivicán.

24— Arremete contra una columna en el ingenio San Agustín de Mosquera.

26— Ataca e incendia un convoy, en el apartadero de Seborucal, Guanajay.

27— Ocupa el pueblo de Caimito. También se enfrenta a una columna enemiga en el ingenio Santa Lucía, Bauta.

29— Tirotea el ingenio el Pilar y ataca una columna, finca el Refugio, ingenio Las Cañas; ambos en Guanajay.

30— Tiroteados por una columna, ingenio la Luz, Güira de Melena.

31— Gómez le encomienda escoltar al general Ángel Guerra hasta los límites con Matanzas.

FEBRERO 1896

2— Ataca el poblado de Madruga, tienen que retirarse sin ocuparlo.

6— Es designado jefe de la zona de Melena del Sur. Sus fuerzas actúan de común acuerdo con las tropas del coronel Masó Parra, del capitán Lino Mirabal y del coronel José Roque. De conjunto forman la primera brigada en el territorio habanero, denominada Habana del Sur o Batabanó, dirigida por el coronel

Pedro Díaz Molina, quien estaba al mando del Regimiento de caballería Narciso López.

ACCIONES REALIZADAS POR LAS FUERZAS DEL REGIMIENTO SEGUNDO DEL CASTILLO

FEBRERO 1896

8— Ocupa el poblado de El Calvario.

9— Ataca Santa María del Rosario, tienen que retirarse sin ocuparla.

10— Penetra en Managua, en respuesta a la toma de posesión de Weyler.

10— Arremete contra un escuadrón de voluntarios en la finca San Felipe.

10— Ataca una columna española que viene a reforzar Managua.

12— Ocupa el pueblo de Nazareno y combate contra una columna española cerca de Guara.

15— Se incorporan a la tropa de Antonio Maceo, que regresa de Pinar del Río.

16— Ataca San Antonio de las Vegas.

17— Ocupa vehículos que transitan por las calzadas de Managua y Güines.

18— Asalta el pueblo de Jaruco. Al retirarse, el regimiento queda para contener al enemigo que los persigue y cubren la retaguardia.

19— Combate de Moralitos. Maceo y Gómez actúan juntos por única vez en La Habana. Castillo se destaca con su regimiento; participa en la toma de Catalina de Güines.

20— Combate de la Loma del Gato.

23— Regresa a su zona de operaciones y comienza la organización de la Brigada del Centro o Segunda

Brigada, integrada por los regimientos Segundo del Castillo, Santiago de las Vegas y Goicuría.

28— Pase de revista de Antonio Maceo en el ingenio Cayajabos y aprueba la formación. Esta fecha se considera la fundación de la 2ª Brigada del Centro y el ascenso a general de brigada. Ataca el tren entre Bainoa y Aguacate.

29— Combate y toma de Santa Cruz del Norte, con Maceo.

MARZO 1896

1.º— Ataca varios poblados, con Maceo al frente. Este día se realizan disímiles acciones. En Bacuranao y Barreras se confirma la entrada de Castillo y su regimiento.

2— Combate de Lechuga, es herido de gravedad.

4— Combate contra cuatro columnas españolas que persiguen a Maceo.

11— Combate en El Rincón.

13— Combate en la finca Aguada.

20— Combate en la finca Santa Bárbara.

22— Combate en Tapaste.

25— Ocupa el ingenio La Emilia, en San Nicolás y el Regimiento Goicuría toma el pueblo de Jaimanitas.

30— Aún convaleciente, ataca y destruye la guerrilla de San Nicolás.

31— Toma y arruina el poblado de Plazaola.

ABRIL 1896

2— Combate en Ciénaga, La Julia, San Antonio de las Vegas.

10— Asalta y derriba la guerrilla de San Antonio de las Vegas.

11— Combate cerca de San Antonio de las Vegas.

12— Combate en Despuente, cerca de San Antonio de las Vegas.

13— Combate en potrero Piedra, con fuerzas de Pedro Díaz.

14— Combate en la finca La Chirigota, cerca del poblado de Guara.

23— Combate en la finca Lunura, cerca de San José de las Lajas.

MAYO 1896

1.º— Detiene el tráfico cuatro horas en Loma de Tierra, Cotorro, en la Calzada de Güines, en saludo al Día de los Trabajadores.

4— El Regimiento Goicuría acomete e incendia el caserío de Punta Brava.

18— Combate en Ojo de Agua, Managua.

25— Combate en la finca La Julia, San Antonio de las Vegas.

30— Combate en el campamento El Plátano, Managua. Es herido.

JUNIO 1896

3— Combate contra columna española en El Volcán.

5— Combate contra columna española en Babiney.

8— Combate en el Gavilán.

16— Combate contra columna española en Babiney.

18— Ataca Arroyo Arenas, no pueden incendiarlo.

21— Asalta un convoy con mercancías en Somorrostro, cerca de Cuatro Caminos.

26— Detiene el tráfico en la Calzada de Managua, cerca del Calvario.

28— Combate en la finca Ponce, Jaruco. Es herido.

29— Combate en Morales, cerca de San José de las Lajas.

30— Combate en el Vigil, cerca de San Antonio de las Vegas.

Julio 1896

2— Combate en la finca Santa Bárbara, Bejucal, junto a Juan Bruno Zayas.

9— Combates en las fincas: El Añil, el Plátano y el Vigil en San Antonio de las Vegas; además, en el ingenio Esperanza de Güines, y El Volcán, San José de las Lajas.

27— Combate del Regimiento Santiago de las Vegas en la Eulalia.

28— Plan para asaltar el Cerro. Se frustró por ser noche de luna llena y la muerte de Juan Bruno Zayas Alfonso el 30 de julio.

AGOSTO 1896

9— Combate en las Charcas, San José.

25— Combate en la finca Mariana y Lomas de Ramos, ambos en Bejucal. También en la finca Montes del Carmen, Güines.

28— Combate en la finca Galera, Managua.

SEPTIEMBRE 1896

1.º— Combate en la finca Mariana, cerca de Bejucal.

3— Combate en la finca El Volcán, San José de las Lajas.

13— Ataca fortín de Río Seco, en Güines.

15— Asalta el barrio de Arroyo Naranja, en busca de medicinas.

26— Arremete y destruye la guerrilla de Quivicán.

OCTUBRE 1896

5— Combate en la finca Ponce, Jaruco.

6— Combate en las fincas la Yagua, la Mañana y las Fueras.

9— Combate en la finca Lealtad, la Salud.

13— Combate en la finca la Coca, San Antonio de los Baños.

14— Ataca el Tejar de Otero, en el barrio de Luyanó. Acción más cercana al núcleo urbano de la capital.

15— Combate en la finca la Yagua.

22— Combate en la finca el Añilito, Managua.

25— Ataca y destruye la guerrilla de Santiago de la Vegas, finca la Luisa, Rincón.

30— Detienen el tránsito en la Calzada de Managua, las Guásimas.

NOVIEMBRE 1896

5— Vuela un tramo del ferrocarril del Rincón.

30— Combate en la finca Loma Vigía, Guara.

DICIEMBRE 1896

3— Combate en la finca El Plátano, Managua.

4— Combate en Montes de Oca, Bauta.

7— Combate en El Volcán.

16— Ataca y destruye la guerrilla de Managua.

30— Combate en las fincas los Guerra de San Antonio de las Vegas y en finca Cayo mi Rosa de Quivicán, donde es herido.

ENERO 1897

29— Combate en San José de las Lajas.

FEBRERO 1897

28— Combate exitoso contra Regimiento Pizarro, en Pozo Redondo.

MARZO 1897

4— Ataque a Güines, la villa más fortificada de La Habana.

- 8— Toma de Bejucal.
- 12— Combate cerca de San José de la Lajas.
- 14— Asume provisionalmente la jefatura de la 2ª División del 5º Cuerpo.
- 20— Combate en Arroyo Apolo, actual Víbora Park.
- 22— Ataca y dispersa la guerrilla de Güines.
- 27— Combate en la finca Pita, Bejucal.
- 28— Combate para rescatar a Rius Rivera, en la finca Brujo, Pinar del Río.

ABRIL 1897

- 3— Devuelve los prisioneros capturados el 28 de febrero al Regimiento Pizarro.
- 4— Combate en la finca Loma del Hambre, Managua.
- 8— Entrada al poblado de Santiago de las Vegas.
- 15— Recoge desembarco y a Armando André, en playa Mosquito, Pinar del Río.
- 24— Combate en la finca la Coca, San Antonio de los Baños.

MAYO 1897

- 21— Combate en el Callejón del Cristo, Cuatro Caminos. Es herido.

JUNIO 1897

- 8— Enfrenta solo una columna, elimina a siete españoles, Loma de Ponce, Güines.
- 15— Atacan la loma Vista Alegre, barrio de Cueto, San José de las Lajas. Es herido de nuevo.
- 26— Combate en la finca San Javier, Bejucal.
- 28— Ataca y toma Santa María del Rosario. Lo hieren por la espalda.

JULIO 1897

- 2— Asalta y ocupa Managua por segunda vez.

4— Celebra en la manigua el Día de la Independencia de EE. UU.

14— Combate en el ingenio El Carmen, San José de las Lajas.

25— Combate en el Colmenar. Es herido y por ello no participa directamente en el ataque a Marianao, que había organizado.

27— Combate en Maurín, Bauta.

31— Ataque al poblado la Chorrera del Calvario y Mantilla. Recuerdo a Juan B. Zayas, en el primer aniversario de su muerte.

AGOSTO 1897

A mediados de este mes, Weyler planifica un recorrido «triumfal» por los campos de La Habana, para demostrar la pacificación de Occidente. Desde su salida son hostilizados por Castillo y Aranguren, obligándolo a refugiarse al tercer día en Guanabacoa.

25— Combate en la finca Providencia, San Antonio de las Vegas.

SEPTIEMBRE 1897

17— Combate en la Loma del Hambre, Managua.

OCTUBRE 1897

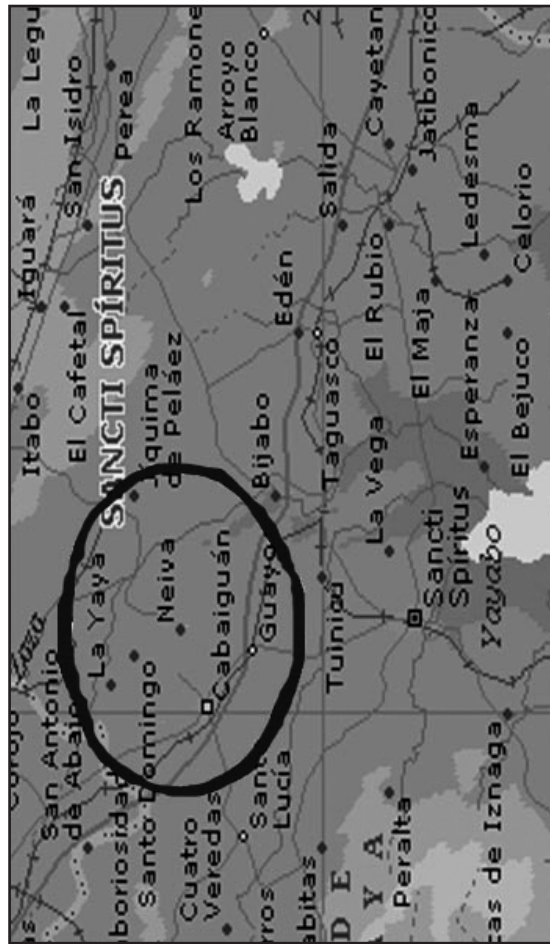
12— Combate en la finca Miraflores.

25— Cae en el combate de la Chorrera del Calvario. Estaba propuesto para pasar a ocupar la jefatura de la 2ª División y ser ascendido a general de división, acontecimiento que debía llevarse a cabo el 1.º de noviembre de 1897, ocasión de su cumpleaños treinta y tres; su muerte prematura lo impidió.

ANEXOS

ANEXO 1

Lugar donde residió la familia Del Castillo Sánchez



ANEXO 2

Situación demográfica de San Antonio de las Vegas,
según censo del 31 de diciembre de 1887

Habitantes	Hombres	Mujeres
4469	2430	2039
Españoles	2159	1956
Extranjeros	78	28
Asiáticos y de color	193	65

Alfabetizados	656 Blancos	35 de color	15,4% de la población
---------------	----------------	-------------	--------------------------

ANEXO 3

Orden de marcha y principales jefes del Contingente Invasor al llegar a La Habana

Vanguardia				
Regimiento Caballería Las Villas (villareños)	Coronel Juan Bruno Zayas	Coronel Roberto Bermúdez López	Coronel Antonio Núñez Martínez	Coronel Cándido Álvarez, Cayito
	Jefe Vanguardia	Extrema Vanguardia	Flanco Izquierdo	Flanco Derecho

Regimiento Caballería Céspedes (orientales)	Coronel Luis de Feria Garayalde	Coronel Esteban Tamayo Tamayo
	Jefe Regimiento	2do. Jefe

Estado Mayor Contingente Invasor	Mayor general Antonio Maceo Grajales	General José Miró Argenter	Comandante Chacón
	Jefe Columna	Jefe del Estado Mayor	Jefe de Escolta
	Soldado Ramón Ibonet, portador de la Bandera Cubana		
	Regimiento Tiradores de Sotomayor	Banda de Música	

Brigada de Infantería	Coronel Vidal Ducasse Revee	Coronel Juan Eligio Ducasse Revee	Compañía de Zapadores
	Jefe de Brigada	2do. Jefe de Brigada	

Regimiento Caballería Narciso López	Coronel Pedro Díaz Molina	Coronel Basilio Guerra
	Jefe de Regimiento	2do. Jefe de Regimiento

Cuartel General del Ejército Libertador	Mayor general Máximo Gómez Báez	General Ángel Guerra Porra	Coronel Bernabé Boza Sánchez
	General en Jefe	Jefe del Estado Mayor	Jefe de Escolta

Regimiento Caballería Martí	Teniente coronel Joaquín Rodríguez Valero
	Jefe de Regimiento

Regimiento Caballería Matanzas	Coronel José Roque Hernández	Teniente coronel Enrique A. del Junco Cruz-Muñoz
	Jefe de Regimiento	2do. Jefe de Regimiento

Retaguardia		
Regimiento Caballería Calixto García	Coronel Juan Masó Parra	Teniente coronel Carballo
	Jefe de Regimiento	2do. Jefe de Regimiento

ANEXO 4

Carta firmada por el general Adolfo del Castillo, donde le encomienda a Armando André la tarea de traer una expedición a la Isla

Campos de Cuba libre Abril 24 de 1897.

Señor Brigadier Castillo Penney

Muy estimado y distinguido Compañero:
Ya hoy estamos satisfechos y nos consideramos dichosos.
No nos sobra hoy el panque, pero en caso de él. Los
Castillos en tiempos con abono de explosivos que tan inútil
saber nos son para contener las brujas del enemigo que
nos envuelven dentro de sus castillos y trincheras.

Legalmente autorizado he dispuesto la
salida de los Corbilles de los Armandos André y Coronel
Brito para que nos traigan a esta provincia los útiles
para destrucción de las otras fuentes enlazadas en estas pro-
vincias.

Espero de su reconocido patriotismo que puesto de acuerdo con
los demás jefes de expediciones, facilite a mis compañeros
los medios de transportar a estos lugares los efectos que se
le encomiendan. Estos volúmenes y decididos dictamos
están dispuestos a volver en un bote o galata, si no pue-
desen obtener otro medio de transporte.

Aprovecho la oportunidad para ofrecerme a
Vd. quedando Vd. en la plena seguridad de que le que-
dará perfectamente agradecido por los servicios que en
nombre de la patria presta a mis soldados.

P. Q. R.
A. del Castillo

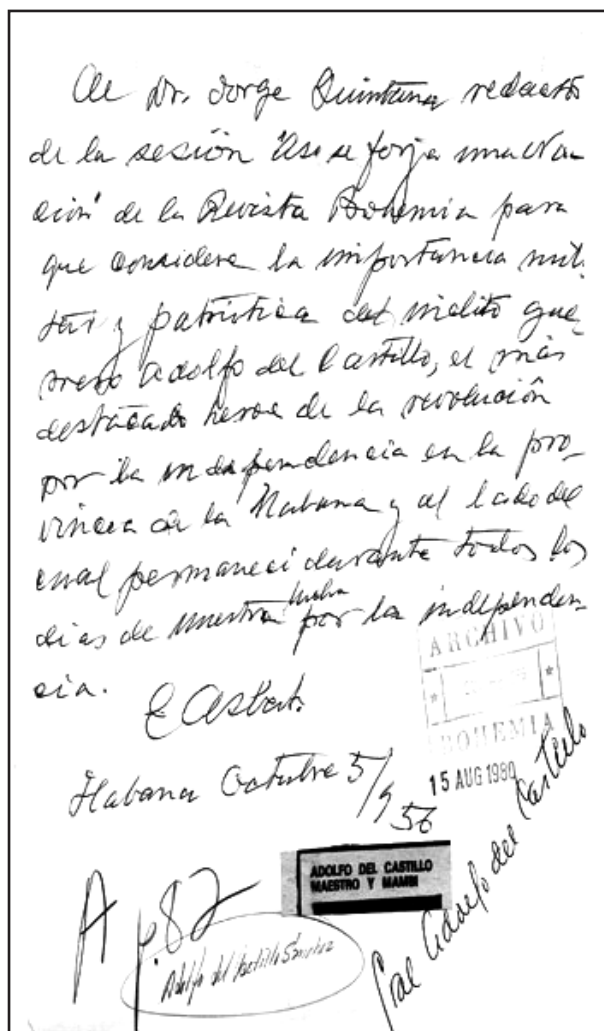
ANEXO 6

Fragmento de la hoja del machete que usó en la guerra. Se exhibe en el Museo Municipal de Güines



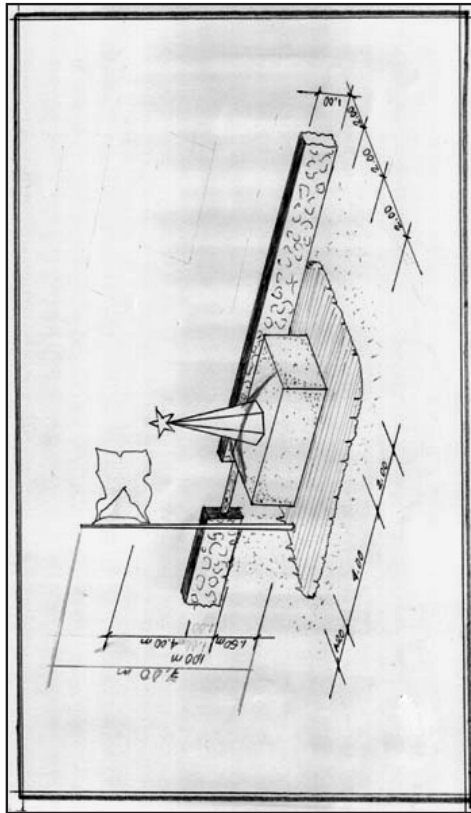
ANEXO 7

Nota enviada por Ernesto Asbert a La revista *Bohemia* en 1956

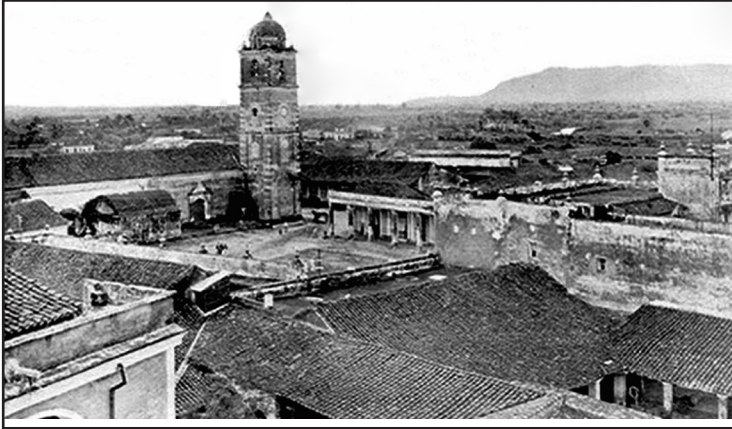


ANEXO 8

Croquis del monumento propuesto por la Cátedra Pa-
tri tica de Historia Adolfo del Castillo



TESTIMONIO GRÁFICO



La ciudad espiritana del siglo XIX.



Casa natal de Adolfo del Castillo Sánchez.



Adolfo del Castillo Cancio.



Honorato del Castillo Cancio.



Ángel del Castillo.



Vista frontal del Cementerio Viejo de Guanabacoa. A la izquierda, la Ermita del Potosí.



Entrada e interior de la Ermita del Potosí.





Exteriores (arriba) y entrada (abajo) de la Iglesia Nuestra Señora del Sagrado Corazón de Jesús, enclavada en los Escolapios de Guanabacoa.





Vista parcial de los Padres Escolapios de Guanabacoa, actualmente en reparación.



Uno de los accesos a la Parroquia de Guanabacoa.



Liceo Artístico y Literario de Guanabacoa.



Las tarjas, a la derecha de la entrada principal, evidencian el valor histórico del lugar, convertido hoy en Casa de la Cultura.





Escultura erigida por el Ayuntamiento de Guanabacoa en 1925.



Ampliación del grabado que aparece en la escultura.



La otrora calle Cadenas, hoy Adolfo del Castillo, otro homenaje de los vecinos de la villa de Pepe Antonio.



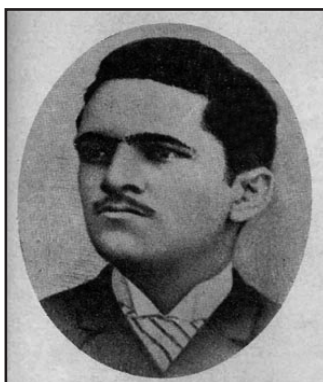


Obelisco que perpetúa la memoria del general habanero junto al puente La Chorrera, inaugurado en 1925.



Sociedad El Pilar.

Adolfo del Castillo a los 25 años.



A los 32 años, ya era general.

Retrato a plumilla, obra del pintor de la guerra, comandante Armando Menocal.





Restos del primer monumento construido por sus compañeros de armas en el sitio donde cayó en combate, destruido durante la construcción de la presa Ejército Rebelde.



Aquí descansan los restos sagrados de Adolfo del Castillo. Necrópolis Cristóbal Colón.

Bibliografía

ACEBO RODRÍGUEZ, JOSÉ Y JOSÉ PALOMO PUÑALES: *Trabajo investigativo*, La Habana, 1998.

ALMEIDA BOSQUE, JUAN: *El general en Jefe Máximo Gómez*, 1986, Colección Homenaje, Ediciones Verde Olivo, Ciudad de La Habana, 2001.

ÁLVAREZ ESTÉVEZ, ROLANDO: *Mayor General Carlos Roloff Mialofsky*, ensayo biográfico, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1981.

APARICIO, RAÚL: *Hombradía de Antonio Maceo*, Premio Uneac 1966, La Habana, 1975.

Archivo Nacional de Cuba: Boletín XLIV-XLV, Parte Militar firmado por Adolfo del Castillo Sánchez.

BERGÉS TABARES, RODOLFO: *Apuntes de la Guerra de Cuba, de mi Diario de Campaña. 1895-1898*, 1905, en Archivo Museo de Arroyo Naranjo.

Biblioteca Colección digital CLATAV.

Biblioteca de Consulta Microsoft Encarta, 2009.

BORREGO ESTUCH, LEOPOLDO: *Juan Gualberto Gómez, un gran inconforme*, Editorial La Milagrosa, Habana, 1954.

BOZA, BERNABÉ: *Mi diario de la Guerra*, t. I y II, Editorial de Ciencias Sociales, Ciudad de La Habana, 2001.

CABRERA, RAIMUNDO: *Episodios de la Guerra, mi vida en la manigua*, (Relato del coronel Ricardo Buenamar, subordinado de Adolfo del Castillo), La Compañía LÉVYTYPE, Editores, Impresores y Grabadores, Filadelfia, 1898.

CADALSO CERECIO, JOSÉ: *Notas autobiográficas manuscritas*, en Archivo Museo de Arroyo Naranjo.

CALLEJAS, BERNARDO: *Máximo Gómez en la Independencia*, en Gustavo Pérez Abreu.

CARRIÓN PÉREZ, ORLANDO J.: *La Isla del Buen Humor, crónicas costumbristas cubanas*, Editorial Academia, Ciudad de La Habana, 2004.

CASTELLANOS, GERARDO: *Adolfo del Castillo, en la Guerra y en la Paz*, Editorial Hermes, La Habana, 1922.

Colectivo de autores del Centro de Estudios de Historia Militar FAR: *Mayor General Máximo Gómez, sus campañas militares*, t. II (1895–1898), Editora Política, 1986.

Colectivo de autores: *Apuntes Biográficos del Mayor Serafín Sánchez*, Perfil Libre, Ediciones Unión, 1986.

Colectivo de autores: *Historia de Cuba, Las Luchas*, t. II, Primera y Segunda Parte, «Por la independencia nacional y las transformaciones estructurales, 1868–1998», Editorial Félix Varela, Ciudad de La Habana, 2003.

Colectivo de autores: *Bibliografías de la Guerra de Independencia (1895–1898)*, Editorial Orbe, La Habana, 1976.

Colectivo de autores: *Diccionario Enciclopédico de Historia Militar, Primera Parte (1510–1898)*, Biografías, Ediciones Verde Olivo, Ciudad de La Habana, 2001.

Colectivo de autores: *Diccionario Enciclopédico de Historia Militar, Segunda Parte (1510–1898) Acciones combativas*, Ediciones Verde Olivo, Ciudad de La Habana, 2001.

Colectivo de autores: «Historia de Guanabacoa», Edición digital, 2005.

DE LA PEZUELA, JACOBO: *Diccionario Geográfico, Estadístico, Histórico de la isla de Cuba*, t. I, II, III, IV, Imprenta del Banco Industrial y Mercantil, a cargo de Joaquín Bernat, Costanilla Santa Teresa, número 3, Madrid, 1866, Colección digital CLATAV.

DELGADO GARCÍA, GREGORIO: *Historiador del MINSAP, Estudios sobre Historia Médica Cubana*, Consejo

Nacional de Sociedades Científicas, MINSAP, La Habana, 1963.

----- *Cuaderno de Historia no. 66, Estudios sobre Historia Médica Cubana*, La Habana, 1963.

DEL MORAL NOGUERAS, LUIS F.: *Serafín Sánchez, un carácter al servicio de Cuba*, Ediciones Verde Olivo, La Habana, 2001.

Discursos en los aniversarios 107 y 108 de la caída de Adolfo del Castillo, La Habana, 2004-2005, Historia de Arroyo Naranjo, Edición digital, 2005.

Enciclopedia digital Ecurret, 2011.

FRANCO, JOSÉ LUCIANO: *Antonio Maceo, apuntes para una historia*, t. III y VII, Plenitud y Destino, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.

GARCÍA GALÁN, GRABIEL: *General Adolfo del Castillo, síntesis biográfica para escolares*, Imprenta Concepción, La Habana, 1957.

GARCÍA PÉREZ-ROLO, RAÚL: *Apuntes biográficos*, Ciudad de La Habana, 2005, en Edición digital «Historia de Arroyo Naranjo».

GÓMEZ BÁEZ, MÁXIMO: *Diario de Campaña*, Ediciones Huracán, Instituto del Libro, La Habana, 1968.

GÓMEZ, JUAN GUALBERTO: *Por Cuba Libre, escritos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974.

GROVER, FLINT: *Marchando con Gómez*, Editorial de Ciencias Sociales, Habana, 1983.

GUERRA SÁNCHEZ, RAMIRO: *Mudos Testigos*, Editorial Lex, La Habana, 1948.

----- *Por las veredas del pasado*, Editorial Lex, La Habana, 1957.

----- *En el camino de la independencia, estudio histórico sobre la rivalidad de EE. UU. y Gran Bretaña en sus relaciones con la independencia de Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974.

----- *Manual de Historia de Cuba*, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1985.

HIDALGO PAZ, IBRAHÍM: *Cuba 1895-1898, contradicciones y disoluciones*, Centro de Estudios Martianos, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1992.

----- *El Partido Revolucionario Cubano en la Isla*, Centro de Estudios Martianos, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1992.

IBERNÓ, PEDRO JOSÉ: *Guía Geográfica y Administrativa de la Isla de Cuba para uso de oficinas, escritorios, empleados, comerciantes, hacendados, militares y viajeros*, Editorial Palucha, O'Reilly 9, La Habana, 1891, Colección digital CLATAV.

LEAL SPENGLER, EUSEBIO: *Regresar en el tiempo*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1986.

LEISECA, JUAN Y MATÍAS DUQUE: *Nuestra Patria*, Imprenta Montalvo y Cárdenas CO, La Habana, 1925.

LOYNAZ DEL CASTILLO, ENRIQUE: *Memorias de la Guerra*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1989.

MACEO, ANTONIO: *Diario de Campaña*, Compilación Aisnara Perera Díaz, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2001.

----- *Ideología Política, Cartas y Documentos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2001.

MARTÍNEZ ORTIZ, RAFAEL: *Cuba, los primeros años de la independencia, intervención y establecimiento del gobierno de Don Tomás Estrada Palma*, Editorial LE LIVRE LIBRE, París, 1929.

MARTÍNEZ QUINTANAL, DANIEL: *Tres sonados combates*, Edición digital «El Habanero», 18 de junio de 2005.

MERCHÁN, RAFAEL MARÍA: *Cuba, su justificación de su guerra de independencia*, Imprenta La Luz, Bogotá, 1896, Edición digital CLATAV.

MIRÓ ARGENTER; JOSÉ: *Crónicas de la Guerra*, t. I y II, Ediciones Letras Cubanas, La Habana, 1981.

MÉNDEZ CAPOTE, RENÉE: *Relatos Heroicos*, Editorial Gente Nueva, 1990.

PÉREZ CABRERA, JOSÉ MANUEL: *José María Aguirre*, Imprenta El Siglo XX, La Habana, 1943.

PÉREZ, FRANCISCO: *La Guerra en La Habana*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974.

Periódico *El Fígaro*, La Habana, 1900.

PICHARDO VIÑALS, HORTENSIA: *Máximo Gómez, carta a Francisco Carrillo*, recopilación, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1986.

-----*Documentos para la Historia de Cuba (época colonial)*, Editora Consejo Nacional de Universidades, La Habana, 1965.

PIEDRA MARTEL, MANUEL: *Mis primeros 30 años*, Editorial de Ciencias Sociales, Literatura de Campaña, Ciudad de La Habana, 2001.

PÍRALA, ANTONIO: *Anales de la Guerra en Cuba*, t. I, Edición Felipe Pérez Roja, Madrid, 1895, Colección digital CLATAV.

PONTE DOMINGUEZ, FRANCISCO J.: *La masonería en la independencia de Cuba*, La Habana, 1954.

PORTUONDO, FERNANDO: *Estudios de Historia de Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973.

Revista *Bohemia*.

ROA, RAMÓN: *Pluma y Machete*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1969.

ROA, RAÚL: *Aventuras, Venturas y Desventuras de un mambí*, Ediciones Huracán, La Habana, 1979.

ROBREÑO, EDUARDO: *Patricios en La Habana*, Editora Política, La Habana, 1993.

SANGUILY, MANUEL: *Frente a la dominación española*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1979.

SANZO RODRÍGUEZ, JAVIER: *Adolfo del Castillo, estudio preliminar de su vida*, Folleto, Sancti Spiritus, 1990.

SUÁREZ PÉREZ, EUGENIO: *La Manigua 1873, 1896, 1957*, selección de textos, Ediciones Verde Olivo, La Habana, 1993.

Tesis «José Martí y los médicos revolucionarios cubanos», por Julio Armas Castro, Sarha E. Lezcano Rodríguez, Jenny Caballero Barrios (2do. Año de Medicina), y tutorada por el Dr. Julio R. Armas Femenias, Doctor en Ciencias Históricas, Profesor e Investigador Titular.

TORRES CUEVAS, EDUARDO Y OSCAR LOYOLA VEGA: *Historia de Cuba, 1492-1898, Formación y Liberación de la Nación*, Editorial Pueblo y Revolución, La Habana, 2001.

-----*Historia de la masonería en Cuba, seis ensayos*, Ediciones Imagen Contemporánea, La Habana, 2004.

TOSTE BALLART, GILBERTO: *Bala, Tizón y Machete*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1985.

VALDÉS NAVIA, MARIO: *Honorato del Castillo*, tomado de El Vitral, no. 3, Año 3, 20 de enero de 2001, suplemento del semanario *Escambray*.

VARONA GUERRERO, MIGUEL: *La Guerra en Cuba*, t. I y II, Editorial Lex, La Habana, 1946.

ZANETTI LECUONA, OSCAR Y ALEJANDRO GARCÍA ÁLVAREZ: *Caminos para el Azúcar*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1997.

Índice

Dedicatoria / 7

Agradecimientos / 9

Introducción / 11

Capítulo 1
Infancia espirituana / 13

Capítulo 2
Identidad habanera / 33

Capítulo 3
Rumbo a la historia / 55

Capítulo IV
La Guerra de Independencia
continúa/ 155

Epílogo / 183

Trazos de la vida militar del general de brigada
Adolfo Laureano del Castillo Sánchez / 187

Anexos / 197

Testimonio gráfico / 209

Bibliografía / 229

